

m. 0380 Jul. 16/63

111.8
— day 1867

51



57-2

L47-4230

EL

PRADO DE AMAPOLAS.

TOMO I,

*Es propiedad de los Editores, y se perseguirá
ante la ley al que la reimprima.*

San Martin y Jubera, Editores.

EL
PRADO DE AMAPOLAS,

POR

PAUL DE KOCK.

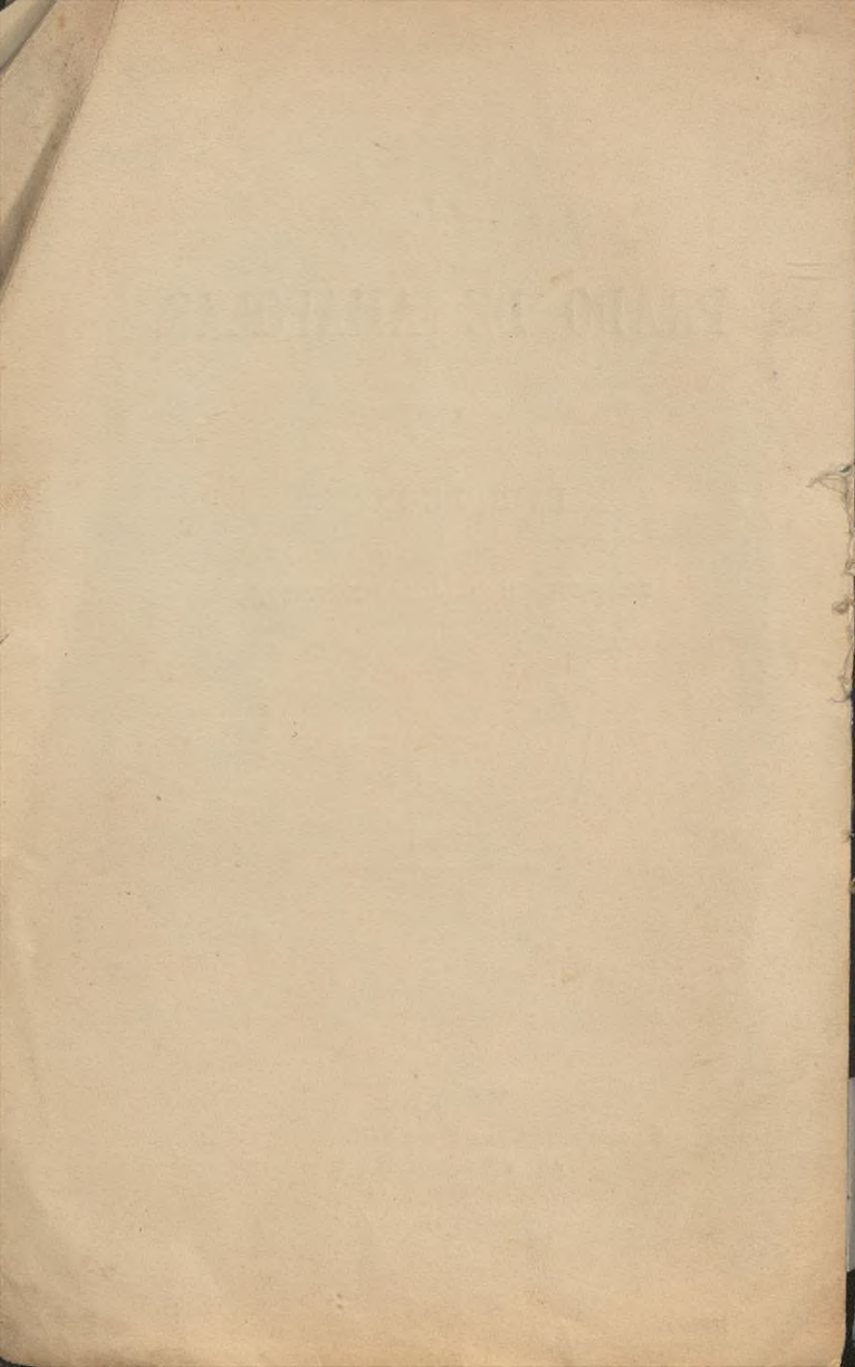
TRADUCCION DE JULIO NOMBELA.

~~~~~  
TOMO I.  
~~~~~

MADRID:
LIBRERIA DE SAN MARTIN,

calle de la Victoria, n.º 9.

1863.



CAPITULO QUE NO ES CAPITULO.

DOS PALABRAS DICHAS DE PASO AL PÚBLICO.

¿No te ha sucedido alguna vez, apreciable lectora ó estimado lector... pero no, quiero mejor decir apreciable lectora, porque siempre me ha gustado mas conversar con el sexo bello que con el feo. Apuesto á que pensais que tengo muy buen gusto! Con efecto, pero no por eso pretendo demostrar que los hombres no saben hacer uso del ameno placer de la conversacion; hay algu-

nos que son amables, ingeniosos, nadie lo ignora : sin embargo, difícilmente pueden ser divertidos sin ser maliciosos, burlones; y esto es lástima. Sé bien que en esta tierra, llamada por los pobres pícaro mundo, es costumbre muy antigua que los unos se burlen de los otros; pero en fin, confesad que si de cuando en cuando quisiéramos probar á ser buenos, no haríamos mal á nadie, ¿no es verdad?

Volvamos á las señoras : tampoco es mi objeto decir que dejan entre sí de cortarse sayas, y que jamás se denigran unas á otras... Si me aventurase á sentar este principio, nadie me creería; pero hay en la manera de burlarse de las personas de su sexo cierta intencion, cierta originalidad, que bien merece tenerse en cuenta. No se dirigen abiertamente al bulto como los hombres, revolotean como la abeja en torno de la flor que se proponen picar. Así pues, no os dirán :

— « Jesús, ¡ qué mal peinada estaba ano-

che en la reunion fulanita, qué adornos de tan mal gusto llevaba! »

Por el contrario, exclamarán :

— « ¿Vió Vd. anoche á fulanita? una mujer que por lo general sabe adornarse con tanto gusto!... ¿notó Vd. el puñado de flores que caian sobre su frente? se asemejaba al burro de mi lechera en un domingo de Ramos. ¡Hay valor para emperifollarse de ese modo! Francamente, me causó mucha pena verla adornada así. »

Pero dispensadme, mis queridas lectoras, me parece que no ha sido mi objeto, al dedicaros las presentes líneas, contaros todo esto : reanudemos el hilo de nuestra conversacion.

Como os decia, debeis haber hallado alguna vez á una de esas personas que conocéis muy por encima, de las cuales hasta habeis olvidado el nombre, lo mismo que la fisonomía, y que sin embargo os detienen en la calle, lanzando una exclamacion de sorpresa, y os distraen de vuestros asun-

tos para deciros cosas en su concepto sumamente agradables y del tenor siguiente :

— « ¿Cómo es eso? Vd. por aquí?... si me parece un sueño !

— ¿Y qué tiene de extraordinario nuestro encuentro?

— ¿Pues no ha de tener? si hace ya lo menos dos años que no he visto á Vd.!

— Puede ser muy bien ; pero no es nada raro en París que se pasen los años sin que se vean dos personas conocidas que no frecuentan las mismas reuniones.

— Ha estado Vd. enfermo, ¿no es verdad?

— ¿Qué he de estarlo? al contrario, he gozado de completa salud.

— Con todo, esa mirada... no me da buena espina... esos ojos están algo apagados.

— Probablemente los pone en ese estado el placer que me causa ver á Vd.

— ¿Qué tal de la gota?

— Me hallo mucho mejor, sobre todo desde que bebo el agua de alquitran... es un remedio que todavía no han mandado los médicos para curar la gota, y de cuya eficacia es muy probable que no respondan; pero no importa, yo exhorto á los gotosos á que lo prueben, tanto mas, cuanto que si no les hace bien, tampoco puede hacerles mal.

— ¡Qué cosas tiene Vd.....' el agua de alquitran!

— Puede Vd. reirse á su antojo, pero eso no impedirá que continúe bebiéndola.

— ¿No sabe Vd. que me han dicho que habia Vd. muerto?

— ¡Diablo! pues ya ve Vd. que le han engañado.

— ¡Es singular!

— Le parece á Vd. singular que no me haya muerto! ¿Acaso le disgusta á Vd. que no sea cierta la noticia?

— Por el contrario... ¡Cómo puede Vd. pensar!... pero incomóda ser víctima ino-

cente de los engaños de esos inventores de bolas... ¿Cómo atreverse á dar crédito á las noticias que corren?

— Me pongo en el lugar de Vd., y, francamente, ahora me disgusta no haberme muerto, porque en este caso no seria Vd. la víctima inocente de esos propaladores de noticiones que tanto le incomodan. Yo procuraré que no suceda lo mismo cuando volvamos á vernos otra vez. »

La persona en cuestion se aleja de vuestro lado incomodada, porque nota que os burlais de ella, y... decidme la verdad, ¿no creéis que con sus palabras se ha hecho un poco acreedora á este comportamiento?

Hay en París una pastelera en cuya casa entraba yo de cuando en cuando... (siempre he tenido aficion á las pastelerías, este ha sido mi flaco). Habiendo pasado algun tiempo sin verme, me hizo un dia las mismas preguntas que la persona de quien os he hablado mas arriba. Aseguré que la ha-

bian engañado , ella tuvo la bondad de creerme , y la cosa quedó así. Pero medió un intervalo mayor entre el dia en que dió crédito á mis palabras y el dia en que volví á su tienda , y al entrar una noche , la pastelera , que estaba sola sentada al mostrador , lanzó al descubrirme un grito de sorpresa.

— « ¿Que tiene Vd.? le pregunté.

— ¡Qué he de tener..... si me han asegurado que habia Vd. muerto hace seis meses! »

Como ví que aquella buena mujer demostraba cierta obstinacion en lo que decia , tomé un aire grave , procuré dar á mi voz un acento cavernoso y le respondí con seriedad :

— « Pues con efecto no han engañado á Vd., Señora , hace seis meses estaba muerto ; pero como tengo la costumbre de *aparecerme* por esta casa de cuando en cuando , héme otra vez aquí. »

La pastelera se puso pálida , verduzca ,

y me costó mucho trabajo lograr que encontrase la vuelta de una desventurada moneda de veinte sueldos, y creo que hubiera tenido una satisfaccion en verme salir sin pagar para librarse mas pronto de mi presencia. ¡Pobre pastelera, que me tomó por un fantasma! Desde entonces no he vuelto á pisar su tienda, porque temo que la primera vez que me columbre va á caer desmayada sobre sus pasteles.

La segunda serie de las personas amables, son las que os conocen muy poco y algunas veces nada, pero que sin embargo pretenden figurar en el número de vuestros amigos solo porque os han visto en un café, y estando á vuestro lado os habeis quejado juntos de la tardanza del mozo, del mal tiempo, ó de la pésima calidad de las bebidas y refrescos que os han servido.

— « ¡Eh! buenos dias, querido amigo, os dice á lo mejor uno de estos, ¡cuánto me alegro de ver á Vd.!

— Caballero.... seguramente.... yo....

(Preguntais á vuestra memoria el nombre de este querido amigo, y no os responde, porque recuerda tanto el nombre como la fisonomía, que le es enteramente desconocida. En esta situacion, le dejais hablar, esperando que él os dirá quizás dónde os ha visto ó de dónde os conoce, pero se guardará muy bien porque tambien lo ignora.)

— Usted siempre tan famoso, ¿no es cierto?

— Sí tal, gracias á Dios.

— Tiene Vd. un aspecto magnífico. ¡Qué buen color! se ha *rejuvenecido* Vd.

— Tantas gracias... es Vd. muy amable.

— ¿Hace ya tiempo que no trabaja Vd.? ¿se ha colgado la pluma? ¿descansa Vd. de sus fatigas?

— Nada de eso, trabajo siempre, nunca he dejado de escribir, y últimamente he dado á luz una nueva novela.

— ¡Calle! ¿con que trabaja Vd. aun? eso es maravilloso! »

Estas palabras os irritan , se os sube la sangre á la cabeza y se os pasan buenos deseos de decir á vuestro interlocutor :

— « Es Vd. un asno , un pedazo de carne con ojos , su admiracion es inoportuna , estúpida , déjeme Vd. en paz y váyase con todos los diablos á escardar cebollinos. »

Pero como al fin y al cabo se hallan por aquí bajo en mayoría los estúpidos , reflexionais que es necesario tomar las cosas como vienen y tratar á los hombres con su lenguaje peculiar , y decís al que teneis delante :

— « ¿Porqué se admira Vd. de que trabaje aun? acaso le incomoda?

— ¡A mí! pues no faltaba mas! lo decia porque...

— Porque hace ya cuarenta años que escribo novelas , y porque en la esfera de las artes y entre los hombres que consiguen una reputacion , cuarenta años parecen ochenta ! Todos echan un siglo por lo menos al autor de quien se habla desde hace cuarenta años , y medio siglo á la actriz á

quien se ha aplaudido durante veinticinco ; y el que quiere informarse de su edad busca con avidez las biografías, que por la general no dicen nunca la verdad. »

A propósito de biografías, recuerdo un artículo demasiado largo acerca de mi humilde persona, que vió la luz hace algun tiempo en un periódico de grandes dimensiones que no es diario. Este artículo, suscrito por un hombre dotado de claro ingenio, pero irresistiblemente propenso á la burla, no es ni con mucho una biografía, y sin embargo cualquiera al verle diria que lo era. El autor despues de haber emitido su opinion sobre mis obras, quiso referir á sus lectores los detalles de mi vida privada, y con este propósito hasta llegaba á describir la habitacion que ocupó en París; pero en este particular fué donde anduvo mas desacertado, hablando de cosas que no habia visto bien, porque no ha pisado mi casa mas que una vez en pleno verano, cuando yo vivo en el campo, y si vengo por casua-

lidad á París, casi nunca abro las persianas de mis balcones, porque me importa poco que entre ó no el sol en mis habitaciones. Probablemente esta media luz ha sido causa de que viera en mi sala lo que no existe, es decir, grabados en cuadros de madera, de los que no poseo uno solo, mientras que en cambio hay en sus paredes un gran número de cuadros, la mayor parte recuerdos de amistad que debo á los artistas Court, Mallebranche, Boisselier, París, Raymond, Eustaquio Lorsay, Belin, Justino Ovrié, Worms, Maricot, Gallier, Fontaine, Thévenin, Schlepky, etc., etc. No queda pues espacio para el mas diminuto grabado, y por otra parte no los colocaria al lado de los cuadros, *non est hic locus*. En cuanto á lo demás, no es menos inexacta la descripcion de mi casa.

Pasando en seguida á mi quinta de Romainville, donde tengo un teatrillo en medio de un bosque, dice mi crítico que en él es en donde ensayo las piezas que des-

pues hago representar en París, y en esto como en lo otro se equivoca. Nunca hemos puesto en la escena de Romainville mas que las obras anteriormente representadas en París, y del mismo modo que las mias, se han ejecutado las de otros escritores dramáticos. En prueba de ello, puedo asegurar que inauguramos el teatro con la *Selva peligrosa*, obra de la que creo no ser autor.

Ocupándose de mis comedias, añade que si mis novelas son divertidas y alegres, en cambio mis piezas de teatro son frias y lánguidas, y á decir verdad, estoy tentado á creer que mi crítico ha visto mis comedias como los grabados de mi sala. No me corresponde seguramente hacer su elogio; pero *la Enfermera, el Arriero, el Tourlourou, el Cabo y su paisana, la Mujer, el marido y el amante, los Baños á domicilio, el Hortera y la modista, Uno de mas, Mostacho, la Niña bonita del arrabal, los Fumadores, la Gitana de París, las Bayade-*

ras de Pithiviers, Ni nunca ni siempre, Un baile de modistas, etc., etc., se han representado mas de cien veces, algunas han duplicado este número, y es raro que esta sea la suerte de las obras que el público encuentra frias y lánguidas.

Yo sé que todo esto que voy diciendo interesa muy poco al lector, pero son tan contadas las veces que hablo con él, que estoy seguro de que dispensará mi deseo de aprovechar esta ocasion para responder algunas palabras á los que se ocupan de mí.

Vuelvo pues á la interrumpida conversacion con aquel caballero... amigo mio, á quien no conozco y que me hace escuchar cosas tan oportunas y agradables.

— « Caballero, le digo, escribí mi primera novela á los diez y siete años, lo que prueba que tenia una verdadera vocacion; si le da á Vd. pesar que haga novelas todavía, nadie le obliga á leerlas.

— Todo lo contrario, amigo mio, las obras de Vd. me agradan con extremo,

pero no las veo jamás anunciadas , los periódicos no hablan de ellas.

— En eso tienen alguna culpa mis editores ; creen no necesitar anuncios ni reclamos para vender mis libros ; pero aun cuando su modo de pensar sea muy lisonjero para mí , sin embargo confieso francamente que no desprecio en lo mas mínimo esa licencia moderna del reclamo ! En un siglo en el que tanto se explota , este elemento de publicidad no se le debe pasar por alto ; y por último , si mis libreros quisieran tomarse el trabajo de emplearle , por lo menos no me veria expuesto á encontrarme de vez en cuando con personas que como Vd. me dicen : — Y bien , ¿ ya no hace Vd. nada ? — A propósito , mi querido amigo , ¿ tendrá Vd. la bondad de indicarme su nombre ?

— ¡ Mi nombre ! pues si no conoce Vd. otra cosa... yo soy fulano.

— ¡ Calle ! ¿ con que Vd. es fulano ? Vaya , me alegro de saberlo , tanto mas

cuanto que ahora he oído su nombre de Vd. por la primera vez. »

Tercera serie de personas amables : aludo á las que os escriben. No las conoceis, y en cuanto á ellas, no os han visto en su vida ; pero se figuran que porque escribís novelas, tienen derecho á ponerse en correspondencia con vosotros. Todas estas personas no se olvidan de pedir os respuesta. ¿ Y qué haría uno ; válgame Dios ! si tuviera precision de responder á estas epístolas?... ; qué ocupacion tan agradable ! El uno os cuenta que vuestra última novela le ha agradado muchísimo , pero añade que no hay en ella bastantes mojigangas , juzga que voy volviéndome demasiado juicioso ; el otro me escribe que he hecho mal en presentar á mi heroína con el color moreno , alegando que las rubias son las únicas susceptibles de llevar á cabo numerosas conquistas. Una señora me comunica que su portero se llama Loro , y que este nombre sería muy divertido en una novela ; otra me ofrece argu-

mentos de un interés palpitante, ó bien me confia que ha escrito una obra, anunciándome que me la enviará si le prometo corregirla. Francamente, ¿son dignas de respuesta semejantes tonterías? Es cierto que hay personas muy amables que tienen la bondad de escribirme cosas muy lisonjeras y que me agradan mucho, pero las hay tambien que creen deber dirigirme críticas en un estilo de plazuela. Otras procuran excitar mi curiosidad de diversas maneras para obtener una respuesta. ¿Porqué no obrar con lealtad y decirme: Caballero, tendria placer en poseer un autógrafo de Vd?... esto seria mas sencillo y... tampoco les haria caso.

Pero sobre todo guárdense bien de enviarme manuscritos: no los recibo.

— « Deseo saber la opinion de Vd., » me escriben.

Lo siento mucho, pero no ignoro á lo que se expone el que consiente en leer un manuscrito: despues de volverlo á su autor,

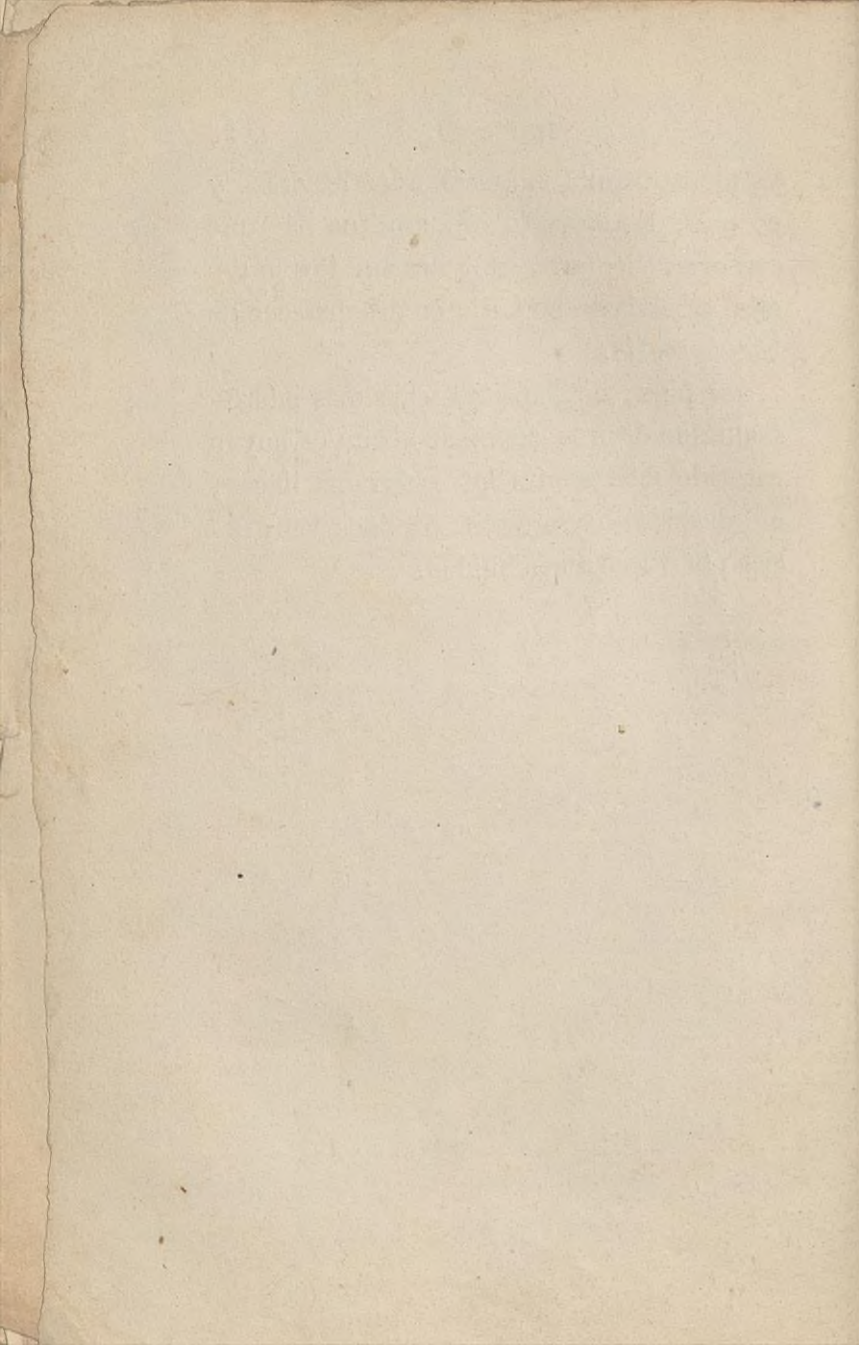
no deja de notar mas tarde que le han plagiado sus situaciones. No quiero que me acusen de este delito, y por eso ni recibo ni leo manuscritos... todos quedan iguales.

Tambien he notado que las cartas mas tontas, las mas estúpidas... preciso es decirlo, son las que cuestan mas caras, porque vienen de lejos. Al principio tenia la candidez de recibirlas, ya no caeré mas en la red. Declaro pues á las personas que desean que lleguen á mis manos sus cartas, que no se olviden de franquearlas. Es absolutamente indispensable, de lo contrario se negará á admitirlas mi portero.

Perdonadme, apreciable lectora y estimado lector, este largo discurso; pero deseaba deciros, así como de paso, algunas palabritas, y espero que accederéis á mis ruegos, en atencion á lo poco que acostumbro á molestaros, puesto que casi nunca hablo de mí, ni me presento como algunos de mis cólegas en evidencia en medio de alguna situacion interesante, lo que, segun

yo pienso , quita la ilusion á los lectores , y en todas las cosas lo primero que hay que conservar siempre , es la ilusion. Por lo demás, ella misma no tarda en desaparecer de *motu proprio*.

Así pues , no teniendo nada mas interesante que deciros, suponiendo que os hayan parecido interesantes las anteriores líneas , me despido de vosotros , dándoos las gracias por vuestra amabilidad.



EL

PRADO DE AMAPOLAS.

CAPITULO I.

UN SALON : RETRATOS AL NATURAL.

— ¿Cómo le gusta á Vd., Señora?

— ¿Cómo me gusta?... pero, caballero, ¿porqué se dirige Vd. á mí antes que á esta señorita?

— Señora, ya lo he hecho, y ha tenido la bondad de responderme; ahora le toca á Vd.

— ¡A mí!... ¿esta señorita ha respondido? ¿Y qué es lo que ha dicho, que no lo he oído?

Una jóven alta, seca, delgada y mas tiesa que un huso, dice volviendo su cuello de cigüeña hácia la señora que acababa de hablar:

— Señora, he respondido que me gustaba lejos.

— ¡Lejos...! ¿Cuál es pues la palabra que tiene que acertar?... ya no me acuerdo...

— ¡Ah! Mad. Burgrave, es Vd. terrible, siempre se olvida Vd. de la palabra elegida. ¿Cómo quiere Vd. que se la repita hallándose presente Mr. Mignonnet... no ve Vd. que va á oírnos?

Estas palabras fueron pronunciadas por la dueña de la casa, señora de treinta y seis años, que se habia plantado en veintinueve y que estaba resuelta á no salir de ellos. Pero como esta señora ha sido guapa, como aun conserva sus ojos muy brillantes, la boca graciosa, la dentadura perfecta y un excelente cuerpo, á pesar de que su robustez comienza ya á robar los encantos á su talle, puede considerársela en el número de las mujeres hermosas, y perdonársele la equivocacion que padece cuando dice su edad, equivocacion comun tanto en el sexo bello como en el feo.

La señora á quien la dueña de la casa se ha dirigido tiene mas años que Mad. Bouffi, y nunca ha sido tan bonita como ella, lo que no es un obstáculo para que se crea todavía aceptable, joven, y con las disposiciones necesarias para enamorar. Mad. Burgrave ha cumplido en toda regla los cuarenta y cinco. Es una rubia que ha podido ser pasadera durante los veinte abriles, y cuyo principal mérito ha sido el de poseer un cutis sumamente blanco y unos cabellos natu-

ralmente rizados ; pero sus ojos azules han sido siempre pequeños , su boca grande, sus dientes desiguales y su nariz arremangada. Con todas estas imperfecciones puede muy bien una señora hacer *conquistas*, tanto mas cuanto que no es, por regla general, la perfeccion lá que sale mejor librada. Lo que atrae, lo que encanta, lo que inspira, es la expresion de la fisonomía : unos la desean alegre, otros melancólica; estos buscan en los ojos malicia, inteligencia, aquellos se contentan con que revelen la ternura, la amabilidad. Cada cual tiene su gusto, y debemos estar muy satisfechos de no tener todos uno mismo. Se pondrán muchos hombres de acuerdo para rendir justicia á una mujer regularmente bella, pero no todos se sentirán enamorados de esta belleza que reconocen. ¿No hemos visto á algunos adefesios inspirar pasiones, conquistar voluntades y detener en sus cadenas amorosas á hombres que hasta entonces no habian hecho mas que saltar de rama en rama? Y esto ¿porqué? ¡ Ah! amigos míos... porque sí : no puede darse otra respuesta.

Mad. Burgrave carecia justamente de fisonomía, pero esto no habia impedido que agradase cuando era jóven : todos los hombres no se preocupan de la expresion de las facciones, hay muchos que se contentan con la expresion material, si así puede decirse, y una mujer de

veinte años blanca, sanota, gruesa y con cabellos rizados, ofrece ya una *expresion* bastante satisfactoria.

Pero al cargarse de años, esta señora habia perdido su lozanía; cuando no se tiene mas que lo que se llama la belleza del diablo, poco es lo que se la puede dar de sí, y esto viene á probar que lo que procede del diablo no es de muy larga duracion. Reflexionen sobre este punto las señoras que tengan intenciones de comerciar con el espíritu maligno.

Afortunadamente para esta belleza del diablo, Mr. Burgrave, negociante en grande escala, que no se cuidaba para nada ni del ingenio ni de la fisonomía, se casó con ella antes de que llegase á ser como esas rosas cuyas hojas se caen cuando las toca alguno. Convertida en la mujer de un hombre rico, Rosalvina, que este era el nombre de Mad. Burgrave, nombre que antes de casarse habia sido sencillamente el de Rosa, pero que al tomar estado habia creido oportuno aumentar, por mas que su marido no pudiese jamás acóstumbrarse á esta adicion; Rosalvina, decimos, pudo entregarse á su afición, á la coquetería, por la cual, preciso es confesarlo, tenia una inclinacion decidida; y como Mr. Burgrave no era nada celoso, su señora, segun decian las malas lenguas, se habia permitido satisfacer, por supuesto como de paso,

algunos caprichos galantes. Su corazon era extremadamente sensible, y la vista de un jóven guapo le proporcionaba siempre una emocion agradable; pero hacia ya mucho tiempo que se conmovia en vano, ya nadie la galanteaba, y sus gracias infantiles no despertaban en los jóvenes mas que un vivo deseo de reir, que no siempre tenian el talento de disimular. Ociosa por este lado y contra su gusto, Rosalvina, que en otras ocasiones se habia alegrado de que su marido no fuese nada celoso, le parecia entonces ridiculo que no se ocupase de ella, y hacia cuanto podia para presentarle ante la gente como un *Otelo*, capaz de cometer violencias si la veia conversar frecuentemente con un mismo galan.

El bueno de Mr. Burgrave, que contaba cincuenta y seis años, y que cifraba toda su dicha en jugar una partida de billar y en prolongar todo el tiempo posible su placer gastronómico, no se cuidaba de que su esposa procurase hacerle pasar á los ojos del público como un tirano de melodrama; pero como en su rostro espacioso y coloradote no se descubrian los efectos de la furiosa pasion, Mad. Burgrave perdía el tiempo, y cuando decian á su marido :

— ¿Con que está Vd. celoso de su mujer?

¿Con que no le permite Vd. que salga sola?...

Entonces se echaba á reir, y respondia :

— Hágame Vd. el favor de llevarse á mi mujer á pasear desde por la mañana hasta la noche, y ya verá Vd. si me pongo de mal humor.

En el salon de Mr. Bouffi de Nogent se entretenian algunos de los contertulios en jugar á las prendas, pero tambien jugaban otros al *whist* y al ajedrez : el salon era bastante grande para que todos pudieran consagrarse á sus anchas á sus distracciones favoritas.

El dueño de la casa era un hombre que caminaba á los cincuenta, pero bien conservado, vestido con elegancia, sin afectar á pesar de esto las pretensiones de un jóven. Su cara era redonda, el color fresco y sonrosado, la mirada penetrante y de vez en cuando algo burlona. Se sonreia con frecuencia; cuando hablaba con alguién era amable, y conservaba este aire de amabilidad y de buen humor, aunque tuviera que comunicar alguna noticia nada grata, notándose entonces que su sonrisa tomaba una expresion mas sardónica.

Mr. Bouffi hablaba pausadamente, con un acento melodioso; parecia que se escuchaba, y por mas que tardase algunas veces mucho tiempo en encontrar la palabra técnica que debia dar fuerza á su frase, se mostraba sumamente contento de sí, y no dudaba de que su auditorio quedaba maravillado de su elocuencia. Este caballero tenia pues algunas pretensiones, que

aun cuando procuraba ocultarlas aparentando una hombría de bien en toda regla, no podia conseguirlo, porque le delataba la expresion de su rostro. Persuadido de que era superior á todo el mundo, no acostumbraba apenas tomarse el trabajo de discutir con las gentes que en su concepto eran demasiado inferiores á él; pero con todo no desperdiciaba una sola palabra de las personas que podian en su dia serle de alguna utilidad, y entonces sus ojos escuchaban por lo menos tanto como sus oidos, y procuraba leer en el pensamiento de su interlocutor, para saber si entre lo que decia y lo que pensaba habia ó no diferencia.

Mr. Bouffi era banquero, segun se decia, bastante rico : sin embargo algunas personas opinaban que queria aparecer mas rico de lo que era en realidad, para inspirar confianza á sus clientes; y otros que le conocian desde hacia veinte años, contaban, complaciéndose en poder ofrecer estos datos, que al principio de su carrera no habia sido mas que un insignificante corredor de géneros sin tener donde caerse muerto, y que para dar salida á los artículos de cuya venta le encargaban, habia llegado hasta el extremo de recorrer las provincias, parándose en las plazas públicas y tocando el tambor para llamar la atencion de los compradores, á la manera de los saltimbanquis.

Pero ¿qué tiene de particular ni de sorprendente que un hombre haga su fortuna en veinte años, sobre todo si ha tenido que recurrir al extremo de tocar el tambor para llegar mas pronto al término anhelado? Hoy no se necesitan tantos años para enriquecerse; verdad es que las fortunas se pierden del mismo modo que se ganan, en poco tiempo. De todos modos, lo cierto es que Mr. Bouffi tenia mucha afición al dinero, que estaba lleno de vanidad y de orgullo, y que desde hacia algunos años habia añadido á su nombre de Bouffi el de : de Nogent. Como no era noble, se presume que este último nombre lo habia tomado del pueblo en donde habia nacido, el cual juzgó á propósito añadirle al suyo, lo que ha dado lugar á que muchos de sus conocidos se pregunten : Pero entendámonos, ¿es Bouffi ne Nogent-sur-Marne ó de Nogent-sur-Seine?

Mr. y Mad. Bouffi vivían como las personas del gran mundo, cada cual tenia sus habitaciones particulares; pero por lo demás, la señora no salía apenas sin ir acompañada de su esposo : su aspecto era algo frio, se mostraba severa hasta con las personas á quienes no conocia, no le gustaba que en su presencia se gastasen bromas algo subidas de color; y cuando esto sucedia, se mordía los labios y fruncia las cejas, razon por la cual pasaba á los

ojos de todo el mundo por ser una gazmoña. ¿Merece una mujer así alcanzar el premio que se da á la virtud?... por mi parte, no me fiaria de ella. Hasta ahora he notado que las mujeres honradas, las buenas madres de familia no se desdennan de reirse cuando escuchan alguna co- pla alegre ó se gasta una broma en su presen- cia; pero las que en este caso se muerden los labios, y hacen aspavientos... ¡Dios nos libre! son *hipócritas* hembras.

Mr. Bouffi habia destinado los jueves para reunir en su casa á sus amigos. En la noche de que vamos ocupándonos habia mucho gente, y no nos detendremos á presentaros el retrato de todos los personajes que se hallaban en el sa- lon, pero no dejaremos de ofreceros algunos tipos bastante originales.

Desde luego Mr. Bichonneau, un hombre grueso, coloradote, rechoncho, con cara de Si- leno, cuyos pequeños ojos ocultos bajo sus enormes cejas brillan como los de un raton. Es un rentista solteron, que en toda su vida no ha hecho otra cosa mas que buscar el flaco de sus conocidos para adularles, dándoles por el gusto, como suele decirse, con el fin de captarse su confianza, su simpatía y ser invitado á comer: todos los actos de su vida se han encaminada á este fin; comer gratis: y sin embargo, con sus siete á ocho mil francos de renta, sin mujer y

sin hijos, bien podria costearse la comida; pero no le gusta comer en su casa, tanto por costumbre como por economía, siendo esta última razon una de las mas poderosas que le incitan á comer de gorra. Si durante el mes tiene Mr. Bichonneau necesidad de comer en su casa y á su costa cinco veces nada mas, se le ve triste y opina que la sociedad va perdiendo la buena crianza, que las gentes de ahora no saben vivir como las antiguas. Es inútil añadir que Mr. Bichonneau es excesivamente gloton; este defecto es casi una cualidad en un hombre que ha pasado la vida asistiendo á convites: además, es un gran perito en materia de vinos, conoce á fondo las bodegas, y nunca tomará por viejo un vino nuevo ó vice versa. Este talento especial le proporciona buen número de invitaciones, y como goloso y gloton, es una verdadera notabilidad. No ha querido casarse, porque generalmente se convida á comer con menos frecuencia á los casados que á los solteros, y tambien porque en familia hubiera tenido que compartir su comida con su esposa. Este último motivo le ha decidido completamente á no perder la libertad solteril.

Mas allá, en aquel rincon de la sala donde se juega al ajedrez, hay un viejo, pequeño de estatura, seco, pálido, feo de cara, lo que no le impide poner un aire bastante pretencioso, ni

dejar de moverse como si tuviera hormiguillo, y sonriéndose á cada una de las jugadas que hacen los jugadores, como si se burlase de ellos. Es Mr. Grangeville, un propietario que tiene endemoniados á sus inquilinos. No puede menos de criticar cuanto ve, cuanto se hace en su presencia y frecuentemente cuanto se habla. No cree en el talento, ni en los triunfos que con él se consiguen; censura lo que aplauden los otros, no concede mérito á nadie, y siempre concluye sus discursos sacando del bolsillo un precioso *bilboquet* de caoba, juego infantil, en el que se ejercita con una destreza maravillosa, y despues de haber colocado algunas veces la bola suspendida del hilo en la espiga del mango :

— Traedme, exclama, á todos vuestros autores, músicos y pintores, á todos los desafio á jugar al *bilboquet*.

Si alguno se aventura á decirle :

— Pero, caballero, conozca Vd. que se puede muy bien escribir una bonita comedia, pintar un precioso cuadro, y sin embargo no saber jugar al *bilboquet*.

En seguida responde :

— No, Señor, nada de eso : el *bilboquet* requiere una seguridad, una destreza, una atencion, una precision, un ojo, un equilibrio, una habilidad de primer orden. ¿Cómo quiere Vd.

que pueda hacerse nada bueno cuando falta todo esto?

Un jóven, guapo mozo, pero que sabe demasiado que lo es, se halla apoyado sobre el respaldo del sillón que ocupa una jóven recién casada, que, admirada todavía de su nuevo estado, no se atreve á hablar, se ruboriza cuando le dirigen la palabra y no cesa de buscar con la vista á su marido como si temiera que se le escabuliese. El hermoso Adonis, colocado á su espalda, la regala de cuando en cuando con esas galanterías vulgares para las que siempre tiene respuesta una mujer de mundo, pero la recién casada apenas le escucha, y se contenta con decir á cada instante :

— ¿Dónde está mi marido?... No le veo...

Desconfiando el jóven de su triunfo, se dirige á buscar á Mad. Burgrave, diciendo para sus adentros :

— Mas me gusta un sol poniente que un eclipse total.

Por último, al lado de Mr. Bouffi, en pié y dando la espalda á la chimenea hay un caballero jóven aun, de buena presencia, de maneras distinguidas, de fisonomía viva, un poco satírico en su conversacion, pero sin faltar á las conveniencias, y en una palabra, lo que se llama un hombre simpático. Es un antiguo abogado que se nombra Grebois; sus relaciones

con Mr. Bouffi son muy amistosas, y trata á la señora de la casa con un respeto extremado, al cual responde la aludida hablándole siempre que llega la ocasion con un tono ceremonioso... ¿Porqué?... Ya lo sabrán nuestros lectores.

CAPITULO II.

UN QUID PRO QUO. — NUEVOS PERSONAJES.

Los contertulios jugaban á ese juego de prendas que consiste en designar una palabra para que la adivine una persona, en vista de las respuestas que den los que toman parte en el juego á estas tres preguntas que debe dirigirles sucesivamente : ¿Cómo le gusta á Vd.? ¿Dónde lo pondría Vd.? ¿Qué haría Vd. con ello?

Hay personas que encuentran ocasion de demostrar su ingenio en estos juegos llamados inocentes. Por regla general son abandonados á la juventud, que tiene una aficion muy grande á los juegos de prendas y que se complace en ejecutar las sentencias que le imponen, sentencias que en muchas ocasiones no son tan inocentes como debieran ser. Pero se hallan tambien en los sálones personas razonables que no se desdennan en alternar con los jóvenes para estos juegos, porque las cartas no agradan á todo el mundo; las casadas que aun cuentan por abri-

les sus años juegan poco, y cuando no se baila, preciso es ocuparse en cualquier cosa.

Mad. Burgrave tomaba siempre parte en los juegos de prendas, manifestaba un odio profundo á los naipes como ajenos á su edad; pero lo cierto es que nunca habia podido aprender ningun juego, á no ser el de la brisca. No estaba mucho mas adelantada respecto de los juegos inocentes, y ya hemos visto sus apuros al tratarse pura y simplemente de responder á la pregunta: ¿Cómo le gusta á Vd.?

Mr. Mignonnet, un empleado de la Direccion del Tesoro, bastante amable y con extremo hábil para adivinar las palabras elegidas, permanecia delante de la rubia y rizada *ex-deidad* repitiéndole:

— Vamos, Señora, ¿cómo le gusta á Vd.? No pasaré adelante sin haber escuchado su respuesta.

— Válgame Dios, Mr. Mignonnet; ¡qué cruel es Vd.! no estaba preparada... me he distraído del juego, y como tengo tan poca memoria, he olvidado la palabra en cuestion.

— Señorita Desmoulins, ¿quiere Vd. tener la bondad de repetir la palabra á Mad. Burgrave?... yo me taparé los oídos y además me alejaré.

La señorita de que hablamos al principio, alta y delgada como un espárrago, se acerca á

Mad. Burgrave y le dice al oído : *torbellino*.

— Bien, muy bien, tantas gracias, no se me olvidará, responde Mad. Burgrave, que en vez de *torbellino* había oído *pepino*, y añadió :

— Ahora comprendo la respuesta de Vd... á Vd. le gusta lejos ; bien dicho, á mí también porque se indigesta.

Mr. Mignonnet vuelve á entrar en el círculo, y pregunta de nuevo á Mad. Burgrave diciéndole :

— ¿Sabe Vd. ya la palabra, Señora?

— Sí tal, y estoy dispuesta á responder á Vd.

— ¡Magnífico! Con que veamos, ¿cómo la gusta á Vd.?

— Con aceite y vinagre.

Al oírla el empleado del Tesoro quedó suspenso, y dándose palmadas en la frente murmuró :

— ¡Con aceite y vinagre! Señores, francamente, he perdido el hilo.

Y todas las personas que jugaban se miraron unas á otras con un aire de asombro, como diciéndose : ¿Comprende Vd.? — yo no.

Mr. Mignonnet continuó recorriendo el círculo y pasó á la segunda pregunta : ¿Dónde lo pondría Vd.?

Al interrogar á Mad. Burgrave, esta le respondió con mucho aplomo :

— En una fuente.

El empleado lanzó un gemido, exclamando :

— Señores, me doy por vencido. Las respuestas de Mad. Burgrave me echan á fondo. Creia haber adivinado, pero ahora veo que estoy lo menos á cien leguas de distancia. ¡En una fuente!... Acaso ha querido Vd. decir en el mar... si así fuera, ya nos entenderíamos.

— ¡En el mar!... por supuesto; ¿quién ha hablado del mar? He dicho á Vd. que en una fuente; mas claro, en un plato cualquiera.....

— No puede Vd. imaginarse el laberinto en que me meten sus respuestas.

— Tanto mejor.

— Pero será preciso que Vd. me las explique.

— ¿Porqué no? es lo mas fácil del mundo.

— En fin, vamos á la tercera pregunta... quizás disipe las tinieblas que me rodean.

Mr. Mignonnet vuelve á recorrer el círculo preguntando : ¿Qué haria Vd. con ello? y al dirigirse á Mad. Burgrave, esta responde :

— ¿Qué habia de hacer?... Comerlo.

Mr. Mignonnet no pudo contenerse, y exclamó :

— ¡Bah! bah! eso no es posible, nadie puede comer un torbellino, y la palabra es *torbellino*, estoy seguro.

— Sí, sí, dijeron todos los circunstantes, ha adivinado, ha adivinado.

— ¿Cómo que ha adivinado? dijo la gordiflona señora, la palabra no es *torbellino* sino *pepino*: esto es al menos lo que yo he oído.

Todo el mundo se echó á reir, y la equivocacion divirtió tanto ó mas que el juego mismo. Mad. Burgrave quiso pagar una prenda, pero Mad. Bouffi le dijo que no era menester, añadiendo que no tendria bastante si hubiera de pagar todas las que perdiese. La llegada de nuevos personajes puso fin al juego y atrajo hácia ellos la atencion general.

El caballero que entró delante era un hombre alto, todavía jóven, vestido con elegancia, y en sus maneras se notaba una franqueza, una confianza no siempre de buen tono; pero era muy amigo de Mr. Bouffi, los dos hacian negocios en compañía, ó mejor dicho, el primero buscaba negocios al segundo, porque no era mas que un corredor, y se llamaba Mr. Floquart. Era uno de estos vividores que hacen ruido en el mundo, que triunfan y gastan, que se hallan en todas partes, en los paseos, en los cafés, en los teatros, y que no pierden una primera representacion, procurando llegar á su butaca en medio de la funcion para incomodar á la gente y producir efecto. Mr. Floquart conocia á todo París y sobre todo á las celebridades, tuteaba á

los actores, daba á entender que habia sido amante de todas las actrices, hablaba siempre muy alto, ofrecia proteccion á todo el mundo, se divertia en grande, y sin embargo no tenia rentas. ¿Cómo y de qué vivia? — En París, hay muchas existencias problemáticas que empiezan con festines, cenas, fiestas de todas clases, y acaban en la cárcel ó mas lejos aun.

Sin embargo, Mr. Floquart se ocupaba en algo; si no jugaba á la Bolsa, hacia jugar á otros, y así jugando pescaba algun dinero.

En resúmen, como en sociedad no todos se cuidan de buscar el reverso á la medalla, Mr. Floquart era para unos un hombre simpático, y para otros un *fanfarron*, pero no le faltaba ingenio y gracia; aunque no era guapo, su fisonomía era expresiva, y jamás miraba de frente porque no lo necesitaba para saber apreciar á las personas en su justo valor.

Mr. Bouffi demostraba una gran amistad á Mr. Floquart, no podia vivir sin él: ¿era cariño verdadero, ó astucia para que su querido Floquart le llevase clientes? No se sabe, pero lo cierto es que cuando pasaba dos dias sin verle, enviaba á su casa á preguntar si estaba enfermo.

Cuando logra uno ser tan bien mirado en una casa, nada mas sencillo que presentarse en ella sin ceremonia, pero aquella noche no iba

solo Mr. Floquart. Le acompañaba un caballero de una figura regular, buenas facciones, pero de una seriedad extremada. Era alto, delgado, y podia tener unos treinta y seis á cuarenta años.

Tomándole Mr. Floquart de la mano, le condujo á presencia de Mr. de Bouffi.

— Mi querido de Nogent, le dijo, permítame Vd. que le presente á Mr. Duvalloir, que ha llegado hace poco despues de dar la vuelta al mundo, lo que no le impide ser tan francés como nosotros; pero cuando uno ha vivido tres ó cuatro años fuera de París, es muy raro al volver hallar á los antiguos conocidos á quienes se ha dejado, razon por la cual desea empezar de nuevo á contraer relaciones amistosas. Apenas lo he sabido, he ofrecido á Mr. Duvalloir presentarle á uno de mis mejores amigos, á uno de los banqueros mas acreditados: si tiene Vd. fondos que colocar, casas que vender, ó desea Vd. adquirirlas, le he dicho, él podrá servir á Vd. á las mil maravillas; y hénos aquí, yo por mi parte satisfecho al reunir á dos personas que de tanta utilidad pueden ser el uno para el otro, y que merecian conocerse por el mismo motivo.

Mr. Bouffi dispensó una excelente acogida al presentado, que tenia fondos por colocar, y despues de cambiar algunas frases galantes, tomó

Floquart otra vez la mano del recién venido, y presentándole á la señora de la casa :

— Mi querido Duvalloir, le dijo, hé aquí á Mad. de Nogent : no tengo necesidad de añadir que es una mujer encantadora, porque eso se conoce á la legua ; pero sí me permitiré indicar que es tan amable como hermosa : esto es mucho decir, pero estoy seguro de que mi buena amiga no me dejará por embustero.

El presentado hizo una profunda reverencia á Mad. Bouffi, y esta á su vez le dirigió algunas palabras afectuosas, acompañadas de una graciosa sonrisa.

Durante la presentación no quitó ojo Mr Grebois de Mad. Bouffi, y se mordió los labios al notar la sonrisa con que obsequiaba al forastero.

— ¡ Qué guapo es ese caballero ! dijo Mad. Burgrave confiando su impresion á Mr. Mignonnet.

— Guárdese Vd., Señora, respondió el empleado, porque le va á robar á Vd. el corazón.

— ¡ Ah ! añadió la buena señora suspirando, hace ya mucho tiempo que no me roban nada. Por otra parte, Mr. Burgrave no le consentiría que se acercase á mí... es tan celoso !

— Pero ¿ es verdad que tiene ese defecto ? nadie lo creería.

— Porque es muy diplomático... sin embargo cuando me ve conversar mucho tiempo con un

hombre, se pone mas encarnado que la grana.

— Es extraño! y ahora, en este momento me ve hablar con Vd., y, francamente, tiene el mismo color que de costumbre.

— ¡Qué cosas tiene Vd.!... Vd. es moro de paz.

— Gracias por la lisonja; ¿con que soy moro de paz, con que se me toma por un cero?...

— No es eso lo que quiero decir, sino que Mr. Burgrave sabe perfectamente que Vd. no se ocupa de mí, que se halla Vd. sujeto en otras redes...

— ¡Calle! ¿y quién ha dado á Vd. esos informes?...

— ¿Hay algo oculto en este mundo? qué, no sabemos que se dedica Vd. á las modistas? pero, francamente, no le alabo el gusto... Un hombre de sociedad ir á los obradores á pedir un poquito de amor á las costureras!..... Calle Vd. Gran Dios! es vergonzoso.

— Le parecería á Vd. mejor que enamorase á mujeres casadas, ¿no es verdad?

— ¡Habrás visto pícaro! ¿por ventura no hay en el mundo mas que mujeres casadas?

— Para enamorar... así como yo digo, á no dirigirse á las señoritas... pero esto no entra en mi modo de pensar... seducir una hija de familia!..... No es nada lo del ojo..... prefiero encanallarme con las costureras.

— ¿Y las viudas y las mujeres dueñas de sus acciones, dónde me las deja Vd.?

— ¡Oh! lo que es esas... la plaza está ocupada de antemano, y hay que aguardar á que le llegue á uno el turno, hay que hacer cola como las viudas y cesantes cuando van á cobrar la paga, y las mas de las veces sucede que al llegar á la mesa del habilitado, voló el pájaro, se acabó el dinero, y los últimos se quedan á la luna de Valencia.

— Calle Vd., es Vd. un monstruo... Mi marido nos mira... aléjese Vd., porque sino me va á dar una mala noche.

— ¡Qué nos ha de mirar!... ¿no ve Vd. que está hablando con él Mr. Bichonneau. Apuesto á que le elogia su habilidad en el juego de billar para que le invite á comer.

— Mi marido se pone rojo... que me está Vd. perdiendo, Mr. Mignonnet, váyase Vd. por Dios.

El empleado del Tesoro se aleja riendo y diciendo para su colete :

— ¡Pobre mujer! lo que querria es que alguno se tomase el trabajo de enamorarla... ¡bah! es medio loca. Pero hé aquí el mundo; en un salon donde hay mucha concurrencia, los unos procuran conquistar corazones y los otros ocultar sus intrigas. Afortunadamente esto sucede aquí lo mismo que en todas partes.

— Y bien, Señores, ¿qué es lo que se hace

aquí, á qué juegan Vds.? pregunta Mr. Floquart paseándose por el salon. No aludo á los jugadores de *whist*, que continúan impertérritos en su sitio, y seguramente hasta que se disuelva la reunion. Aunque la casa se hundiera, no pestañearian y continuarian diciendo : Tenemos el *trick* ; pero en este lado donde hay señoras , no es un juego formal lo que se quiere , y mucho menos un juego silencioso.

— Sí, sí, buena es esa , hable Vd. de silencio á los jugadores de *whist*, dijo Mr. Grangeville. No cesan un minuto de chillar ni de hacer reconvenciones á sus compañeros. Si la palabra *whist* quiere decir en inglés silencio, no puedo menos de decir que este juego se halla en contradiccion con su nombre.

— Habíamos empezado á jugar á prendas , dijo Mad. Bouffi á Mr. Floquart ; pero nos gustará mucho mas hacer cualquiera otra cosa.

Despues , dirigiéndose al nuevo presentado , añadió :

— Desearia saber cuál es el juego que prefiere este caballero.

— Señora , ruego á Vd. que no se ocupe de mí , yo no merezco tanto favor , dijo Duvalloir , y además conozco todos los juegos ; así pues , el que Vds. elijan será el que mas me agrade.

— ¿ Sabe Vd. que el presentado tiene un bo-

nito perfil? murmuró Rosalvina Burgrave dirigiéndose á una señora jóven que se hallaba á su lado.

— Sí por cierto, le respondió, pero tiene un aspecto demasiado grave, demasiado serio.

— No crea Vd. que me disgustan los hombres serios.

— Yo quisiera saber cuáles son los hombres que le disgustan, dijo en voz baja Mignonnet, sin contar á su marido!

— Vamos, es preciso hacer algo para que se divierta todo el mundo, exclamó el gigantesco Floquart.

— ¿Y quién se opone á que charlemos? preguntó Mad. Bouffi.

— Eso no hay para que decirlo, impedir á las señoras el uso de la palabra seria una tiranía.

— Y una gran privacion para nosotros, añadió Mr. Grebois acercándose á las señoras.

— Hé aquí una mesa desocupada... yo voy á ser banquero y jugaremos una partida de lansquenet... ó sino á la veintiuna...

— ¡Ay! caballero, yo no entiendo una palabra de eso que dice Vd., exclamó Mad. Burgrave, no sé ningun juego de cartas.

— Señora, yo le aseguro á Vd. que aprenderá en seguida, es tan sencillo como dos y dos son cuatro.

— ¡Qué dice Vd. dos y dos son cuatro!

— Vamos, haga Vd. el obsequio de ponerse al lado de Mr. Duvalloir, y verá Vd. cómo él la guía.

— Entonces bien... de ese modo ya es otra cosa, si este caballero es tan amable...

El caballero serio pronuncia algunas palabras galantes, y Rosalvina se apresura á sentarse y á indicarle una silla á su lado, en la que su próximo mentor toma asiento sin mostrarse por eso mas alegre.

Mr. Grangeville, á quien invitan á jugar, se niega á tomar parte en el juego, saca de su bolsillo el *bilboquet* y dice :

— Me divierte mas esto.

— Veamos, Señoras, dice Mr. Floquart, jueguen Vds., advierto que tengo preparado todo el capital necesario para pagar mis pérdidas.

— Bien, pero no queremos jugar cantidades crecidas.

— Son Vds. dueñas absolutas de su voluntad, lo mismo que estos caballeros. Empezaré con un juego muy sencillo para dar gusto á Mad. Burgrave, el treinta y cuarenta... ¿negro ó encarnado?... pongan Vds. lo que quieran.

La tierna Rosalvina, volviéndose á Mr. Duvalloir :

— ¿Qué significa eso de negro ó encarnado? le pregunta; no entiendo una palabra.

— Señora, es una cosa facilísima. Vd. elige

el color que mas le agrade, lo dice Vd. despues, aguarda Vd. á que el banquero vuelva la carta, y si adivina, Vd. le paga una cantidad igual á la que Vd. haya puesto.

— ¡ Ah! muy bien, doy á Vd. un millon de gracias, ya lo he comprendido..... pongo cinco sueldos.

Mr. Floquart llega á Mad. Burgrave y le pregunta :

— ¿ Qué color pide Vd., bella Señora?

Rosalviña, despues de algun tiempo de reflexion, responde :

— ¿ Qué color quiero?... azul.

Todos se echan á reir, y Mr. Duvalloir dice á su vecina :

— No hay mas que negro ó encarnado.

— ¡ Cómo! ¿ no hay mas que esos colores?

El banquero, que desea continuar el juego, repite su pregunta.

— Vamos, Señora, ¿ qué color pide Vd.?

Mad. Burgrave titubea todavía, y despues responde :

— Pues bien, pido amarillo.

Floquart suelta una carcajada, y vuelve la carta diciendo :

— Es encarnada, ha perdido Vd.; pero esta vez no quiero aprovecharme de su falta de práctica... guarde Vd. su dinero.

— ¡Ah! ven Vds... eso es hacer trampas, exclama Mad. Burgrave.

— No tal, Señora, toda vez que devuelvo á Vd. su puesta.

— Entonces no comprendo una palabra, juguemos á otra cosa.

Despues de hacer el turno, dice el banquero :

— Juguemos á otra cosa, puesto que Mad. Burgrave lo desea, vamos á echar un juego de *simpatía* y *antipatía*. Pongan Vds. lo que gusten.

— ¡Oh! simpatía! ¡qué precioso debe ser ese juego! estoy segura de que lo aprenderé en seguida. Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de explicármele?

— Señora, el banquero presenta á Vd. dos cartas sin volverlas, Vd. le dice lo que desea; si las dos cartas son del mismo color es simpatía, si la una es encarnada y la otra negra, antipatía, y si Vd. acierta gana : hé aquí todo lo que puedo decirle.

— Gracias, caballero, ¡oh! ya verá Vd. qué bien juego á ese juego... Pongo diez sueldos.

Mr. Floquart llega á Mad. Burgrave, saca dos cartas de la baraja y le dice :

— ¿Qué pide Vd., Señora, simpatía ó antipatía?

— ¡Oh! yo quiero... sentimiento.... sensibilidad... atraccion...

— Presumo que todo eso quiere decir simpatía, ¿no es verdad?

— Sí, sí... el lazo que nos une, que nos identifica, que nos arrastra para amarnos...

Todos se muerden los labios para contener la risa, y Mr. Floquart, que vuelve las cartas y ve que son de un mismo color, paga á Mad. Burgrave y le dice :

— Vd. ha ganado.

— ¡ Ah! ya lo sabia yo... ¿no dije á Vds. que seria muy fuerte en ese juego?... ¿Oh! la simpatía!...

— Es el lazo dulcísimo que nos une, que hace una de dos almas, dijo riéndose Mr. Mignonnet, y añadió, ¡ bonito asunto para una poesía!

Entretanto Mr. Burgrave, que habia estado observando atentamente al jugador de *bilboquet*, se acercó presuroso á su esposa y le dijo :

— ¡ Uf! estoy asombrado, Mr. Grangeville ha metido tres veces seguidas la bola por la punta!

— Está bien, caballero, repuso Rosalvina algo amostazada, aprenda Vd. á hacer otro tanto.

CAPITULO III.

LA CASA DE LOS SICOMOROS.

Mr. Floquart cambió de juego, dando principio á una partida de *lansquenet* con gran sentimiento de Mad. Burgrave, que hubiera deseado continuar el juego comenzado y que no cesaba de exclamar :

— ¡Ah! simpatía... juguemos á la simpatía... es un juego precioso, ¿porqué no continuar? Yo sé jugar muy bien á eso, ¿no es verdad, caballero?

— Sí, Señora, muy bien, responde maquinalmente el nuevo presentado, que, á juzgar por su aspecto, no parece muy satisfecho del cargo de mentor de Mad. Burgrave y que al fin la abandona para acercarse á Mr. Bouffi.

El banquero corre á su encuentro y es el primero que entabla conversacion.

— Con que desea Vd. vender una casa, le dice, ¿está situada en París?

— Desgraciadamente no, entonces valdria mu-

cho mas de lo que vale. Se halla situada en Montagny-sur-Oise, pequeña aldea un poco mas allá de Ermenonville..... entre Ermenonville y Senlis ; sobre poco mas ó menos , á doce leguas de París.

— ¿ Hay ferro-carril ?

— Precisamente que llegue á Montagny no, pero la estación dista de mi propiedad una legua muy corta.

— Malo... es mucha distancia , y no se puede prescindir de carruaje... En fin , ¡ cómo ha de ser ! ¿ y la casa es muy grande ?

— ¡ Oh ! sí , la casa es muy bonita y espaciosa..... diez habitaciones , cuadra , cochera , cuanto se necesita para vivir en el campo. El jardin tiene seis fanegas , despues hay un pequeño bosque que medirá de nueve á diez , y todo se halla rodeado de tapias sólidas y perfectamente conservadas.

— ¿ Y hay agua ?

— En el jardin una fuente bastante grande , y en el bosque un estanque.

— ¿ Y la casa está bien amueblada ?

— Muy bien... no falta nada. Hay hasta ropa blanca , porque no quise llevarme nada al dejar de habitarla... hace tres años y medio sobre poco mas ó menos.

— ¿ Y en cuánto quiere Vd. venderlo todo ?

— Francamente , no sé... pero me parece que

no sería demasiado excesivo su precio fijándole en cincuenta ó sesenta mil francos... Con los muebles me cuesta doble, y además los jardines son preciosos, están llenos de flores y de árboles, lo que me ha costado muy buenos cuartos.

— Le creo á Vd., pero Vd. sabe que al vender, son cantidades negativas todas esas... De todos modos, procuraremos sacar el mejor partido. ¿Hay álguien que pueda enseñar la casa?

— Hay un jardinero que desempeña tambien el oficio de guarda, y él la puede enseñar.

— Perfectamente... ¡Ah! se me olvidaba... y diga Vd., ¿tiene algun nombre en el pueblo la casa? Ya sabe Vd. que en el campo todas las propiedades de alguna importancia tienen un nombre mas ó menos eufónico, que en muchas ocasiones es lo que seduce al comprador.

— Mi quinta se llama la *Casa de los sicomoros*, porque hay á los dos lados del edificio dos calles de estos árboles.

— ¡La *Casa de los sicomoros*! murmuró Mr. Bouffi sonriéndose... ¿Sabe Vd. que es un nombre muy bonito... muy retumbante?... parece un título de melodrama. Está muy bien, y tendrá Vd. la bondad de dejarme una nota de cuanto hemos hablado. Cuando suba mi sobrino, le dictará Vd. todos esos detalles y él los escribirá. Aun está trabajando en mi despacho, pero

no tardará en venir. Segun lo que ha dicho Floquart, ¿tambien desea Vd. colocar algunos fondos?...

— Si por cierto, tengo doscientos cincuenta mil francos que he recogido en mi viaje, y además otro tanto en París por cobrar.

Al oir la enumeracion de la fortuna del presentado, la fisonomía de Mr. Bouffi aumenta por instantes su expresion de amabilidad, y haciendo una profunda inclinacion de cabeza, añade:

— ¡Diablo! es toda una fortuna! Si Vd. quiere, yo tomaré todos sus fondos á un cinco por ciento de interés, pero no mas; porque yo no soy como esos banqueros que prometen mas de lo que pueden dar y que despues desaparecen cargando con el santo y la limosna. No quiero tener que escaparme á Bélgica, me encuentro muy bien en París.

— Hace Vd. bien en pensar de ese modo, y estoy seguro de que nos entenderemos perfectamente. Un interés legal me basta, y quizás compre una casa en París... aun no me he decidido, pero...

— Yo tengo una de venta en la calle *du Temple*.

— No es ese el barrio en donde me propongo habitar.

— Eso es otra cosa... ¡Ah! dispense Vd., habia olvidado hacerle una pregunta respecto

de la *Casa de los sicomoros*. Es una friolera... una niñada, pero hay gentes que se paran en pequeñeces y que no comprarían una quinta si faltase. ¿Hay billar en la casa?

— Hay uno enteramente nuevo y bueno.

— ¿Un billar? quién habla por ahí de jugar al billar? exclamó el marido de Rosalvina, que habia escuchado las últimas palabras de la anterior conversacion, separándose en seguida de Mr. Grangeville y de su *bilboquet*.

— ¿Quieren Vds. jugar al billar, caballeros?

— No, mi querido Burgrave, estaba preguntando á este caballero si habia un billar en la propiedad que desea vender.

— ¡Cómo!... ¿este caballero desea vender una propiedad en la que hay un billar?

— Sí, Señor.

— Con troneras, ¿eh? porque no hay que venirme con los nuevos billares sin troneras... nada mas lastimoso que esa desventurada supresion. No es jugar al billar, es hacer carambolas como cualquiera las haria, y adios palos, doblete y todo lo que hacia divertido el billar, sin excluir las carambolas. Lo repito, eso no es jugar al billar sino á la carambola, y no debe decirse tengo en mi casa un juego de billar sino un juego de carambolas. ¿Y la guerra?... dónde me dejan Vds. la guerra?... Con las mesas mo-

dernas no hay medio de jugarla. Sin embargo, cuando hay mucha gente, no se puede jugar mas que una guerra. Vds. ven que tengo razon: un billar sin troneras es un mueble y nada mas, y en este caso preferiria el *bilboquet*, como Mr. Grangeville.

Despues de dejar á Mr. Burgrave terminar su discurso, se limita Mr. Duvalloir á decirle:

— Caballero, mi billar tiene troneras, pero me parece que están tapadas.

— ¡Tapadas! entonces hay necesidad de destaparlas... ¿Está muy lejos la quinta de Vd.?

— A doce leguas, un poco mas allá de Ermenonville.

— Diantre, es algo lejillos... qué lástima, me hubiera gustado destapar las troneras... pero no importa; me es útil pasear... ¿dónde se halla la casa?

— En Montagny-sur-Oise; en preguntando por la *Casa de los sicomoros*, todo el mundo le dará á Vd. razon.

— Magnífico, prometo á Vd. ir á ver el billar. ¡Ah! mi querido Bouffi, ¡qué lástima que no tenga Vd. aquí un billar! es lo único que falta.

— No tengo sitio para él, pero le ofrezco á Vd. comprar uno y lo colocaré en una de las piezas de mis oficinas... mis escribientes estarán algo estrechos, mas ¿qué importa?

— Soberbia idea... por lo demás, los escri-

bientes podrán trabajar por la mañana sobre la mesa del billar... ¿qué mejor escritorio?

— En ese caso, creo que lo que menos harían sería escribir.

La puerta de la sala se entreabrió, y entró un joven sin hacer el menor ruido, y saludando cortesmente á todas las personas que hallaba al paso, llegó hasta el dueño de la casa.

Era un joven muy guapo que tenía cerca de veinte años, pero que no representaba mas que diez y siete. Sus cabellos de rubio ceniciento dejaban ver una frente espaciosa que prometía bastante ingenio... sin embargo, no había que que fiarse, porque las frentes mienten también como todas las cosas. Grandes ojos azules, dulces y humildes, una boca agradable, una cara ovalada, un color algo pálido, ó mejor dicho poco color, por último un conjunto que anunciaba una persona delicada, amable y tímida, tal era Oswaldo, el sobrino de Mr. Bouffi. Debemos añadir que su estatura era mediana, pero esbelta, bien formado, sobre todo cuando estaba derecho, lo que no sucedía siempre, porque había tomado tal costumbre de bajar la cabeza delante de sus tíos, que parecía un escolar en presencia de su profesor, lo que le había hecho contraer el hábito de andar encorvado, razón por la cual representaba una pulgada menos de las que tenía de estatura.

A la muerte de su hermano , que era marino , recogió Mr. Bouffi á su sobrino , que no contaba entonces mas que once años , y se encargó de su educacion , procurando que sonara en todas partes que servia de padre á un niño huérfano , que gastaba mucho dinero en educarle , por último que hacia una buena obra ; y como no incomodaba á nadie que adquiriese la reputacion de caritativo , se le miraba como á un hombre de un excelente corazon , por mas que el recoger y cuidar á un sobrino huérfano fuese la cosa mas natural del mundo.

Lo que Mr. Bouffi no dejó traslucir fué que desde el momento en que el muchacho tuvo una buena letra , supo hacer cuentas y conoció las operaciones de los cambios , le destinó á su oficina , en donde trabajaba mas que los otros dependientes , porque estos no iban sino muy muy rara vez á trabajar por la noche , mientras que Oswaldo no descansaba. Todas las noches , excepto los domingos , apenas comia bajaba al despaché , trabajaba hasta las nueve , y cuando habia mucho que hacer hasta mas tarde.

El sobrinito trabajaba pues desde hacia cuatro años , no como un dependiente sino como dos , y era un empleado de sumo precio , porque contaba muy bien , tenia al dedillo las operaciones de los cambios con todas las plazas de Europa , sabia la teneduría de libros y se ha-

llaba en estado de llevar la correspondencia. Un dependiente de este género merecia un buen salario, pero como Mr. Bouffi era su tío no le daba nada. ¿Y que no hacia bastante por él? Le daba habitacion, un cuarto abuhardillado en lo mas alto de la casa, le vestia y le alimentaba. En verdad que el jóven Oswaldo era tan sobrio, vestia tan modestamente, que lo mas que gastaba eran unos mil quinientos francos al año, y esto es echar por largo; pero en cambio el sobrinito desempeñaba el trabajo de un empleado de tres mil francos. Hé aquí el modo que tenia Mr. Bouffi de ser caritativo, y podemos añadir que hay en el mundo muchas personas generosas á su manera, lo que haria olvidar la gratitud si ya no fuese tan rara como la generosidad.

El jóven Oswaldo no estaba por eso menos persuadido de que todo se lo debia á su tío, y por esta razon era un esclavo suyo y de su esposa. Obedecia sin replicar las órdenes que le daban, y nunca se quejaba del trabajo que le imponian. ¿Les profesaba un verdadero cariño? esto es harina de otro costal. Por mi parte, no creo que se pueda querer á las personas á quienes se teme... pero cualquiera es dueño de tener su opinion.

— Tío, ya está copiada toda la correspondencia, dijo Oswaldo á Mr. Bouffi.

— Muy bien, ahora me vas á hacer el favor de acompañar á este caballero á mi gabinete y escribirás los datos que te dí sobre una propiedad que desea vender y los fondos que quiere colocar... es cosa de dos minutos. Mr. Duvalloir, tenga Vd. la bondad de pasar á mi gabinete con mi sobrino.

El jóven dependiente y el nuevo presentado abandonan el salon.

— ¿A dónde va el simpático sobrinito? exclama Mad. Burgrave; no ha hecho mas que entrar, y ya nos deja!... Un chico á quien aprecio tanto, tan amable, tan dulce...

— Consuélese Vd., Señora, Oswaldo vuelve en seguida, dijo Mr. Bouffi sonriendo. Ha ido á tomar unos apuntes que debe darle Mr. Duvalloir.

— ¿Quién... ese caballero que me ha enseñado á jugar? Tiene una cara á la romana.

— Pues á mí me parece un hombre muy grave, dijo Mr. Grebois.

— Mas bien un hombre melancólico, añadió Mad. Bouffi.

— ¿Vd. lo cree así, Señora?... quizá se nuestra melancólico para ser mas interesante.

— No es preciso estar melancólico para ser interesante, dijo el banquero; y por mi parte, no me figuro que puede haber melancolía en un hombre que dispone de quinientos á seiscientos mil francos, y acaso mas.

— ¡Hola! ¿tan rico es?

— ¿Y está casado? preguntó con viveza Mad. Burgrave.

Esta pregunta, á pesar de su sencillez, hecha por Mad. Burgrave produce hilaridad en los circunstantes, y su marido, que la ha oído, exclama :

— Esa, Rosa, es demasiada curiosidad! ¿Qué te importa que esté ó no esté casado? ¿Acaso te declaras partidaria de la bigamia?

— Caballero, ya he dicho á Vd. que no me llame Rosa, porque no le responderé.

— Sin embargo, ese ha sido siempre tu nombre, y cuando eras soltera, nadie te daba otro.

— Es muy posible, pero ya no lo soy, y he estado en mi derecho al dar mayor extension á mi nombre. En cuanto á lo demás, creo que nada tiene de particular la pregunta que he dirigido á Mr. Bouffi... he preguntado sin intencion alguna, porque ya sé que no estoy viuda, vaya si lo sé... eso no se olvida.

Estas últimas palabras fueron dichas con una expresion poco lisonjera para Mr. Burgrave. Mr. Bouffi respondió :

— Francamente, Señora, no se me ha ocurrido preguntar á ese caballero lo que Vd. desea saber... hace tan poco tiempo que tengo el placer de conocerle... pero Floquart debe saberlo... Floquart, ¿sabe Vd. si Mr. Duvalloir es casado?

Floquart, que poco á poco habia hecho tomar grandes proporciones al lansquenet, respondió :

— La banca tiene sesenta francos ; ¿quién los quiere ganar de una vez?... sino recojo velas y me retiro.

— ¡ Diablo ! sesenta francos... esas señoras juegan de verdad !

— Es que tambien hay caballeros en la partida.

— Yo pongo dos francos, dijo Mad. Burgrave, aunque no sé á lo que se juega.

— Ya es algo, sobre todo para empezar, dijo Floquart riéndose ; pero el antiguo abogado Mr. Grebois se aproximó á la mesa diciendo :

— Banco.

— Gracias á Dios que hay un valiente. Señora, puede Vd. retirar sus dos francos.

— ¿Y porqué los he de retirar?

— Porque este caballero ha dicho banco...

— No comprendo...

— Tanto mejor.

— ¿Cómo, tanto mejor?

El banquero vuelve las cartas y pierde. Mr. Grebois, recoge todo el dinero que hay sobre la mesa, y Mad. Burgrave exclama :

— ¿Y yo?... cuando el banquero pierde, yo he debido ganar.

— ¿No he devuelto á Vd. su puesta, Señora?

— Pero yo he dicho que jugaba dos francos... todos los presentes lo habrán oído.

Mr. Floquart se aleja de la mesa de juego, y acercándose á Mr. Bouffi le dice á media voz :

— Querido amigo, vuestra Mad. Burgrave es verdaderamente insoportable cuando juega. No puede Vd. imaginarse las tonterías que ha dicho y hecho.

— ¿Pues no las he de imaginar? la creo capaz de todo.

— Mr. Duvalloir no la ha podido soportar... le acaparó de tal manera que tuvo que dejar el puesto.

— Hablando de ese caballero, ¿sabe Vd. que por lo que me ha indicado veo que es todo un hombre rico?... Quiere colocar seiscientos mil francos, y es muy probable que tenga mas.

— ¡Oh! sí, es muy rico... su amistad no le será á Vd. perjudicial, mi querido amigo.

— Con efecto, solo con el dinero puede ganarse el dinero; ¿y en qué se ocupa? de dónde le viene su fortuna?

— ¡Cómo es eso! semejante pregunta... ¿de dónde le viene su fortuna?... ¿acaso lo sé yo? nunca me ocupo de esas bagatelas, y además hace poco que le conozco. Le he hallado muchas veces en la fonda de Vefour, su mesa estaba cerca de la mia, mientras comíamos charlábamos, y no tardé en ver que era un hombre que

no escatimaba el dinero... ya sabe Vd. que yo tengo mucho tacto... que huelo la riqueza, es un imán que me atrae... ha vuelto de un largo viaje, poseía fondos en América... en el Brasil... creo que es un armador... lo cierto es que no sabía qué hacer de sus fondos, y le dije que le presentaría á un íntimo amigo mío, á uno de los primeros banqueros de París, á Mr. Bouffi de Nogent. Esta es toda la historia, le he traído y espero que ganaré un buen corretaje.

— No tenga Vd. cuidado, ya arreglaremos el negocio. Mad. Burgrave ha preguntado si era casado.

— No me extraña esa pregunta de su parte: por regla general, los tontos son excesivamente curiosos; pero no creo que Mr. Duvalloir esté casado; en ese caso, no comería en la fonda. Hé aquí á lo que se reducen mis noticias.

CAPITULO IV.

UNA PREGUNTA INDISCRETA.

El presentado y el jóven dependiente vuelven á entrar en el salon. Mr. Bouffi se apresura á ir á hablar con el primero, y Mr. Floquart propone una *bouillote* que es aceptada. Mad. Burgrave, que está de mal humor porque no le han dado los dos francos que quiso poner al lansquenet, va á situarse en frente del incansable jugador de *bilboquet*, quien le dice :

— Hola, ¡Vd. por aquí!... ¿Se ha convencido Vd. de que este juego es el mas bonito de todos? por lo menos no se pierde dinero en él.

— Es verdad, caballero... yo he perdido lo que hubiera debido ganar, pero me han hecho trampa, estoy segura, se han aprovechado de que no sé jugar.

— Hé aquí una cosa que no sucede nunca con el *bilboquet*. Vea Vd... á una... á dos... ahí está.

— Es Vd. sumamente hábil, caballero.....

¿quiere Vd. dejarme probar á ver si yo meto la bola por la punta?

Mr. Grangeville se apresura á ofrecer su juguete á Rosalvina, y esta, poniendo el mango recto, hace dar vueltas á la bola para que tome fuerza; pero Mr. Grangeville exclama:

— No, no es eso, Señora... va Vd. por mal camino, no se debe dejar que le bola dé vueltas, ni mucho menos lanzarla verticalmente... solo los chambones juegan así.

— ¿Qué es lo que debe hacerse, caballero?

— Vea Vd., Señora, haga Vd. el favor del *bilboquet*, y mire Vd. con atencion. Preparo el golpe, lanzo la bola hácia adelante, de modo que dé una media vuelta en el espacio, despues ella misma me presenta el agujero, y... ahí lo tiene Vd.

— Es verdad... ¡oh! ya lo comprendo, déme Vd., déme Vd. el *bilboquet*, que voy á hacer lo mismo que Vd. ha hecho.

Mad. Burgrave vuelve á coger el juguete, se pone en frente de su profesor, y envia la bola tan bien que le da un golpe en la nariz. El profesor lanza un grito penetrante, y toda la sociedad fija sus miradas en el grupo.

— ¿Qué sucede? pregunta Mad. Bouffi.

— No es nada, responde Mad. Burgrave, es que estoy aprendiendo á jugar al *bilboquet*.

— Pero, Señora, yo no le he dicho á Vd. que me envíe la bola á la nariz.

— Caballero, Vd. tiene la culpa, se ha puesto Vd. demasiado delante. Si no tropiezo con su nariz, meto la bola por la punta; voy á empezar de nuevo.

— Muchas gracias, Señora, es inútil, para prueba ya basta.

Mr. Grangeville recoge su *bilboquet*, lo guarda en el bolsillo, y abandona el salon llevando su pañuelo en la cara y murmurando entre dientes.

— ¡Qué poco galante es ese caballero! exclama Mad. Burgrave; se va con su *bilboquet* cuando yo empezaba á ejercitarme. Vd. no hubiera obrado de ese modo, es Vd. demasiado fino, demasiado amable para hacer una cosa semejante.

Estas palabras iban dirigidas al sobrinito del dueño de la casa, que se habia colocado, probablemente sin intencion, al lado de Mad. Burgrave.

Oswaldo baja los ojos é inclina la cabeza respondiendo:

— ¡Oh! Señora, seguramente que no, y si tuviera un *bilboquet* iria en seguida á buscarlo, pero no le tengo.

— Esta noche ha subido Vd. muy tarde; ¿porqué le tiene á Vd. su tío tanto tiempo en el

despacho? Me parece que en los dias de reunion deberia Vd. estar á su lado en la sala desde el principio.

— ¡Oh! Señora... habia mucho trabajo pendiente; y despues yo no soy útil en sociedad, no sé hacer nada.

— Se habla con las señoras, eso forma el carácter y acostumbra al trato del gran mundo.

— Mi tio quiere antes que nada que las cuentas estén al corriente.

— Es demasiado severo con Vd., y su tia tambien, ¿no es verdad? Le habla á Vd. siempre como á un empleado... eso no me gusta.

— No, Señora, yo no me quejo de ellos, y debo mucha gratitud á mi tio, porque siendo huérfano me ha acogido en su casa.

— Sí, ya lo sé, pero eso no tiene nada de particular; en todo caso, es Vd. su sobrino, y ya que no tienen hijos, Vd. hace sus veces, es decir, Vd. hace las veces de un dependiente.

— Procuro del mejor modo posible demostrarles la gratitud que me inspiran sus favores.

— ¿Qué ha estado Vd. haciendo antes con ese caballero que ha presentado Mr. Floquart? ¡ah! ese es otro, le detesto con mis cinco sentidos. Por su causa he perdido dos francos en el juego... pero ya me las pagará todas juntas.

— Señora, antes he ido á apuntar algunos detalles concernientes á una propiedad que de-

sea vender... llamada la Casa de los sicomoros. Hay en ella un hermoso jardín, un bosque y un estanque ; todo eso debe ser precioso.

— La Casa de los sicomoros... ¡oh! qué deliciosa mansion! qué nombre tan romántico! ¿Hay sicomoros en la casa?

— Señora, me parece que están en el jardín.

— Sí, eso es lo que quería decir.

— Ése caballero debe ser muy rico, porque quiere además colocar mas de quinientos mil francos, y no sabe en qué emplear sus fondos.

— ¿Qué me cuenta Vd.? ¿Es tan rico, y vende una propiedad que se llama la Casa de los sicomoros? debe estar situada en un paraje feísimo.

— Por el contrario, en una comarca preciosa, cerca de Morfontaine, de Ermenonville... Ermenonville, donde se halla la tumba de *Juan Jacobo*, en la isla de los *Peupliers*.

— *Juan Jacobo*... ¡ah! sí, ya caigo, un gran escritor que se vestía de turco..... adoro á ese autor con toda mi alma... ¿y está en ese paraje la Casa de los sicomoros?

— A doce leguas de París... Conozco á algunas personas que tienen quintas en el mismo punto, y dicen que es magnífico.

— Pero entonces, ¿porqué ese caballero, que no sabe qué hacer de sus riquezas, quiere ven-

der una quinta tan poética... se lo ha preguntado Vd.?

El joven Oswaldo respondió sonriéndose :

— ¡Oh! no, Señora... eso no es cuenta mia.

Mr. Burgrave se acercó en aquel momento á su esposa para decirle :

— Querida mia, Bichonneau come mañana en casa.

Rosalvina, encogiéndose de hombros, murmuró :

— Caballero, no sabe Vd. hacer mas que tonterías.

— ¡Cómo tonterías!..... ¿ porque he convidado á Bichonneau? Es un hombre excelente, toda la noche hemos estado hablando del juego de billar y opina como yo.

— Hola, ¿ con que se han ocupado Vds. del billar?... entonces no hay que decir, es un hombre completo. Su Bichonneau de Vd. es un gorrista de primer orden, siempre anda oliendo dónde guisan.

— Cállate, Rosa, que pudieran oírnos.

— Le he prohibido á Vd. que me llame Rosa, y lo repito ; no le responderé cuando me nombre así.

Mr. Burgrave se aleja de su mujer algo mohino, y Mr. Duvalloir, que habia perdido algunos napoleones en el último juego adoptado por Floquart, se halla al lado de Mad. Bouffi, la

que con una amabilidad extremada se apresura á ofrecerle una silla cerca de ella y le dice :

— Parece que no ha sido Vd. muy afortunado en el juego.

— ¡Oh! Señora, he perdido una futesa; por lo demás, el que juega se expone á perder ó á ganar, y para que unos logren lo segundo, otros necesitan soportar lo primero : de todos modos, lo principal es pasar el rato.

— ¿Ha jugado Vd. durante su viaje?

— Casi en todas partes, moderadamente en Inglaterra, poco en España, mucho en Alemania, muchísimo en América. He notado que en todos estos pueblos buscan los hombres en el juego distraccion, emociones, y frecuentemente recursos : logran las dos primeras cosas, pero muy rara vez la última. En general, no favorece el juego mas que á los que no necesitan sus favores : el proverbio lo dice, dinero llama dinero.

— ¿Y piensa Vd. fijarse en Francia?

— Es muy probable que lo haga así, á no ser que las circunstancias ordenen otra cosa, porque, ¿quién puede responder del porvenir? los proyectos que parecen mas realizables, los planes mas bien trazados se ven destruidos, inutilizados por acontecimientos imprevistos. Entonces todo cambia para nosotros, la felicidad que habíamos soñado se aleja, y es preciso buscar

una nueva existencia; pero en este caso nadie se atreve á forjarse un nuevo porvenir.

Mr. Duvalloir pronunció estas palabras con un acento tan sumamente conmovido, que no pudieron menos de impresionar á la esposa del banquero; le miró con mayor atencion y notó que en efecto sus facciones eran bellas, sus ojos garzos muy rasgados, su frente espaciosa y arrogante, su boca bien conservada y sus cabellos muy negros, por mas que comenzasen á aparecer algunos de esos hilos plateados que al principio se muestran hipócritamente y que acaban por apoderarse de la plaza.

Pero aquel hermoso rostro tenia entonces una profunda expresion de tristeza que no podia dejar de inspirar interés á una señora que habia sido demasiado bella para no apreciar los atractivos de los demás. Mad. Bouffi le dijo con una voz dulcísima :

— Las mujeres tienen generalmente muchas clases de voces que emplean segun las circunstancias.

— Caballero, acaba Vd. de hablar de los sucesos que en muchas ocasiones roban la calma á nuestra existencia, con un acento tan persuasivo, que cualquiera diria que es Vd. tambien víctima de alguno de esos golpes inesperados!... Quiero creer que me equivoco, ó por lo menos que ha tenido Vd. bastante valor para triunfar de las adversidades.

Mr. Duvalloir titubeó un momento, y despues añadió con una sonrisa forzada :

— Señora, recuerdo que en mi juventud ví una comedia en la que el protagonista decia : *Cuando no se está contento, es necesario ser filósofo* ; pero estas reflexiones , que en una comedia son excelentes , rara vez se practican en la vida.

Mr. Grebois , que habia reemplazado en el juego á Mr. Duvalloir , dirigia con frecuencia sus miradas á Mad. Bouffi : la conversacion que sostiene con el presentado , parece preocuparle y descuida su juego , razon por la cual el dueño de la casa , colocado á su lado , le dice á cada instante :

— Mr. Grebois , á Vd. le toca ahora... ¿en qué está Vd. pensando?

— ¡ Ah ! dispensen Vds. , pero ya he dicho que paso... digo no , me equivoco , no paso..... juego... juego.

— Peor para Vd. , ya es tarde , responde Floquart ; ha dicho Vd. que pasaba , y no se pueden volver atrás las jugadas . Esto le enseñará á no distraerse ; no hay nada mas penoso que jugar á la *bouillote* con personas que no atiendan al juego.

Afortunadamente para Mr. Grebois , Mad. Burgrave se encarga de interrumpir el diálogo que tanto le molesta , va á sentarse al lado de ma-

dama Bouffi, y cortando su conversacion dice á Mr. Duvalloir :

— Caballero, me han indicado que se propone Vd. vender una quinta en un país delicioso... cerca de Ermenonville... donde se halla la tumba de Juan Jacobo... Juan Jacobo, el autor de la *Nueva Eloisa*; no conozco de él mas que esta obra, pero me basta. ¡ Oh Dios mio!.. *Saint Preux... Eloisa... Abelardo...* es admirable! y vuestra propiedad se llama la Casa de los sicomoros, ¿ no es verdad?

— Sí, Señora, con ese nombre la designan.

— ¡Qué nombre tan distinguido! solo por él desearia habitarla. ¿Y tiene Vd. en su propiedad la tumba de Juan Jacobo?

— No, Señora, puesto que está en Ermenonville, á una legua de mi casa de campo, que se halla en Montagny.

— Montagny... tambien es muy bonito ese nombre, sin embargo preferiria que fuera *Montigny* á causa de la actriz del Gimnasio; pero en fin Montagny no es feo... ¿y tiene Vd. un bosque de sicomoros al rededor de la casa?

— Un bosque es demasiado decir, Señora, no hay mas que una doble calle á cada lado.

— Todo eso debe ser encantador. ¿Y hay tambien un estanque en el bosque?

— No es mas que un bosquecillo. La propie-

dad ofrece en general cuanto puede desearse en el campo.

— ¿Y entonces, caballero, porqué la vende Vd., no careciendo de dinero, porque me han dicho que no sabe Vd. que hacer con el que tiene?

Al oír esta brusca pregunta Mr. Duvalloir se turbó, su fisonomía tomó una expresion de enfado, frunció las cejas y lanzó á la entrometida señora una mirada adusta. Al cabo de un instante le dijo :

— Señora, ¿qué edad tiene Vd.?

Mad. Burgrave quedó estupefacta al oír las anteriores palabras y exclamó tartamudeando :

— ¡Cómo, caballero..... pregunta Vd. mi edad! ¿á propósito de qué me hace Vd. esa pregunta?... ¿qué es lo que significa? ¿Acaso se pregunta á una señora la edad que tiene?... pues no faltaba mas!... la pregunta de Vd. me parece muy inoportuna, caballero.

— Lo mismo pienso de la de Vd., Señora, y hé aquí por qué razon deseaba saber si estaba Vd. aun en edad de cometer ligerezas.

Mad. Burgrave, que nota las risas sofocadas ó mal contenidas que ha inspirado la pregunta de Mr. Duvalloir, se muestra incomodada, y dirigiendo miradas de desaliento á todas partes, dice :

— Pero, Dios mio, ¿tiene algo de extraordi-

nario lo que he preguntado? ¿Es indiscreto desear saber porqué este caballero vende su casa? no se oyen preguntas semejantes todos los dias? Puede querer venderla porque el aire es malo, porque los campesinos son malos y ladrones, porque hay vecinos insoportables! Yo sé que en ese caso no se dice la verdad á los compradores; pero yo no pensaba comprar, hablaba por hablar, y no he dado motivo á que se me haga una pregunta que puedo calificar de impertinente.

Mientras que Rosalvina desahogaba su cólera, Mr. Duvalloir se despidió de Mad. Bouffi y abandonó el salon. Al notarlo la ofendida señora exclamó :

— Ha hecho bien en marcharse, porque sino Dios sabe hasta dónde hubiera podido contenerme... y le hubiera enviado á Mr. Burgrave con su tarjeta.

— ¿Qué es eso, Rosa?... quieres una tarjeta? preguntó el esposo de Rosalvina, que hablando del billar con Mr. Bichonneau, no habia fijado la atencion en el suceso que motivaba la cólera de su esposa.

— Caballero, Vd. no oye lo que se dice, y aun cuando insulten á su mujer, ¿no sale Vd. á su defensa? ¿Es esto cumplir con su deber?

— Vamos, querida Mad. Burgrave, dijo la dueña de la casa, me parece que se encoleriza

Vd. demasiado por una cosa que no vale la pena. Ese caballero ha encontrado indiscreta la pregunta que Vd. le ha dirigido, y en efecto algo indiscreta ha sido, porque le hemos visto hoy por la primera vez y ya quiere Vd. que nos confie los motivos que tiene para vender su casa de campo. Estoy segura de que mi esposo no le ha preguntado otro tanto.

— No por cierto, desea vender su casa... ya sabrá lo que se hace... no necesito que me diga el motivo, para trabajar en favor de su venta, y además no estaría en mi derecho preguntárselo.

— Pero, Dios mío, de todos modos creo que mis palabras no merecían todo el furor que ha demostrado ese caballero... me ha echado una mirada... en mi vida he visto una cosa tan aterradoradora. ¡Y yo que le juzgaba amable!... ¿dónde tenía los ojos?... Es un hombre terrible... siniestro...

— La verdad es, dijo Mr. Grebois, que cuando esta señora le preguntó porqué vendía la casa, se conmovió visiblemente.

— ¡Ah! gracias á Dios que hay una persona que lo haya notado... al menos es Vd. de mi opinion. Y en cuanto á la tal Casa de sicomoros... no me parece nada buena, no querría que fuese mía por cuanto hay en el mundo.

— Pero, querida mía, ten presente que hay

en ella un soberbio billar, que he prometido á ese señor ir á verle y que me proponia destapar sus troneras para probarle.

— No faltaba otra cosa! Estaria bonito... Ir á destapar algo en la casa de un hombre que me ha preguntado los años que tengo... Es un impertinente, esta es la opinion que he formado de él y le prohibo que le destape sea lo que sea.

Mr. Burgrave no responde nada, y poco despues se aleja con su esposa. La cólera de Rosalvina ha hecho el gasto de los asistentes á la reunion, y poco á poco van desapareciendo todos los personajes.

Mr. Mignonnet se acerca antes de partir al sobrinito del dueño de la casa y le dice :

— Jóven, no olvide Vd. la leccion que ha aprendido esta noche, no hay que ofender el amor propio de una mujer, porque una mujer ofendida es capaz de cambiar lo negro en blanco. Mad. Burgrave pensaba que el presentado era encantador, interesante, dstinguido... Ahora ya ha visto Vd. cómo le trata; pero es verdad que él tambien ha cometido una gran falta... ¡Preguntar su edad á una mujer como Mad. Burgrave!... No tiene perdon, á no ser que lo haya hecho ex profeso.

CAPITULO V.

UNA CASA DE LA CALLE DU TEMPLE.

Son las siete de la mañana, y aun cuando nos hallamos en el día 8 de abril, es decir en primavera, el tiempo está muy frío; no cae nieve, pero sí escarcha que moja y penetra hasta los huesos, poniendo las calles perdidas é intransitables.

Entremos en una casa de la calle *du Temple*, situada casi enfrente del mercado del mismo nombre. La casa no es muy grande, su fachada no tiene mas que tres ventanas, en el piso bajo hay una salchichería, á la entrada se encuentra un corredor con una escalera al final que recibe luz de un patio de diez piés cuadrados, luz que, á decir verdad, es bien escasa porque se halla rodeado de paredes que se elevan hasta el quinto piso. Los lectores pueden fácilmente comprender la claridad que habria en esta especie de mazmorra; pero antiguamente apenas se construian las casas de otro modo, y en su mayor parte care-

cian de luz, de ventilacion y de limpieza. Tambien procuraban poner la entrada de la bodega en medio del corredor, y era preciso levantar una trampa para introducirse en ella y bajar á buscar el vino. Mientras que habia gente en la bodega se dejaba abierta la trampa, y si entonces entraba una persona cualquiera en la casa, como el corredor estaba sumamente oscuro y nadie tiene costumbre al andar de mirar al suelo, caia en la bodega y algunas veces sobre el que subia con el vino, con cuyo motivo volvía á bajar contra su gusto, y *anda mais* con la carga inesperada del desgraciado que habia tenido la mala suerte de poner los piés en hueco. Válgame Dios... ¡qué deliciosas eran las casas del antiguo París!

Afortunadamente su número disminuye de dia en dia, pero todavía quedan algunas. Sí por cierto, aficionados á las viejas paredes ennegrecidas, á las escaleras sucias, á las habitaciones húmedas y malsanas, todavía hay en París algunas muestras de las que vosotros llamais *buenos tiempos*.

La casa de que hablamos á nuestros lectores tenia cuatro pisos y buhardillas y carecia de portero, otra costumbre del sistema antiguo. Los porteros eran considerados como un artículo de lujo, privilegio exclusivo de las grandes casas y de los palacios. Así pues, ved qué como-

didad, entrabais en la casa donde vivia un amigo vuestro, pero no sabiais cuál era el piso que habitaba y no teniais mas remedio que llamar en todas las puertas, operacion tan agradable para vosotros como para los vecinos, á quienes obligabais á salir de sus casillas.

En la casa de que voy ocupándome, habitaba el piso principal en su totalidad el salchichero de abajo, y tenia además en el fondo del patio una especie de cocina en la que fabricaba las salchicas, chorizos y hacia por último una porcion de *cochinerías*... quiero decir de operaciones con la carne de cerdo.

En el segundo piso exterior, que constaba de tres pequeñas habitaciones, vivia Mad. Renne-cart con su sobrina. Esta señora era la administradora de la casa, pero estaba completamente sorda, razon por la cual era difícil que contestase á las preguntas que le hacian. En cambio, su sobrina Virginia oia muy bien y podia servir de intérprete para con su tia; pero la jóven salia todas las mañanas á las ocho para ir á trabajar en un obrador de ropa blanca, y no volvia hasta las nueve de la noche. Así pues, era difícil encontrar juntas á la tia y á la sobrina, á no ser los domingos y demás dias de fiesta.

En el mismo piso, en la parte interior, habitaba un viejo solteron, empleado en una casa de comercio.

En el tercero, el exterior y el interior estaban enteramente ocupados por una familia judía, marido, mujer, seis niños, dos gatos y una cotorra. Era muy raro que durante el día dejase de chillar alguno de los pequeños descendientes de Israel: cuando el uno callaba, el otro armaba ruido; y si gritaban, era seguramente por picardía de su parte, puesto que los Judíos, que tanto quieren á los niños y que nunca les parece tener bastantes, no acostumbran á tratarlos con severidad, todo lo contrario; pero es sabido que los niños mimados son ordinariamente los que gritan mas. El jefe de la familia era comerciante... buscadme algun judío que no lo sea. Su mujer estaba al cuidado de las criaturas, lo que no era floja pension, pues solo con decir que el mayor de los chicos tenia nueve años podeis imaginaros la edad de los restantes. La criada guisaba, hacia los encargos, llevaba á su destino los paquetes que le confiaban, y sacudia á los gatos cuando se olvidaban de las leyes del decoro en presencia de sus amos ó cuando en la cocina hacian de las suyas. La cotorra, que habia permanecido mucho tiempo en casa de un viejo militar, el cual la habia dejado por toda herencia á un sobrino suyo, gritaba desde que amanecía hasta que anocheceia: *Armas al hombre... arrrr... Presenten armas!...*

En el cuarto piso exterior vivia un músico

que tocaba el clarinete en un teatro de dramas y que daba lecciones cuando le permitian los ensayos esta agradable ocupacion. El interior, cuyas vistas daban al patio, estaba alquilado á una señora jóven que vivia sola, que no salia casi nunca, que no recibia á nadie y que parecia querer evitar por todos los medios posibles su encuentro con los vecinos de la casa.

Esta señora, á quien llaman Mad. Huberty, posee un rostro bastante bello, una delgada cintura, y su aire es elegante á pesar de la modestia de su traje. Las mujeres tienen una manera de llevar los adornos y vestidos que deja adivinar en seguida la clase de la sociedad á que pertenecen.

Cuando el propietario, lleno de curiosidad, decia á Mad. Rennecart :

— ¿Pero qué es lo que hace esa señora del cuarto piso, que no habla con nadie?

La vieja sorda (despues de enterarse de la pregunta con ayuda de su trompetilla) respondia :

— ¿Quién... Mad. Huberty? no hace nada.

— ¿Entonces tendrá rentas?

— Toma, bien puede ser. De cualquier modo, ¿á Vd. qué le importa? No hay otra mas tranquila ni que menos ruido haga, no recibe en su casa á nadie, y es imposible llevar una vida mas juiciosa que la suya. En los quince meses que

hace que vive aquí, no ha cambiado en lo mas mínimo...

— ¡Una vida juiciosa!... una vida juiciosa!... ¿y quién lo sabe? En una casa en la que no hay portero, en la que cada inquilino tiene su llave, se puede entrar, salir y recibir personas durante la noche sin que nadie se entere.

— Pues bien, si lo cree Vd. así, póngase Vd. de acecho en el corredor por la noche, sirva Vd. de portero, y de este modo sabremos si esa señora sale ó recibe gente en su casa por la noche.

Esta respuesta ponía término casi siempre á las preguntas del casero.

En las buhardillas solo habia dos cuartos habitables, los demás contenian trastos viejos; de estos dos cuartos uno daba á la calle y otro al patio. El primero estaba alquilado á una acomodadora de teatro, Mad. Putifar, que durante el dia alquilaba libros en una especie de covachuela en el mercado *du Temple*. Esta buena mujer tenia casi siempre amueblado su cuarto con banquitos que le servian de estantes para colocar los mamotretos que no cabian en su covachuela. Por último, en el cuarto que daba al patio habia un operario fundidor, jóven todavía, que por lo regular estaba borracho todos los lunes, pero que durante la semana cantaba al bajar ó subir la escalera: bien es verdad que

se marchaba á las siete de la mañana y no volvía hasta la hora de acostarse.

Hé aquí pues todo el personal de la casa en la que Mad. Rennecart era desde hacia tres años administradora. Esta señora tenía cincuenta y cinco años, había nacido de padres acomodados, había recibido muy buena educación y se había casado con un negociante, pero este no había sido muy afortunado en sus empresas y murió dejando á su viuda una renta de novecientos cincuenta francos, lo necesario para subsistir. Por entonces conservaba todavía Mad. Rennecart un hermano, que habiéndose quedado viudo con dos hijos y con una bonita fortuna, se llevó á su hermana con él á una preciosa quinta que poseía en los alrededores de París. Desgraciadamente la manía de meterse en especulaciones, que no entendía porque toda su vida había sido militar, se apoderó de Mr. Bermont; quiso rehacer la fortuna de su hermana, y al intentarlo comprometió la suya. Quizás hubiera podido salir de sus apuros conservando alguna cosa, pero sobrevino su muerte cuando menos podía imaginarlo, y á los cuarenta y ocho años bajó al sepulcro sin dejar arregladas sus cuentas. Entonces se presentaron sus acreedores, sus consocios, sus empleados, se puso en venta la propiedad de Mr. Bermont, y su pobre hermana Mad. Rennecart, que no

entendia una palabra de negocios, creyó sin embargo poder salvar algunos restos de la fortuna de su hermano para destinarlos á la educacion de los dos hijos que confi6 á su cuidado. Pero no tard6 en perder esta única esperanza: los acreedores, la justicia, los agentes se apoderaron de todo lo que habia, y no contentos vociferaban que no habian encontrado mas que lo estrictamente justo para su reembolso. Así pues, no quedó á los hijos de M. Bermont mas que el cariño de su buena tia con sus novecientos francos y pico de renta... muy poca cosa, como comprenderán nuestros lectores, para educar á dos muchachos.

En medio de todos estos golpes de la suerte, conservó siempre Mad. Rennecart su carácter alegre, animoso y filósofo, uno de esos caracteres que las desgracias no pueden variar y que se conforman con todo lo que les sucede, pronunciando en las adversidades esta elocuente frase: « Por mucho que me desespere no adelantaré nada, con que lo mejor es tomar las cosas como vienen. » Un carácter como este es un precioso don del Cielo, preferible en muchas ocasiones á la fortuna, porque con él se puede desafiar al porvenir mas adverso.

Mad. Rennecart se trasladó á París con sus sobrinos, Horacio y Virginia. Cuando murió su padre, habia cumplido ya diez y seis años el

jóven Horacio, y afortunadamente para él su educacion se hallaba bastante adelantada, porque se habia aplicado con provecho al estudio; pero su hermana tenia cuatro años y medio menos que él, y la pobre niña sabia muy poco ó nada al quedarse huérfana.

La buena de su tia se propuso sacarlos adelante, y se dedicó á bordar y á coser ropa blanca para proporcionarse nuevos recursos y atender mas desahogadamente á las obligaciones que contraia. Se quedó un poco sorda, pero esto no fué un obstáculo para que dejase de trabajar, y cuando al cabo de dos años cesó de oir por completo, no fué bastante este triste accidente para destruir, ni tan siquiera modificar su ánimo y su natural alegría.

Una antigua amiga habia logrado que encargase el dueño de la casa que acabamos de describir á Mad. Rennecart de la administracion de la misma, y el beneficio que este cargo le proporcionaba era el de tener su cuarto de balde, lo que era mucho para ella, razon por la cual le aceptó con entusiasmo. Como nunca salia á la calle, las personas que querian alquilar algun cuarto estaban seguras de encontrarla; y desde hacia algun tiempo, gracias al ruido que metian los criados del salchichero al fabricar las salchichas ó el queso de Italia, gracias á los incesantes gritos de los hijos de Mr. Macabeo, á

la parlanchinería de la cotorra, á los maldidos de los gatos, al clarinete del músico del piso cuarto, á los cantos del operario fundidor y á las imprecaciones de la acomodadora y prestamista de libros, que se ponía en la ventana á llorar cuando notaba la falta de hojas en alguno de los volúmenes que habia alquilado, gracias á estos diversos y desacordados rumores, la casa disfrutaba de una animacion, de una bulla casi continua que se asemejaba al ensayo general de una gran ópera con acompañamiento de instrumentos de metal.

Pero como Mad. Rennecart se habia quedado completamente sorda desde hacia dos años, cuando se presentaba en su casa algun aspirante á inquilino y le dirigia la acostumbrada pregunta: ¿La vecindad es tranquila? la buena señora no dejaba de responder con la mejor buena fe del mundo:

— ¡Oh! en cuanto á eso... no se puede pedir mayor tranquilidad, y yo aseguro á Vd. que algunas veces durante el dia no se oye ni una mosca!

Desgraciadamente para esta pobre señora, hacia seis meses que habia comprado la casa Mr. Bouffi, el banquero á quien ya conocen nuestros lectores.

CAPITULO VI.

LA NAVAJA Y LA SALCHICHA.

Son las siete de la mañana, y hay mucha claridad, pero el día que empieza no se asemeja á esos hermosos y brillantes días que hacen de la primavera la mas bella estación del año. Sin embargo, en la mayor parte de los cuartos de la casa de la calle *du Temple* empiezan sus habitantes á dar señales de vida.

Los criados del salchichero han sido los primeros que han abierto la marcha y comenzado el desacorde estrépito de que hemos dado cuenta anteriormente. En el fondo del patio se oye un ruido continuo : ¡Patapan! patapan! pan! pan! patapan!...

El fundidor se asoma á la ventana con una vieja cacerola de hierro colado sin mango, en la cabeza, que le sirve de gorro de dormir, y canta para ponerse en voz una de esas canciones que al llegar á obtener cierta boga en las capitales pasan del teatro ó del salón á los la-

bios del pueblo, y entonces se repiten hasta la saciedad en todas partes y á todas horas.

La acomodadora abre su ventana con aire de desesperacion, y su vecino le grita :

— Buenos dias, Mad. Putifar ; ¿ vamos bien, Mad. Putifar?... ¿ Cuánto le han producido á Vd. las banquetas que pone Vd. á los piés de las señoras en el teatro?... Parece que ahora se representa un drama que hace furor... y cuando esto sucede, mete Vd. por los ojos sus banquetas á todo el mundo, quieran ó no, y de todos modos, saca Vd. siempre la tripa de buen año... ¿ No es esto cierto, Mad. Putifar?

— Sí, sí, buen humor tengo hoy para pensar en las banquetas ; no se trata de eso, Mr. Salot : figúrese Vd. que alquilé hace algunos dias mi mejor novela, *Las Visiones del castillo de los Pirineos*, traducida del inglés, del mas puro inglés ; una novela en seis tomos con fantasmas, espectros, aparecidos, en fin una novela terrorífica como ya no se escriben por desgracia, porque nada es tan bueno como una cosa así,... y vea Vd., me falta un tomo... pillastres!... al devolvérmelos me los dieron envueltos en un papel y atados con bramante... tomé el paquete sin mirarlos, y ahora... una obra incompleta, una obra perdida... si los cogiera entre mis uñas...

— ¡ Bah ! no se altere Vd., Mad. Putifar, diga

Vd. que la obra no tiene mas que cinco tomos ; habrá en ella menos espectros , pero eso no hace nada.

— No me la volverán á jugar... pero ca... si esto es atroz , todos los dias me extravian algo...

— Es cierto ; poco á poco despluman á Vd...

Patapan ! patapan ! pan ! pan ! patapan !

— ¡ Diantre ! sabe Vd., Mad. Putifar , que las salchichas y la galantina empiezan ya á decir : « Aquí estamos , » y con efecto , las salchichas del vecino de abajo son excelentes ; antes de anoche me metí tres entre pecho y espalda , y cuando me dormí soñé que era muy rico , con que no digo nada.

— Ay... ay... ay... ya no lo haré mas... ¡ hi ! hi ! hi !

— Yo quiero chocolate para almorzar , lo oyes , yo lo quiero.

— Cállese Vd., escandaloso.

— Bien está , yo le diré á mamá que me has llamado escandaloso... haré que te riña , y despues le contaré que has pegado á mi hermano Jacob.

— Su hermano de Vd. Jacob se ha orinado otra vez en la cama , y eso no puede dejarse sin castigo.

— ¡ Hi ! hi ! hi !

— Ya tenemos en campaña á los pequeños

Macabeos, añade el fundidor, y lo que es hoy empiezan bien de mañana..... ¡qué niños tan amables! son unos angelitos... patudos!

— *Armas al hombro... arr... Presenten armas!*

— ¡Hi! hi! hi!

— Nohema, ¿porqué hace Vd. llorar á los niños?... ya sabe Vd. que no me gusta oírlos..... he prohibido á Vd. que les pegue.

— Válgame Dios, Señora, no he hecho mas que dar un papirotazo á Jacob, y parece que le han roto una costilla... además, ha calado las sábanas...

— Eso no es culpa suya... es un achaque de la naturaleza, que no se corrige con dar golpes.

— Estamos aviados! si á los cuatro años tiene ya una naturaleza achacosa, ¿qué será cuando llegue á viejo?

— Ponga Vd. á calentar el almuerzo de mi marido.

— Mamá... mamá... ¿y el mio?

— ¿Qué voy á almorzar yo?

— Los que sean buenos y se laven mejor, tomarán leche con manteca. Sara, límpiase las narices; Rebeca, hija mia, ponte el vestido, no estés así en camisa, que hoy hace mucho frio. Ezequiel, ¿qué agujero es ese que tienes en el pantalon, en el pantalon nuevo? ¡y es una que-

madura! Veamos, Ezequiel, ¿cómo te lo has hecho? responde sin mentir.

— Mamá... ha sido... jugando...

— Jugando ¿á qué?

— Al hoyuelo.

— No es posible quemar un pantalon al jugar al hoyuelo.

— Es que jugaba con Jonás.

— ¿Entonces ha sido tu hermano quien te ha quemado?

— No, mamá, es que habia entre los huesos de albaricoque un fósforo, y al sacarlos del bolsillo se prendió fuego, y cayó sobre mi pantalon.

— Per vida de los fósforos; si lo tengo dicho, no quiero verlos en mi casa, he prohibido á la criada que los compre y se empeña... Nohema... Nohema...

— *Armas al hombro!... arr... Presenten armas!...*

Al mismotiempo suena un largo preludio de clarinete, ejecutado por el artista del cuarto piso, y acompañado por los criados del salchichero, que continúan picando la carne de cerdo.

— ¡Nohema... Nohema!

— ¡Hi! hi! hi!

— Vamos, Jacob, no llores mas, que vas á despertar á tu hermanito Salomon, que ha pasado mala noche.

— ¡Hi! hi! hi!

— Cállate, y te daré chocolate para almorzar... Nohema... gracias á Dios que viene Vd... hace una hora que estoy llamándola.

— ¿Qué quiere Vd., Señora? no lo he oído, y no es extraño, porque no se puede parar en esta casa con el ruido que arman los vecinos desde el portal á la buhardilla.

— Es necesario que desaparezcan los fósforos de mi casa... ¿lo oye Vd.? no quiero que vuelva Vd. á emplearlos.

— Entonces con la yesca y el eslabon... como antiguamente... será chistoso!

— Obedezca Vd. lo que le mando, y cuidado con volver á pegar á mis hijos! Haga Vd. chocolate para Jacob.

La criada se vuelve á la cocina murmurando:

— Eso es, chocolate... porque se ha orinado en la cama... ahora solo falta que el angelito haga otra cosa por el estilo, y le darán almíbar y compotas... francamente, ya me van llenando el saco de guijas tanto diablillo como hay aquí; y si no fuera porque Mr. Augusto, el criado del salchichero, es muy amable conmigo, echaba al diablo esta arca de Noé..... ¡Calle! ahora comienza el amo con sus acostumbrados juramentos... este es el colmo de la fiesta.

— Voto á dos mil demonios... yo sé muy bien que he puesto anoche mi navaja sobre la chime-

nea, despues de haber pelado una pera con ella... ¿quién la ha quitado de ahí encima... quién ha cogido mi navaja?

— Yo no, papá!... yo no, papá!...

— Pues ella no se ha marchado por sí sola... yo quiero que parezca... Vamos á ver, Ezequiel, tú que eres el mayor, ven en seguida y responde... ¿has visto mi navaja con cachas de marfil?

— Sí, papá... yo la he visto anoche cuando la tenias en la mano.

— Vaya una gracia... yo tambien la veia entonces, pero no se trata de anoche sino de esta mañana, ¿la has visto esta mañana?

— No, papá, yo no la he tocado; Jonás ha sido quien..... yo le he visto extender manteca sobre el pan, y creo que tenia la navaja de Vd.

— ¡Jonás! Jonás! ¿en dónde diablos se ha metido ese chico?

No sin trabajo encuentran á Jonás, que se habia escondido detrás de unas cortinas, y que salió de su escondrijo como debió salir de la ballena su célebre tocayo. Su nariz estaba manchada de arropo, en el borde de sus labios se veian algunas partículas de manteca, y procuraba ocultar, al presentarse ante su padre, que sus dientes no habian dejado aun de mascar. Mr. Jonás tiene siete años y medio, su nariz se asemeja á una castaña y sus cabellos parecen de algodón encarnado.

Mr. Macabeo toma un aire severo para interrogar á su hijo, que es muy capaz de hacer todo género de diabluras, y achacarlas con la mayor impudencia á sus hermanos.

— Jonás... acércate...

— Ya estoy aquí, papá.

— Diga Vd., caballero, ¿qué hacia Vd. detrás de esa cortina?

— Me estaba lavando.

— ¿Se estaba Vd. lavando con arropo?... Toque Vd. sus narices.

— Es que estaria manchada la toalla con que me habia empezado á secar.

— ¿Dónde está la toalla?

Jonás titubea un momento, y despues responde :

— Se la he dado á Ezequiel pará secarse las orejas.

— No le crea Vd., papá, diga Vd. que no me ha dado la toalla, porque todavía no me he lavado. Míreme y lo verá.

— Con efecto... no es preciso que lo asegures... ¿Con que ha mentido Vd., caballero?

— No, papá, es que mi hermano es un imbécil... nunca se acuerda de nada...

— Es mentira, embustero.

— Cállese Vd... ¿Qué es lo que está Vd. comiendo ahora, Jonás?

— Yo no como, papá.

— ¡Que no come! abra Vd. la boca... ¿quiere Vd. abrir la boca en seguida?

— Ya está abierta, papá.

Antes procura tragarse lo que tiene dentro, pero no puede engullírselo todo, y al obligarle su padre á abrir la boca, estornuda y arroja parte de lo que come sobre los circunstantes. Era pan y manteca.

— ¿Lo ve Vd., embustero?... comia Vd. manteca.

— Es una tostada que me quedó de anoche.

— No le crea Vd., papá, porque no guarda nada, come todo lo suyo, y cuando lo ha tragado nos pesca á los demás lo que puede... anoche se comió la tostada de Jacob.

— Está bien, Ezequiel; puesto que ahora me acusas, pídemelo luego mi trompo y ya verás si te le presto.

— ¡Bah! lo mismo me da..... siempre me lo has negado, y yo tampoco te dejaré mi pelota de goma.

— No es tuya la pelota, es de Rebeca.

— Ella me la ha dado.

— Es mentira, no te la ha dado.

— Sí.

— No.

— Sí.

— Voto á dos mil demonios! quieren Vds. callarse, condenados... y á todo esto mi navaja

no parece. Jonás, Vd. la ha empleado para extender la manteca en el pan.

— No, papá, la he extendido con los dedos.

— Venga Vd. acá, que voy á registrar sus bolsillos.

Jonás se adelanta con la mayor sangre fria, y su padre mete la mano en sus largos bolsillos, sacando de ellos : un terron de azúcar, un tapon, tres ciruelas, dos pedazos de arropía, una bola, varias puntas de cigarros, hilo, bramante, una salchicha, fósforos, mendrugos de pan, pasas, un lápiz, aleluyas cortadas, un cerillo, dos onzas de chocolate, un cabo de vela y tabaco; pero nada de navaja.

Maravillada Mad. Macabeo de que pudieran contener tantas cosas los bolsillos de su hijo, exclamó :

— Nunca hubiera creido que le habia hecho unas faltriqueras tan profundas.

Despues de examinar el papá los objetos que habia sacado de los abismos del pantalon de Jonás, tomó la salchicha y le dijo :

— ¿De dónde le ha venido á Vd. esta salchicha?... responda Vd. inmediatamente.

Jonás se rasca la cabeza y despues balbucea :

— Me la ha dado un criado del salchichero del cuarto bajo.

— ¡Un criado del salchichero!

— Sí, el mas alto, que es muy guapo, el que

habla muchas veces con la criada de casa en los rincones del patio.

— ¡Hola! con que Nohema habla en los rincones del patio con el salchichero!... bueno es saberlo... ¿y por qué razon le ha dado á Vd. ese criado esta salchicha?

— Toma... porque bajé hace poco al patio, y al verme Augusto me dijo : Toma, querido, acabo de hacer unas salchichas, y quiero que te comas esta porque eres bueno y no lloras nunca como tus hermanos.

— ¿Y él le ha dado á Vd. esta salchicha.... recién hecha?...

— Sí, papá..... las fabrican todos los dias..... ¿no oyes por la mañana un ruido así : pan..... pan... patatan? pues es que hacen salchichas.

Mr. Macabeo, que no quiere acabar de persuadirse de que su hijo le dice la verdad, huele primero la salchicha, despues le hinca el diente, come un pedazo y exclama :

— Y diga Vd., caballero, si el salchichero se la ha dado á Vd. cruda, ¿cómo es que está cocida?

Jonás vuelve á meter sus dedos entre la lana roja que cubre su cabeza y responde :

— Toma... es preciso... ¡ah! ya caigo en lo que ha sido... Tenia la salchicha en el bolsillo, y como me arrimé á la estufa esta mañana y estuve allí mucho tiempo... el calor... pues lo que digo, se ha cocido en mi bolsillo.

— Este chico tiene á todo salida, no le ahorrarán si le dejan hablar, dice Mr. Macabeo mirando á su mujer ; pero el jóven Ezequiel, que ha ido corriendo al comedor , vuelve gritando :

— No es verdad, no es verdad, la salchicha no ha podido cocerse en su bolsillo al calor de la estufa, porque no está encendida, la criada no la ha arreglado todavía.

Jonás se venga de su hermano sacando la lengua y haciendo un gesto de esos que tan á menudo y tan bien emplean los chicos para expresar su despecho, y el papá, aumentando por grados su severidad, exclama :

— ¿ Cómo se entiende, Jonás, engañar á su padre, burlarse de los mayores?... Veamos, ¿ en qué consiste que la salchicha está cocida?

El muchacho vuelve á rascarse la cabeza y responde :

— Voy á decir á Vd. la verdad, papá... he estado mucho tiempo sentado encima de ella... y por esto se habrá cocido.

— Por supuesto... bueno es eso... ¡ pues no quiere hacer creer á papá que se pueden cocer las salchichas con el trasero !

— Cállate, Ezequiel, dice la mamá, te complaces en que riñan á tu hermano. Querido mio, añade dirigiéndose á su esposo, ¿ no es probable en efecto que con la presion y el calor de una persona pueda cocerse un comestible tan ligero?

Mr. Macabeo meneaba la cabeza respondiendo :

— No por cierto, yo creo que de ese modo puede curarse la carne, pero cocerse por completo de ningún modo.

En esto llega de la cocina la criada con aire furibundo y pone fin á la incertidumbre de los padres exclamando :

— Alguien ha vuelto hoy á quitarme las cosas de la cocina... entre la berza tenia un pedazo de tocino y tres salchichas, estoy segura, las conté por los dedos, y ahora no tengo mas que dos... Esto me desespera, porque luego dicen Vds. que me lo como todo... Alguno de estos señoritos me ha cogido las vueltas y la salchicha... Mr. Jonás entró esta mañana en la cocina.

— ¡Hola! hola! dice Mr. Macabeo... mire Vd. esta salchicha que tenia en el bolsillo.

— Es justamente la que estoy buscando, la reconozco... ¡ah! ladronzuelo.

Jonás, confuso y anonadado, no sabe qué responder, pero dirige miradas furibundas á sus hermanos, que bailan á su alrededor mientras que su padre le tira de la oreja, diciéndole :

— Hoy estarás á dieta todo el día para que aprendas á robar salchichas... ahora á buscar mi navaja.

— Yo no la tengo, papá... me has registrado, y ya has visto que yo no la he cogido.

— ¿En dónde la has guardado, trapisondista, embusteron?

— Yo no la he guardado... ni siquiera la he visto... pregunte Vd. á mis hermanos.

— Papá, diga Vd. que miente... él la tenía en la mano esta mañana.

— Voto á todos los diablos, yo quiero mi navaja... es necesario que parezca en seguida...

— Pero, querido mio, ya se encontrará, no te acalores...

— Es que quiero que se encuentre en seguida.

— Vamos, hijos míos, buscad la navaja de vuestro papá, no dejéis un rincón por registrar.

Ezequiel, Jacob y las dos niñas empezaron á revolver por todas partes para buscar la navaja, sin dejar de mirar debajo de los colchones, en los armarios, y en los canastillos de la costura. Solo Jonás permanecía inmóvil, contentándose con sacar la lengua cuando sus hermanos le miraban y metiéndose los dedos en las narices.

Pero la navaja no parecía, y despues de registrar todos los cuartos, exclamó Ezequiel :

— Ya sólo falta la cocina, vamos á la cocina.

Al ver la criada entrar en su departamento al papá, y á los niños, dijo toda asustada :

— Dios mio, ¿qué sucede?

— ¿Nohema, ha visto Vd. mi navaja de marfil?

— Yo, no, Señor, y sé de cierto que no está en la cocina, porque la hubiera encontrado.

Después mirando á Jonás, que se había quedado á la puerta sonriéndose con aire de burla, añadió la criada :

— Todavía tiene arrope en la frente y en la nariz... A Dios gracias ya se ha acabado, y dejará de molestarme, porque mientras ha durado el arrope que enviaron á Vd. de la Lorena no ha cesado de venir á rondar la orza.

— Es verdad, dice Ezequiel, yo le he visto meter la cabeza dentro de la orza. En cuanto la criada volvía la espalda, en seguida se aprovechaba de la ocasión para pescar lo que podía.

— Sí, sí, pero el arrope se ha acabado.

— Eso no importa, puesto que aun tiene arrope en las narices, es señal de que hoy mismo ha andado con la orza... Se me ocurre una idea... espere Vd., Señor.

Nohema coge de un rincón la orza que ha contenido el arrope. Es un puchero de grandes dimensiones de barro barnizado con dos asas, de fondo ancho, pero que va disminuyéndose su volumen hacia el cuello como los cántaros; así pues no es posible llegar á su fondo con la mano, y es preciso un cuchillo para sacar lo que se queda abajo, que es lo que Jonás había querido hacer para saber si quedaba algo en la orza; pero, llamado por su madre, tuvo que abandonar

sus pesquisas, y sacando con presteza la mano, se le escapó la navaja y quedó sepultada en el fondo del receptáculo.

El primer cuidado de la criada fué mover la orza y sonó un ruido seco, despues la puso boca abajo y la navaja de Mr. Macabeo cayó en el suelo. En seguida desapareció Jonás, y sus hermanitos saltando de alegría gritaron :

— Ya pareció la navaja de papá, estaba en la orza del arropo... Jonás ha sido... Jonás ha sido.

El padre de familia recogió su navaja murmurando :

— Este muchacho tiene grandes disposiciones para mentir... haré de él un dentista !

CAPITULO VII.

LA ADMINISTRADORA Y LOS INQUILINOS.

En el cuarto segundo, donde habitaba la principal inquilina, Mad. Rennecart, una jóven de diez y siete años acababa de arreglar la casa cantando, brincando, yendo de un cuarto á otro con suma ligereza y diciendo á cada instante :

— Me he levantado demasiado tarde... he sido perezosa... y no podré estar á las ocho en el obrador.

Esta jóven era rubia, blanca y sonrosada : rubia, por sus hermosos cabellos que apenas podian contenerse bajo su blanca papalina, y eso que no eran postizos ; blanca, porque su cutis tenia la encarnacion mas pura, mas bella que puede darse ; y sonrosada, porque sus encantadoras mejillas estaban adornadas con este bellissimo color que anuncia la frescura, la lozanía y la salud.

Virginia poseia además unos dulcísimos ojos azules maliciosos y placenteros, una nariz lige-

ramente levantada, una boca riente, dientes muy blancos y un hoyuelo sumamente gracioso en la barba. Todo esto formaba un conjunto muy agradable, y su talle era delgado, esbelto, sus piés pequeños, sus manos tambien, y habia en toda ella ese *no sé qué* que encanta, que fascina, y que generalmente no se encuentra en las bellezas mas perfectas.

Mientras que la jóven se ocupaba en limpiar su ropa y terminaba sus tareas domésticas, Mad. Rennecart, sentada delante de un pequeño escritorio, examinaba unos papeles y los ordenaba diciéndo :

— Vamos á ver si he hecho bien los recibos de inquilinato... hoy estamos á ocho, dia marcado para cobrar el plazo del alquiler de las buhardillas, y el nuevo propietario Mr. Bouffi no me parece muy amable... La otra vez envió tres veces á su sobrino porque el obrero del quinto piso retardó un poco el pago... queria que le despidiese... y tuve que adelantar de mi bolsillo el dinero para que no le echase... Yo bien sé que respondo de los inquilinos, pero en fin puede muy bien suceder que uno tarde en pagar algunas semanas. — Virginia...

— ¿Qué quiere Vd., tia?

— Has puesto la llave por fuera, ¿no es verdad? Ya sabes que yo oigo en seguida cuando llaman, y hoy espero á los inquilinos...

— Sí, tia, ya la he puesto, pero de todos modos aun no he salido, como ves. Y es cierto, hoy cumple el plazo y los vecinos tienen que pagar... Vendrá el sobrino del casero, tia.

— ¡Eh! ¿qué dices?

La jóven aplica su boca al oído de Mad. Renecart, y procurando abultar su voz, que era el mejor medio para que la buena señora oyese cuando no tenia puesta la trompetilla, repitió :

— Digo, que vendrá hoy el sobrino del casero...

— Sí, hija mia, sí, siempre envia á su sobrino para cobrar.

— Mr. Oswaldo... un jóven muy guapo... y muy fino, ¿no es verdad?

— Sí tal, el sobrino es muy guapo y muy fino, pero no creo que sea lo mismo el tio... Y á propósito, ¿sabes, Virginia, que estás muy atrasada? ya son las ocho y todavía no te has marchado.

— No son aun... el reloj de Vd. adelanta. ¿Acostumbra á venir muy tarde Mr. Oswaldo?

— ¡Eh! ¿qué dices? qué estás haciendo un traje de baile?

La jóven se sonrie diciéndose entre sí :

— ¡Qué tonta soy en preguntar estas cosas!... ¿á mí qué me importa? Ciertamente que ese jóven es muy amable... pero en fin... no le he visto mas que dos veces... la primera era un

domingo que vino á traer un recado de su tio... me halló en casa... y así... hablando, me preguntó si solo estaba aquí los domingos; yo le respondí: Todos los dias salgo antes de las ocho de la mañana, y no vuelvo hasta las nueve de la noche. La segunda vez vino antes de las ocho... no sé si para verme... sin embargo me pareció que se alegró de hallarme... ¡Eh! creo haber oido ruido en la escalera...

Virginia escucha con atencion y oye al loro de Mr. Macabeo gritar como de costumbre: *Armas al hombro... arr... Presenten armas...*

La jóven da una patada en el suelo con despecho exclamando:

— ¡Qué diablo de animal! no sé cómo hay quien tenga en su casa un bicho semejante, todo el dia repite la misma frase y con una voz que taladra los oidos. Es preciso ser tan bestia como el animalito para oirle con gusto á todas horas.

— ¿Qué estás diciendo, Virginia?

— Estoy diciendo, tia, que la cotorra de los Judíos es un pájaro demasiado atronador.

— ¡Que ha de ser!... si no se le oye nunca, si no dice jamás esta boca es mia...

— Lo que es para mi tia, se dice la hermosa niña, es un pájaro cartujo... Algunas veces es muy bueno ser sorda.

La puerta del cuarto se abre y entra por ella

una señora jóven. Antes de penetrar en la habitacion, observa á ver si hay gente; pero no hallando á nadie de fuera, se decide á llegar á la pieza en donde están tia y sobrina.

— Tia, aquí tiene Vd. á Mad. Huberty, grita Virginia saludando con amabilidad á la inquilina del cuarto, que se dirige vivamente hácia Mad. Rennecart y deja sobre su escritorio cinco monedas de oro diciendo:

— Señora, aquí tiene Vd. el trimestre vencido.

Mad. Rennecart se vuelve hácia ella, la saluda con gran cortesía é indicándole una silla que le ofrece Virginia.

— Señora, tengo el gusto de saludar á Vd... hágame Vd. el obsequio de tomar asiento.

— Tantas gracias... pero no se moleste Vd... si tiene Vd. la bondad de darme el recibo, se lo agradeceré.

— Sí por cierto, la mañana está fria... siéntese Vd... voy á buscar el recibo...

La señora se decide á sentarse, y Virginia le dice:

— Mi tia es sorda, ya lo habrá Vd. notado.

— Con efecto, Señorita, me ha parecido así.

— ¡Oh! la pobre es sorda como una tapia, y cuando no tiene puesta la trompetilla, no hay medio de que oiga á no acercarse á su oido izquierdo, que es el menos malo, y gritar con voz de contrabajo.

— Eso debe molestarla mucho para tratar con los inquilinos.

— Al contrario, los inquilinos son los que se molestan, porque ella cree que los oye perfectamente.

Mad. Rennecart cuenta las monedas de oro diciendo :

— ¡Cien francos! bien está; Vd., Señora, es sumamente puntual; paga Vd. la primera y hasta con anticipacion, porque restando la habitacion de Vd. mas de doscientos francos, podia Vd. muy bien pagar el 15 en vez del 8.

— Como de todos modos hay que pagar, me gusta verme libre cuanto antes de esta obligacion.

— Es muy cierto, Señora, todos los pagos se hacen en oro, la plata es excesivamente rara... creo que el recibo de Vd. no está aun hecho... lo habia dejado para el 15... pero no cuesta trabajo llenar los blancos... no tardaré... caliéntese Vd., Señora.

— Gracias, no tengo frio.

— Ya lo creo, esta noche pasada ha caido una helada en toda regla.

Mad. Huberty parece disgustarse de tener que esperar, pero se resigna y va á sentarse cerca de la chimenea; Virginia atiza el fuego y dice á su vecina:

— Arrime Vd. los piés, Señora.

— Gracias, Señorita, no tengo frio.

— ¡ Oh ! qué animal tan cargante es ese loro !... no deja de gritar... la debe incomodar á Vd.

— No le hago caso.

— Y el estruendo que arman los salchicheros... y el vocerío de toda la familia Macabeo ! No sé cómo hay quien viva en esta casa... si no fuera porque á nosotras no nos cuesta nada, ya sé yo en dónde habitaria... el campo !... ¡ Oh ! el campo... allí sí que se está bien, se respira un aire puro... se puede correr... ir y venir sin tener necesidad de estar siempre embutida en una silla, en un calabozo, desde donde apenas se puede ver el cielo.

La señora se vuelve hacia Virginia, le dirige una mirada melancólica y despues le pregunta :

— ¿ Le agrada á Vd. el campo ? Segun eso, ha vivido Vd. en él ?

— Sí, Señora, hasta la edad de ocho años y medio, en una preciosa quinta que pertenecía á mi padre.

— ¿ Y porqué la ha abandonado Vd. ?

— No hemos sido nosotros los que la hemos abandonado, pasó á otras manos... mi padre murió de repente, y como estaba metido en negocios, sus asociados dijeron que les debia dinero, vendieron todo cuanto tenia, y nos vimos en la necesidad de dejar el campo y la quinta

que ya no era nuestra; pero aunque hicimos este sacrificio, nos consuela saber que el honor de mi padre quedó intacto y satisfechas todas sus deudas.

— ¿Y en qué punto se hallaba situada esa quinta de que me ha hablado Vd.?

— Cerca de Ermenonville, Señora...

— ¿Cerca de Ermenonville?

La voz de la señora se alteró, y parecia estar profundamente conmovida. Virginia, sin notar este cambio repentino, prosiguió diciendo :

— ¡Oh! qué hermoso paraje aquel... es imposible no estar contenta en aquellos sitios, y despues la quinta de mi padre tenia además del jardin una pradera, sí, una pradera que dependia de la propiedad y que se extendia á lo lejos... lo menos habia en ella veinte fanegas de tierra en cuadro... con una yerba tan hermosa... tréboles... romerales... y despues un gran número de amapolas... tantas habia, que en el país designaban esta pradera con el nombre de el « Prado de Amapolas. » Pero ¿qué tiene Vd., Señora?... Dios mio... qué sucede?... ¡Se pone Vd. pálida!... ¿está Vd. mala?... ¿qué siente Vd.?

Al oir nombrar el « Prado de Amapolas » experimentó Mad. Huberty una crisis nerviosa, se dejó caer sobre el respaldo de la silla, y su rostro se cubrió de una palidez aterradora : Virginia corrió de un lado á otro gritando :

— Tia... tia... ¿dónde está el agua de melisa?... esta señora se ha indispuerto... Vd. tiene agua de melisa... ¿dónde la ha puesto Vd.?... pronto, tia... el agua de melisa...

— ¿Qué estás hablando ahí de camisa... la tendrás en la cómoda... búscala y déjame acabar el recibo.

Virginia se desespera, y no encontrando á mano mas que la botella del vinagre, la destapa y va á aplicarla á las narices de Mad. Huberty, cuando esta volviendo en sí balbuceó:

— Gracias... estoy mejor... ya se me ha pasado... no ha sido mas que un vahido.

— Quizás le ha puesto á Vd. así ese maldito olor de berza que se percibe en toda la casa. La familia del cuarto tercero come de esa hortaliza lo menos cinco veces por semana. Se conoce que tienen una pasion decidida á la berza.

— Desearia mi recibo.

Mad. Rennecart, que acababa de firmarle, se vuelve y lo presenta á la inquilina.

— Señora, aquí tiene Vd. el recibo; però ¿qué es eso? está Vd. pálida!... ¿es quizá el frio?

— No, tia... esta señora está indispuerta...

— ¿Hace dos noches que no se acuesta?

Mad. Huberty toma el recibo, saluda y se marcha sin decir una palabra mas.

— ¿Porqué se ha ido tan de prisa? pregunta Mad. Rennecart, le ha dado algun aprieto?

— Ha estado desmayada algunos instantes ; mientras que yo le hablaba de nuestra antigua casa de campo, parecia escucharme con mucha atencion, despues palideció ; pero no creo que lo que le he dicho haya podido indisponerla.

— ¡ Bah ! no dudes que ha sido el frio.

— Si estaba junto al fuego.

— Entonces se habrá quemado los piés.

— No, tia ; pero yo creo que esa señora tiene algo oculto... ¿ porqué no es natural ?

— ¿ El que no es natural ?

— Siempre se la ve inquieta, temerosa ; antes de entrar observa con el mayor cuidado para informarse de si hay álguien de fuera, el ruido mas insignificante la estremece ; y despues, ya lo habrá Vd. notado, no quita de su sombrero un velo negro muy tupido y solo le levanta cuando se ha cerciorado de que está sola. No se puede decir que sea fea, y no siéndolo... es singular que una mujer bonita tenga un empeño tan grande en esconder su rostro.

— ¿ Cómo es eso ? tambien tú vas á hacer calendarios como los demás vecinos de la casa !...

Si lleva velo será quizá porque su vista es débil ó por temor de constiparse ; pero de cualquier modo, tiene buena cara, maneras distinguidas y paga con exactitud. Si los demás inquietos la imitaran, no tendria yo los cuartos fuera del bolsillo como los tengo... Y tú, mu-

chacha, ¿en qué piensas, no vas hoy al obrador?

— He puesto á calentar un poco de leche, porque me duele el estómago, y estoy esperando á que hierva... pero álguien viene.

Virginia mira vivamente hácia la puerta de la escalera, y se presenta en ella el fundidor ostentando en su cabeza la cacerola sin mango. Un segundo despues entró en la habitacion deshaciéndose en cortesías.

— ¡Ah! es Mr. Salot, dijo Mad. Rennecart con aire de satisfaccion. Gracias á Dios, con eso dejaremos arregladas nuestras cuentas.

— ¡Qué extravagante es este hombre, y qué sucio! añadió para sí Virginia.

Con efecto, el fundidor tenia la cara y las manos tan sucias como una moneda de cobre que sale de la bolsa de un tocinero, su pantalon y su chaqueta de veludillo estaban llenas de lamparones, un pequeño fragmento del cuello de su camisa que se veia cuando se le miraba atentamente parecia un pegote de hollin, y la cacerola que adornaba este conjunto acababa de darle todo el aspecto de un gran pedazo de cobre ambulante, pero de cobre roñoso.

— Salud y prosperidad... Dios guarde á los presentes. Aquí me tiene Vd., Mad. Rennecart, á sus órdenes; hace un instante que me he dicho: Hoy es el dia fatal, el de pagar el alquiler de

mi palacio aéreo, tengo que ir á dar los buenos dias á la administradora, esto le agradará y le haré ver que no la olvido... ¡Eh! qué tal... ¿no es esto portarse como un héroe?

Los amigos deben verse
En las grandes ocasiones.

Esto es de una ópera cómica que siempre tengo ganas de ver... *el Albañil*... Me han dicho que hay en ella mucho jolgorio; pero puesto que han hecho el *Albañil*, ¿porqué no ponen en escena el *Fundidor*? Me parece que tanto vale uno como otro; así pues, pido que se represente el *Fundidor*, y yo y mis camaradas tomaremos todo el gallinero para la primera representacion.

— Creo, Mr. Salot, que hoy me traerá Vd. dinero, ¿no es verdad? segun mis cuentas debe Vd. dos trimestres.

— Es exacto, amabilísima administradora, calcula Vd. como *Nostradamus*. He dicho *Nostradamus* como hubiera podido decir el moro Mura, lo mismo da uno que otro, pero creo que estos dos personajes fueron dos truchas de primer orden, á lo menos en eso de calcular... Sí, queridísima Señora mia, debo á Vd. dos trimestres, el anterior y el que hoy termina, y para cumplir como quien soy, traigo dinero. He he-

cho un gran sacrificio, un sacrificio inmenso, y aquí tiene Vd... la cantidad de veinte francos.

— ¿Qué es lo que me da Vd., Mr. Salot?

— Un ala de mi corazon... ya lo ve Vd., Señora, veinte francos.

— Pero si son ochenta los que me debe Vd... dos trimestres á cuarenta francos cada uno...

— No digo lo contrario, y sé muy bien que adeudo ochenta francos, porque tienen valor de cobrarme ciento sesenta al año por el alquiler de un chiribitil sobre el tejado, donde nunca penetra la claridad del dia, un verdadero granero, item mas con el inconveniente de tener delante la ventana de Mad. Putifar, una vieja lechuzca que emplea la mañana en rizarse el cabello y en dárse humo de pez á las cejas. Es una preciosa vista, ¿no es cierto? ¿Y dónde me deja Vd. el ruido de la casa, los gritos de los pequeños nietos de Israel, que apenas amanece empiezan á chillar?... pero esto no me importa, el ruido no me asusta... lo que encuentro peor es tener que pagar tan cara la cueva en donde habito.

Mad. Rennecart, auxiliada por su trompetilla, ha oido perfectamente las palabras del fundidor y le responde :

— Con que es decir que Vd. cree excesivo el precio de su cuarto... pues amiguito, sepa Vd. que el nuevo propietario cree á su vez que es

demasiado poco lo que renta y le quiere aumentar lo mismo que los otros.

— ¡Aumentar el precio de mi ratonera!... ¿es posible, Señora?

Al decir esto el fundidor se da con el puño cerrado un golpe en la cabeza y se oye un ruido semejante al que producen los tímbrals. La jóven Virginia lanza un grito, y la buena de su tía da un salto sobre la silla exclamando :

— Dios mio... un cañonazo... han tirado un cañonazo.

— No hay tal, Señora... he sido yo que he dado un golpe sobre mi gorro de dormir.

— ¡Vaya un bonito gorro!... podría Vd. formar parte de la charanga de un regimiento con él en la cabeza.

— No se habla de eso ahora, lo que yo digo es que no quiero soportar ningun aumento de precio. Por el contrario, iba á pedir una disminucion, y... lo repito, no pagaré un ochavo mas de lo que pago... Pues no faltaba mas... aumentarme el alquiler... como no se emplumen.

— Pero, Mr. Salot, yo no tengo la culpa, no soy la dueña de la casa, y si lo fuera no subiria los cuartos...

— Ya lo sé... estimable Señora, ya lo sé, y por eso siento hácia Vd. un cariño... una veneracion... sin límites : pero el casero es un sapo, y se le debe decir *arre allá*.

— Entonces si dispone que pague Vd. ciento ochentafrancos en vez de ciento sesenta, puedo decirle que no quiere Vd. el cuarto.

— Pues es claro, Señora... un aumento de precio y tener por punto de vista á Mad. Putifar... muchas gracias... renuncio... Harto he sufrido ya... y luego vivir en una casa en donde no hay portero... á otro perro con ese hueso... Yo soy una persona decente, sí, Señora; hace seis dias que vino á verme una mujer á la alta escuela, llamó de puerta en puerta para buscar la mia; pues bien, no pudo dar con ella, y lo que es mas, en ningun cuarto abrieron. ¿Es esto regular?... ¡qué dirán los amigos!... Pero ya hemos hablado lo bastante... En cuanto al dueño, yo le jugaré una pasada que le obligará á recordarme mientras viva... no le digo á Vd. mas.

— Bien está, pero los sesenta francos que me debe Vd...

— Hágame Vd. prensar; estrujar y fundir si esto la divierte, no podré dar á Vd. un solo ochavo mas.

— Sin embargo, Mr. Salot, la que sale perdiendo soy yo; luego recae sobre mí todo.

— Lo siento con el alma, respetable Señora, pero cuando le faltan á uno los *cumquibus*.

El que sabe enamorar
No necesita otro bien.

— Al menos, Mr. Salot, complete Vd. un trimestre.

— Mire Vd., si yo hubiera sabido de antemano las intenciones de ese vampiro de casero, no le hubiera dado á Vd. nada... así pues... pero ya se acordará de mí... no tenga Vd. cuidado... él me las pagará.

El fundidor repite muchas veces las últimas palabras dándose golpes con la mano en la cabeza, y se aleja al compás de este ruido, lo que proporciona á su salida un acompañamiento de cacerola.

CAPITULO VIII.

HORACIO. — DESVENTURAS DE UNA ACOMODADORA
DE TEATRO.

— ¡Qué hombre tan horroroso, qué ruido arma con su maldita cacerola! dijo Virginia apenas traspuso la puerta el inquilino de color cobrizo.

— Pues no creas que tiene mal fondo, añadió Mad. Rennecart; es un mala cabeza y nada mas. Lo peor es que me obliga á anticipar veinte francos para completar su trimestre... Válgate Dios : á perro flaco todo son pulgas...

— ¿Y no ha oido Vd. que ha dicho que iba á jugar una mala pasada al propietario?... ¿qué pasada será?

— Podria jugarle una que no seria muy chistosa, la de mudarse sin pagar, y en una casa en donde no hay portero es la cosa mas fácil; pero le creo incapaz de obrar de esa manera; yo le conozco bien, y si ha dicho lo que ha dicho, ha sido encolerizado mas que otra cosa... Querer subirle el alquiler... un cuarto abuhardillado,

sin luz y con un patio en la casa en donde solo se respira una atmósfera fétida producida por el agua de berzas de los vecinos del tercero... eso no es regular.

— Yo lo creo, ya es mucho pagar por ese nicho ciento sesenta francos al año.

— ¿Pues no?

— ¿Y porqué no se lo ha dicho Vd. francamente al sobrino del casero?... él hubiera demostrado á su tío que hacia mal en querer subir el alquiler del cuarto á personas que no son ricas, y acaso se hubiera conseguido... Si Vd. quiere, yo le hablaré clarito, tia.

— Ta, ta, ta..... si creerá esta señorita que necesita enseñarme á hablar! Lo mismo es que su hermano, que sabe todo lo que es preciso decir, lo que es preciso hacer... que no duda de nada... pero que con toda su sabiduría no acierta á salir de pobre, ni llega á conseguir lo que un cualquiera conseguiria con otro carácter que el suyo... y sino á la prueba me remito; en la última carta que nos ha escrito nos da á entender que se fastidia en Rouen, y que no espera calentar mucho el puesto.

— Tanto mejor... si mi hermano se viniera á París, no seria yo quien lo sintiese. Es tan alegre Horacio, su carácter es tan franco y tan bueno, que á donde va le sigue la alegría, y se rie una á su lado hasta mas no poder.

— Sí, sí, se ríe una con él, es muy alegre ; tiene ingenio, todo eso es verdad, y cuando se trata de hacer una diablura no hay nadie que le gane..... Horacio es un guapo chico seguramente ; pero ¡ qué cabeza la suya ! no hay cosa que no emprenda. Si le nombraran ministro, aceptaría el destino, yo lo creo, nada encuentra difícil ; ¿pero qué es lo que ha hecho desde que murió vuestro padre, que en paz descanse ? Una multitud de cosas, sin fijarse en nada. Es verdad que era muy jóven, pero la adversidad debía haberle hecho sentar el juicio. Hoy tiene ya veintidos años, y ni por esas... Ha estado en casa de un comerciante, en una fábrica, ha sido dependiente de un corredor de géneros... en ninguna parte ha podido pasar.

— Porque sus principales no sabían apreciar su talento, y le enviaban con recados de aquí para allá, á él que podría dirigir una oficina... le humillaban y los envió á paseo, nada mas natural.

— Amiga mia, cuando uno empieza su aprendizaje, en la vida no se desdora en hacer recados ; por el contrario, debe procurar mostrarse activo y puntual, y sin pretender saber mas que la persona que está al frente de los negocios, que le dirige, en vez de enviarle á paseo, debe tener empeño en ganar á sus ojos el afecto que inspiran la laboriosidad y la honradez. Este es el

comportamiento que debe tener el que desea llegar á ser algo en el mundo, y tu hermano lo ha hecho todo á la inversa. Despues se empeñó en viajar.

— Era para instruirse.

— Yo no sé lo que ha aprendido en sus viajes; pero no ignoro que lo que ha ganado ha sido un balazo que pudo muy bien llevarle al hoyo...

— Él no tuvo la culpa... le atacaron unos ladrones y se defendió... El que viaja se expone á estos disgustos.

— Sí, pero yo no he acabado de comprender la historia de esos ladrones que nada le robaron.

— Toma, no le robaron porque los asustó.

— Heim... en fin volvió... yo creía que estos golpes le habrian hecho mudar de carácter... pero nada... el caballerito quiso marcharse á Rusia.

— Con la esperanza de hacer allí fortuna, ya sabe Vd. lo que mi hermano me dijo al separarse de nosotros cuando emprendió su último viaje: « Virginia, tú echas siempre de menos la preciosa casa de campo en donde nos criamos, y el prado de amapolas á donde íbamos á jugar y á correr cuando éramos niños, y en donde hemos pasado los dias mas dichosos de nuestra vida... Pues bien, está tranquila, yo te devol-

veré esa casa que tanto cariño te inspira, ese prado en el que nuestro padre nos enseñó á andar; yo te los devolveré, porque se me ha puesto en la cabeza que así sea, y no descansaré un instante hasta que haya reunido el dinero necesario para volver á adquirir la casa de nuestro padre... »

— Pobre muchacho... yo le conozco á fondo... las promesas no le cuestan nada!... Entretanto, ¿qué es lo que ha traído de Rusia?... el infeliz ha vuelto con la nariz helada...

— No, tia, no la tenía helada del todo, puesto que se ha curado.

— Pues no faltaba mas que haberle visto llegar con una nariz de carton! Despues, como iba diciendo, se fué á Burdeos y entró en la casa de un banquero... pero al cabo de seis meses, adios empleo... se despidió.

— ¿Y porqué, lo hizo, tia? porque notó que el tal banquero era un bribon de siete suelas que no queria mas que estafar á todo el mundo... no era posible que mi hermano continuase á su lado.

— Señora mia, si su hermano de Vd. no quiere estar empleado mas que en casas de personas honradas, le costará mucho trabajo hallar colocacion. Por último ahora se encuentra en Rouen, lleva los libros de un confitero al por mayor, y nos escribe ya que se fastidia, que está cansado

de tener delante tantas cajas de dulce, tanto almíbar.

— Si me trajera alguna caja al volver, me alegraría.

— Con efecto, hija mia, si te la trae, eso será todo lo que habrá podido reunir... ¿y crees tú que se puede comprar una casa de campo con una caja de dulce?

— Tia, es Vd. muy severa con Horacio!

— No lo creas, le quiero tanto como tú, bien lo sabes, pero desearia verle juicioso.

— ¿Sabe las señas de la casa en donde vivimos? porque cuando se fué todavía no habíamos este cuarto.

— ¿Pues no las ha de saber? si me ha escrito y he recibido su carta... Pero ahora caigo... ¿y tú, Virginia, te has decidido á no ir hoy al obrador? esperas á que den las ocho de la noche?

— Es verdad, ya me voy... ¡Ah! han abierto la puerta... alguien viene...

La jóven mira con viveza á la puerta de la escalera, pero al ver entrar á Mad. Putifar, la vecina de enfrente del fundidor, no puede menos de manifestar su disgusto, coge su *cabas*, lo cuelga de su brazo, da un beso á su tia y se marcha sin responder á la acomodadora, que le dice :

— Señorita, ¿ha leído Vd. la novela *Juan Sbogar*?... Es lo que hay que leer; me la han

devuelto, y se la prestaré á Vd. bajo la condicion de que no ha de tardar Vd. mucho tiempo en leerla... es un libro que se lee jugando.

Mad. Rennecart vió entrar á la inquilina de la buhardilla, le ofreció con amabilidad una silla que ella se apresuró á aceptar, y con el fin de poder entablar una conversacion en regla aplicó á su oído la tia de Virginia su famosa é indispensable trompetilla.

— Buenos días, Mad. Rennecart, héme aquí, siempre exacta en la época del pago de la casa... ya lo ve Vd.

— Sí, Señora, lo veo y felicito á Vd. por su puntualidad, porque la exactitud es una cosa rara hoy dia.

— ¡ A quién se lo cuenta Vd., Señora!... figúrese Vd. que alquilé la gran novela de *Los tres Gil-Blases* á una vendedora del mercado *du Temple* con condicion de que no la tendria mas que cuatro dias, le doy los cuatro tomos á la vez... cuatro dias para leer cuatro tomos es muy bastante..... yo misma he visto devorar cuatro tomos en un solo dia... pues bien, de esto hace ya tres semanas... no podia conseguir mis libros, y por último ayer... ¿creerá Vd. que tuvo valor de entregarme el primer tomo, diciéndome : Todavía no he leído mas que este? ¡ Eh! ¿qué tal? ¿no hay motivo para darse á los diablos?

— En todas las profesiones hay que sufrir disgustos; pero en cambio, en el teatro todos son beneficios, ¿no es verdad?

— ¡Ah! calle Vd. por Dios, que anoche me ocurrió un lance... una verdadera estafa..... figúrese Vd. que momentáneamente ocupó el puesto de una compañera encargada de los palcos principales, uno de los mejores por las propinas y los gajes. Pues, Señora, como iba diciendo, tenía un palco vacío, me lo pide una pareja joven, y no creyendo sacar mucho partido de su generosidad, me niego á concederles su deseo, diciéndoles la frase de costumbre en estos casos : Está tomado. En esto, veo llegar á un caballero muy bien puesto, que traía del brazo á dos señoronas muy elegantes. El acompañante poseía unas patillas en forma de chuletas y un acento tan extraño, que no titubeé en pensar que tenía que habérmelas con un extranjero..... inglés, alemán ó quizás italiano..... no supe distinguir, pero lo cierto es que era extranjero. Este es mi hombre, exclamé para mi colete, y apresurándome á abrir el palco para que entraran, ví con placer acomodarse en él á las dos señoras y á su doncel con patillas. Hasta aquí todo fué bien. Les pido los sombreros, los abrigos, y se niegan á dármelos... este dato me confirmó en mi creencia de que eran extranjeros. Tienen miedo de ser robados, y no

se atreven á confiar ni un solo y miserable paraguas á la acomodadora. ¡Bah! lo mismo me da, al freir será el reir. Puse dos banquetas á los piés de las señoras, y me marché. En el entreacto ofrecí á mis parroquianos los periódicos-programas... El caballero me respondió : No... no... y ni una palabra mas. Concluye otro acto, y entro á decirles si quieren refrescar, pero el caballero respondia impertérrito á todas mis preguntas : No, no, y no habia un alma que le apease de sus trece. Por último, antes de comenzarse el acto final, me dije : Ahora no se trata de no... no... es necesario que el extranjero afloje la bolsa. Abro la puertecita del palco y me presento con la mayor amabilidad, diciendo : Caballero, yo he sido quien ha puesto las banquetas á los piés de las señoras...

El extranjero me mira y me responde :

— ¡Cómo!... ¿qué quiere Vd.?

— Caballero, ... las banquetas...

— ¡Ah! bien..... muy bien, añade; y el gran puerco se incorpora... perdone Vd. la palabra, pero no encuentro otra mejor para calificarle... se incorpora, repito... busca á tientas las banquetas, y presentándomelas me dice :

— Tenga Vd... aquí está lo que pide.

A pesar de mi enojo, sonriendo todavía añado :

— No, caballero, no es eso lo que pido... es

la pequeña recompensa que merezco por haber dejado las banquetas á estas señoras para poner los piés. Despues de oirme , me planta las dos banquetas en la mano y exclama :

— Estas señoras no las han utilizado... no las necesitaban para nada... Juzgue Vd. cuál seria mi cólera al oirle ; si no me hubiera contenido un ángel , le rompo en las costillas las banquetas... ¿Ha visto Vd. un intruso mas infame?... Calle Vd. por Dios , si esto clama venganza. Me retiré , pero cerré la puerta con llave y me fuí para que tuviera que saltar á los otros palcos si no queria pasar la noche en el teatro... pero mi pena fué mayor al saber que los dos jóvenes á quienes despedí momentos antes de conocer al canalla del extranjero , habian dado de propina á una compañera nada menos que un franco... y esto porque les habia proporcionado dos indignos asientos de galería... ¿qué no me hubieran dado á mí por un palco?... Vea Vd. , Señora , como tambien mi profesion de acomodadora está llena de espinas.

— ¿Y porqué negó Vd. el palco á los primeros?

— Toma..... ¿porqué? porque eso se hace siempre... Juzga uno á las personas por su aspecto..... su traje..... una mirada basta... ¡Ah! cuando se vendian manjares de todas especies en el teatro , entonces sí que podia hacerse ne-

gocio... pero hoy no se permite mas que agua... Esto es atroz... esto es insoportable!...

— Hé aquí el recibo , Mad. Putifar.

— Tenga Vd. en cambio cuarenta y cinco francos... pero en verdad que es muy subido el precio de mi cuarto... ciento ochenta francos al año una buhardilla!... es un escándalo, y deseo, Mad. Rennecart, que el casero me baje el alquiler.

— Pues, hija mia, ha de saber Vd. que el nuevo propietario de la casa quiere poner el cuarto de Vd. en doscientos francos, y me ha encargado que se lo diga á Vd. para que si no acepta este pequeño aumento desaloje Vd. el cuarto.

— ¡Cómo se entiende!... aumentar mi buhardilla..... eso es horrible..... vaya una agradable sorpresa que me da Vd.!... ¿porqué no ha dicho Vd. al casero que yo era dama de teatro? acaso le hubiera enternecido , porque por regla general los caseros son muy aficionados á las deidades teatrales.

— No he podido decírselo, Mad. Putifar, porque nunca le veo; yo sé su voluntad por conducto de su sobrino, y este muchacho no hace ni puede hacer otra cosa que obedecer á su tío.

— Y diga Vd., ¿no seria bueno que yo le fuese á hablar?... Cogeria una de las mejores novelas de mi repertorio, *Celina* ó el *Hijo del*

misterio, y se la ofrecería para que la leyese gratis... ¡eh! qué tal, ¿qué le parece á Vd. mi idea?

— Que sacaría Vd. con ello lo que el negro del sermon... y que Mr. Bouffi no se divierte en leer novelas.

— ¿Se llama el casero Mr. Bouffi?..... ¡uf! ¡qué nombre!... no me da buena espina..... es un nombre de advenedizo... ¡Bouffi!... ¿y qué es... en qué se ocupa?

— ¿No acabo de decir á Vd. que no le conozco, que todavía no le he visto la cara?...

— No le prestaré mi *Celina*... sería capaz de hacer con ella lo que la vendedora del mercado *du Temple*... conservarla seis meses!... pero me mudaré, sí, Señora... estoy decidida, pues no faltaba mas; por otra parte me alegro... así no tendré enfrente el espectáculo que me pone encarnada..... un hombre que se pasea en ropas menores por su cuarto..... en ropas tan menores, que no se ven... verdad es que su cutis es de un color tan raro, que no se sabe lo que se ve... un caribe... un marroquí... Pero de todos modos... esto no vale doscientos francos..... Adios, madama Rennecart... puede Vd. anunciar que está desalquilada mi habitacion... lo siento por Vd., que es tan amable y tiene una conversacion que encanta; pero, francamente, no crea Vd. que me apura dejar la casa... en donde despertada por

el salchichero, el fundidor y los pequeños Macabeos, es necesario un tímpano como el de Vd. para poder resistir. Servidora de Vd... voy á llevar la novela *Juan Sbogar* á una actriz de mi teatro... esta sí que es una buena parroquiana... devora dos volúmenes antes de ponerse á comer... ¡qué amor á la lectura!... Con que lo dicho, y hasta otra vez.

Mad. Putifar se va, y Mad. Rennecart se queda murmurando :

— Pues no dice que hay mucho ruido en esta casa!... ya se ve, algo habia de decir... pero, francamente, no he habitado en ninguna tan tranquila como esta.

CAPITULO IX.

LA CINTA DEL DELANTAL.

A las dos de la tarde llegó el jóven Oswaldo á casa de Mad. Rennecart.

Lo primero que hizo el jóven al entrar en la morada de la administradora de su tío fué dirigir una mirada escudriñadora á derecha é izquierda. Pero no encontrando lo que buscaba, se limitó á saludar á la anciana, sin dejar por esto de lanzar uno de esos suspiros que revelan la muerte de un deseo.

— Hola..... ¿Vd. por acá, caballerito? dijo Mad. Rennecart presentando una silla al jóven... ya le esperaba á Vd., porque sé que su señor tío es muy amigo de la exactitud en el cobro de sus rentas.

— Con efecto, Señora, mi tío es muy rígido en lo tocante al alquiler de sus casas..... y por mi parte hubiera venido antes, pero me ha prohibido venir hasta despues de las doce, porque en rigor hasta esta hora no tienen obligacion de

pagar los inquilinos..... Y su sobrinita de Vd. ¿cómo se halla?...

— ¡Qué! ¿tiene Vd. necesidad de una toalla?

— No, Señora, he preguntado á Vd. ¿cómo está su sobrina Virginia?

— ¡Ah! mi sobrina... está en el obrador : se va á las ocho de la mañana y no vuelve hasta las nueve de la noche... hoy sin embargo ha estado perezosa... no sabia marcharse, y estoy segura de que ha llegado tarde.

— ¡Ah!... hoy se ha ido mas tarde de lo que acostumbra... si yo lo hubiera sabido...

— ¿Qué dice Vd.?

— Nada, Señora..... digo sí, que ha llovido hace poco.

— Tenga Vd. el dinero del trimestre... correspondiente á los dos quintos pisos... el fundidor no ha pagado... pero su tio de Vd. nada tiene que ver con esto..... puesto que yo respondo de los inquilinos... aquí tiene Vd. el importe completo.

— ¿Está muy lejos el obrador de su sobrina de Vd.?

— Sí, sí, ya lo sé... Mr. Bouffi es muy apremiante... además déle Vd. el trimestre de madama Huberty, la vecina del cuarto cuarto..... esta no debia pagar hasta el 15, pero prefiere pagar el 8, y por mucho trigo nunca es mal año.

— Su sobrina de Vd. trabaja en este mismo barrio, ¿no es verdad? así lo infiero...

— ¿Qué dice Vd... el salchichero?... ese tiene escritura por seis años y nunca deja de pagar... no hay que abrigar temor.

El jóven Oswaldo alza los ojos al cielo y exclama para sí :

— No hay medio de que entienda las preguntas que le hago... es terrible tener que conversar con una sorda !

— Cuente Vd. el dinero y guárdelo en seguida.

— Ya lo ha contado Vd., y esto basta, Señora.

— No tal... el dinero debe contarse siempre. ¡ Ah ! tambien desearia saber si su tio de Vd. persiste en su propósito de subir el precio de los cuartos. En este caso los inquilinos del quinto piso me han anunciado que se marcharán, y no será muy fácil alquilar sus buhardillas.

— Señora, cuando mi tio resuelve una cosa jamás se vuelve atrás, y por esta razon...

El jóven se interrumpe, y bajo la impresion de una súbita idea continúa :

— En fin, Señora, toda vez que Vd. dice que los dos inquilinos del quinto piso no quieren aceptar el aumento de precio, puede ser que renuncie á subirles el cuarto ; yo se lo diré al llevarle el dinero, y esta noche volveré á comunicar á Vd. su resolucion.

— ¿Que teme Vd. pegarse un tropezon?... la escalera es oscura, pero con todo...

— Digo, Señora, que esta noche vendré á trasmitir á Vd. la respuesta que dé mi tio á sus observaciones.... Servidor de Vd.... hasta luego.

El sobrino del banquero se marcha, y Mad. Renecart se queda murmurando :

— ¡Qué lástima de chico!... parece un buen muchacho... pero tiene una conversacion tan incoherente... habla de todo sin fijarse en nada... no hay diablo que le entienda.

La señorita Virginia volvió aquella noche mas temprano que de costumbre, y volvió sofocada porque desde el obrador á su casa no habia cesado de correr. Al verla no puede menos de exclamar la buena de su tia :

— ¡Qué colorada estás! tu cara parece un ascua... te ha perseguido alguno por la calle... no me puedes negar que has venido corriendo.

— No, tia, nadie me ha perseguido, pero he venido muy de prisa para calentarme, porque hace un frio atroz...

— Eso es una locura!... correr... hasta sudar... ¿no ves que de ese modo puede cogerse fácilmente una pulmonía?

— No tenga Vd. cuidado... mi salud es á prueba de bomba... ¿han venido á buscar el dinero de los alquileres?

— Pues no : el sobrinito del casero vino á buscarlo esta mañana.

— ¡ Ah ! Mr. Oswaldo... ¿ qué le ha dicho á Vd., tia ?

— ¿ Qué me habia de decir?... que su tio le mandaba á cobrar el dinero del trimestre... y tambien... yo no sé qué demonios ha murmurado al irse.... me parece que ha sido.... sí.... ya caigo..... que volveria á decirme si su tio se resuelve á aumentar el precio de los cuartos...

— ¡ Ah ! con que ha dicho que volverá... pues no hay duda será para comunicar á Vd. la resolucion de su tio.

Virginia corre á ponerse delante del espejo que se halla encima de la chimenea, se arregla la papalina, atusa sus cabellos, aprieta las cintas de su delantal de tafetan negro, quita los pliegues de su *fichú*, y verifica estas operaciones con tanto esmero, que su tia exclama :

— ¿ Qué es eso, qué te ha dado?... piensas volver á salir ?

— No, tia, pero como me ha dicho Vd. que va á venir visita... es necesario que me arregle un poco... he venido tan de prisa que me he despeinado.

— ¿ Lo ves como has venido corriendo?... eres tan alocada como tu hermano : ¿ y qué es eso... no cenas ?

— Todavía no, no tengo gana y es temprano... voy á bordar un poco.

— Y yo voy á leer... Mad. Putifar me ha prestado una novela que es muy interesante; pero como hoy he estado tan ocupada, no he podido leer una sola línea.

Mad. Rennecart toma su libro y se sienta cerca de la mesa en donde Virginia ha puesto la luz. Virginia á su vez se sienta enfrente de su tia con el bordado en la mano; pero no trabaja con asiduidad, está distraida y escucha con ansia los rumores que se sienten en la escalera... De pronto lanza un grito de alegría, porque ha oído llamar á la campanilla, y en su apresuramiento se levanta con tanta prontitud que por poco no deja caer el quinqué. Su tia, que le contiene, exclama :

— ¿Qué es eso?... qué ha pasado? qué te ha dado, muchacha?... están gritando á fuego... Por un tris no has volcado la mesa.

La buena señora no habia oído la campanilla, y por esta razon se asustó al ver salir precipitadamente á su sobrina; pero al ver entrar á Virginia con el jóven Oswaldo, comprendió la causa de aquel inesperado suceso.

Oswaldo estaba colorado hasta las orejas; Virginia tenia las mejillas tan encarnadas como los lazos de su papalina; los dos entraron con un aire de encogimiento tal, que ni siquiera se atre-

vian á mirarse, y sin embargo se dirigian furtivas miradas á cada instante, permaneciendo con los ojos bajos ante Mad. Rennecart hasta que el jóven balbuceó :

— Señora..... vengo, como prometí á Vd..... porque... he hablado con mi tio.

La anciana aplicó á su oído la trompetilla para poder oír y responder : Virginia se apresuró á ofrecer una silla á Oswaldo , diciéndole :

— Pero... siéntese Vd., caballero.

El jóven no sabe si debe sentarse , pero Virginia coloca la silla detrás de él de un modo tal, que á no escaparse por debajo de la mesa no tiene mas remedio que sentarse. Así pues le tenemos entre la tia y la sobrina.

— Y bien, amigo mio, ¿qué es lo que ha dicho á Vd. su tio acerca de las pretensiones de los inquilinos del quinto piso?

— Señora, por mas que he hecho , dándole á comprender que esos señores no quieren resignarse al aumento de precio y que están decididos á mudarse, mi tio ha respondido que le era indiferente , y que si ellos se iban no faltaria quien los reemplazase.

— Ya me lo figuraba... Mr. Bouffi no conoce mas Dios ni mas santa María que el dinero, y eso que es rico, ¿no es verdad?

— Sí, Señora, mi tio es rico... muy rico... ó por lo menos así lo creo...

— También nosotros hemos sido ricos, se atreve á murmurar Virginia... pero fué antes de morir mi padre...

— ¿Con que han sido Vds. ricos, Señorita?

— ¡Oh! sí, Señor... éramos dueños de una preciosa casa de campo en los alrededores de Ermenonville... en Montagny...

— En Montagny-sur-Oise?

— Sí, Señor, precisamente en ese mismo punto...

— ¡Es singular!

— ¿Por qué razon lo cree Vd. singular?

— Dispense Vd., Señorita, pero voy á explicarle lo que motiva mi sorpresa : anoche fué presentado á mi tío un caballero que le encargó vender una quinta que posee en Montagny, cerca de Ermenonville.

— ¿No oye Vd., tia? si será la nuestra... y mi hermano que queria comprarla, nunca mejor que ahora...

— Cállate, loca... ¿quieres que compre tu hermano la casa de campo con cajas de dulce, que es en el día su único capital?

— ¿Quién sabe si habrá podido reunir algun dinero?

— No la oiga Vd., señor Oswaldo... Sepa Vd. que tiene un hermano que pronto cumplirá veintidos años y que es aun tan calavera como

cuando tenia quince... pero esa quinta de que Vd. habla, ¿tiene un nombre?

— Sí tal; la Casa de los sicomoros.

— Entonces no es la nuestra, exclama Virginia, dando un salto sobre su silla... la nuestra se llama... el Prado de Amapolas.

— Qué nombre tan bonito... el Prado de Amapolas!... debe de ser precioso...

— Sí por cierto, es bellissimo todo aquello... un vasto prado, donde la yerba está perfumada por las violetas, el sérpil y el romero... donde las amapolas crecen y se multiplican como las setas... ¡Qué vista tan encantadora!... yo iba á jugar allí todos los dias con mi hermano. En cuanto á la Casa de los sicomoros, ya me acuerdo de ella... era una hermosa quinta, mucho mayor que la nuestra, la casa parecia un palacio, y despues habia un bosque cuyas tapias llegaban hasta el prado de nuestra posesion... ¿no es verdad, tia?

— Sí por cierto... era una propiedad considerable, y en las tapias del bosque habia una puertecita que daba al Prado de Amapolas.

— Sin embargo, tia, yo recuerdo que habia una sendita entre el prado de nuestra quinta y las tapias de la Casa de los sicomoros... yo era una niña, pero no se ha borrado de mi memoria nada de lo que entonces veia á todas horas.

— La Casa de los sicomoros, dijo Mad. Renne-

cart, pertenecía á un anciano... un tal Mr. Duvalloir.

— Duvalloir... así se llama el caballero que estuvo anoche en casa de mi tio... el que quiere vender la propiedad... pero no es viejo... todó lo mas tendrá cuarenta años...

— Entonces es probablemente su hijo; el padre habrá muerto, y querrá deshacerse de la casa de su padre... Si es así, no me extraña, porque hoy los hijos se apresuran á vender los objetos mas queridos que sus padres les han dejado por herencia, como si temiesen que estos objetos venerables les recordasen á cada instante lo que han perdido.

— Lo que es mi hermano y yo, no pensamos de ese modo, querida tia, puesto que nuestro mas vivo deseo es el de volver á habitar nuestro querido prado... pero Vd. no quiere creer que mi hermano podrá adquirir la quinta...

— No quiero... no quiero... ¡Ay! hija mia, yo me consideraria feliz si lo lograse, pero no lo logrará... y tú lo sabes esto tan bien como yo...

— Si, mi querida tia... ya sé que Vd. es y ha sido siempre buena para nosotros... pero no tiene Vd. confianza en mi hermano...

— ¡Confianza!... Yo le pregunto á Vd., señor Oswaldo... ¿qué confianza puede inspirar un muchacho sin fijeza... que no está bien en ninguna parte?...

El jóven se contentó con mover ligeramente la cabeza para no disgustar á ninguna de las dos con su respuesta; pero al mismo tiempo que parecia escuchar con la mayor atencion á Mad. Rennecart, sus ojos se fijaron en una cinta negra que caia sobre la falda de Virginia y que llegaba al suelo... A cada movimiento de la jóven la cinta se movia, y esto le hizo creer que formaba parte de su vestido. Convencido de que era así, el tímido Oswaldo sentia un deseo vivísimo de tener entre sus manos la bienhechora cinta.

— Y además, continuó diciendo, Mad. Rennecart, seria para estos niños tanto mejor volver á poseer la hacienda de su padre, cuanto que llegarían á encontrar en ella un tesoro que hay escondido... un tesoro, señor Oswaldo... nada menos que un tesoro!...

— ¡Cómo! ¿la casa que pertenecía á su hermano de Vd. guarda un tesoro?

— La casa no... el padre de estos niños lo ocultó en el Prado de las Amapolas...

— ¿Y porqué no lo sacó, puesto que era la herencia de sus hijos?...

— ¿Porqué?... porque primero hubiera sido preciso saber el sitio en donde está... Vd. no entiende lo que digo... voy á explicarle bien todo lo que pasó. Algunos años antes de su muerte tuvo ni hermano la desgraciada idea de

meterse en especulaciones, y sobre todo el poco tino de asociarse con tunos... pero cuando uno es honrado... ya se ve... no piensa mal de nadie. En una palabra, aunque muy ocupado con sus negocios, mi hermano se complacia en pasearse por el prado de su quinta. Una mañana le encontré al retirarse hacia la casa, y le dije : Hola... ¿vienes de dar tu paseito de costumbre? Entonces él, frotándose las manos, me respondió con tono placentero :

— Sí, hermana mia... vengo de hacer una visita á mi tesoro.

— ¡A tu tesoro!... ¿de qué tesoro hablas?... le pregunté...

— Del que tengo oculto en el prado... esto te causa admiracion... pues sí, querida hermana, no creas que te engaño.

— ¿Será posible, añadí yo, has guardado un tesoro... y con qué objeto?

— Con el de dar un dia á mis hijos una agradable sorpresa... sobre todo á mi hijo Horacio.

— Pero en fin... ¿en qué sitio lo has puesto?...

— Amiga mia, si te lo revelase irias en seguida á registrar, y esto precisamente es lo que yo no quiero que suceda... Tambien te pido que no cuentes á nadie lo que ahora acabas de saber.

Mi hermano se separó de mí, yo conté la con-

fianza que me habia hecho, pero no se apartaba de mi imaginacion la idea del tesoro. Algunos dias despues volví á hallar á mi hermano cuando volvía de su paseo : ¿Vienes de visitar tu famoso tesoro? le pregunté.

— Sí tal, y de aumentarle, me respondió sonriéndose... ¡Ah! curiosa... tú desearias saber en dónde está!... pero todavía no es tiempo... mas tarde ya veremos... no corre prisa... y desde luego ya te he dicho que os preparo con él una sorpresa.

Desgraciadamente algunos dias despues cayó enfermo mi pobre hermano, y en menos de una semana cerró el ojo... ¿Quién podía imaginarlo?... un hombre joven aun... tan fuerte... tan robusto... pero estos son los que primero se marchan. Mientras duró su enfermedad... ya Vd. comprende que yo no me cuidé de hablarle del tesoro... y se murió sin revelarnos su secreto... ¿Quién sabe si estos pobres niños habrian encontrado una fortuna en el tesoro de su padre?... Hoy no sabemos á quién pertenecerá, y es muy posible que nadie lo haya aprovechado, que permanezca toda la vida oculto... Sin embargo yo estoy segura de que en el Prado de las Amapolas hay un tesoro escondido.

El joven Oswaldo escuchó toda esta larga relacion sin demostrar un gran interés, porque habia otra cosa que le preocupaba. Logró coger

la cinta negra, y al tenerla en su mano tiró suavemente de ella... de pronto resistió, y Virginia dió un salto sobre su silla, porque la cinta pertenecía á su delantal, y al tirar de ella Oswaldo asustó á la jóven, la que inmediatamente procuró averiguar lo que pasaba, y vió que su vecino era quien le tiraba de la cinta. El primer impulso de Virginia fué recogerla, pero se detuvo, experimentando una cosa tanto mas agradable cuanto que el que tiraba de la cinta lo hacia con una suavidad, con una dulzura embriagadoras. Así pues le dejó, y al cabo de un instante se apoderó á su vez de la cinta por el lado opuesto, tiró un poco, el jóven cedió sin soltarla y en seguida volvió á tirar hácia sí.

Este juego de tira y afloja ofrecia un inmenso placer á los jugadores, y ya iban á juntarse sus dos manos, cuando Mad. Rennecart, admirada que el jóven no respondiese nada á lo que acababa de referirle, se puso á gritar con todos sus pulmones :

— ¿Es que no me ha oído Vd.?

Oswaldo, soltando la bienhechora cinta, se estremeció y balbuceó :

— Sí, Señora... sí tal... he comprendido bien lo que Vd. me ha contado... Vd. ocultó un tesoro en el Prado de las Amapolas.

— No, hombre... no... no he dicho que fui yo... mi hermano... el padre de Virginia fué el que

escondió el tesoro, y nosotros no hemos podido averiguar el sitio en donde se halla.

— Eso es lo que queria decir... que no saben Vds. en dónde está enterrado... es una lástima...

— Lo que es por mí, yo no lo siento, dijo Virginia decidiéndose á atar la cinta de su delantal, y con tal de volver á habitar la quinta no me importaria nada quedarme sin tesoro.

— Mejor seria conseguir las dos cosas.

Oswaldo prolonga su visita, y encuentra medios de conseguir su deseo ayudado por Virginia, que sostiene la conversacion empleando para ello todos sus recursos; pero en fin llega el momento de la separacion, terrible siempre para dos amantes, y Oswaldo dice al despedirse:

— Volveré el dia 15... y quizás antes si mi tío me envia á dar á Vd. alguna órden.

Virginia acompaña al jóven, los dos se dicen adios con un tierno suspiro, y se miran de un modo suficiente para probar que la cinta del delantal habia sido elocuentísima.

CAPITULO X.

JONÁS VUELVE Á HACER DE LAS SUYAS.

Llegó el día 14 y era sábado, lo que alegró á Virginia, porque infaliblemente debía ser domingo el día 15, y no teniendo que ir al obrador podía ver á las personas que fuesen á visitar á su tia. Nuestros lectores comprenderán fácilmente cuál era la visita que esperaba la buena de Mad. Rennecart.

Pero el sábado era domingo para la familia Macabeo, es decir que en este día, abandonando el padre sus negocios, pasaba el día en su casa y examinaba á sus hijos para ver lo adelantados que se hallaban en sus estudios, lo que para los niños no era un plato de gusto. Sin embargo cuando sabian responder á las preguntas paternas eran recompensados, se añadía cualquiera golosina á su ordinario almuerzo.

Mr. Macabeo se hallaba pues sentado en su cómodo sillón forrado con piel de Rusia, ostentaba en su cabeza un gorro griego y tenia de-

lante á sus dos hijos mayores, Ezequiel y Jonás : los otros dos eran todavía demasiado pequeños para estudiar, y las dos niñas se encontraban bajo la direccion especial de su madre.

Mr. Macabeo se dirige á su hijo mayor, que está sumamente ocupado en mirar un kaleidóscopo, en el que habia introducido una porcion de pedazos de cristal de distintos colores : entretanto su hermano Jonás se halla á alguna distancia entretenido en cortar un tapon de corcho, sin dejar de mirar de cuando en cuando con expresion de envidia al kaleidóscopo de Ezequiel.

— Vamos, acércate, hijo mio, dice Mr. Macabeo á este último, y responde á las preguntas que voy á hacerte sobre la mitología.

— Bien, papá.

— ¿Sabes qué es la mitología?

— Sí, papá... es la historia de los dioses y de las diosas de la antigüedad que nunca han existido...

— ¡Cómo se entiende!... ¿quién te ha dicho que nunca han existido?

— Yo lo sé... no son mas que ficciones.

— Aunque sean ficciones... no sé quién demonios mete á los chicos todo esto en la cabeza... me gustaria mucho mas que aprendieses las matemáticas... pero, muchacho, ¿quieres

estarte quieto y dejar ese kaleidóscopo?... no ves que te estoy hablando?...

— Ya voy, papá... es que le estoy limpiando, y me cuesta trabajo, porque mi hermano lo ha manchado á propósito para que yo no pueda ver.

— No es verdad, embustero; yo no lo he tocado ni me cuido para nada de tu mamarracho de kaleidóscopo.

— Diga Vd. que sí... siempre anda tras de cogérmelo, y esta mañana mientras que yo dormía fué á buscarlo al sitio en donde lo escondí anoche y echó ceniza dentro.

— Eso es mentira... y además, ¿cómo has podido verme si estabas durmiendo?

— Es porque te observaba con el ojo izquierdo.

— ¿No le oye Vd., papá? quiere hacernos creer que solo duerme con un ojo...

— ¿Quieren Vds. callarse, mequetrefes?... estos chichos andan siempre en disputas como Abel y Cain... Vamos á ver, Ezequiel, ¿qué es lo que sabes de la mitología?

— Sé la historia de Venus.

— De Venus... ¡diablo! y yo que la he olvidado!... ¿Y quién era esa Venus?

— Una mujer tan graciosa como bella, de la que todo el mundo estaba enamorado...

— ¡Diantre!

— La casaron con un cerrajero... no, con un herrador del cielo, que era feo, cojo y se llamaba Vulcano, pero ella no podía ver ni pintado á su esposo...

— No es extraño... si era cojo y feo... Prosigue, hijo mio, prosigue...

— Venus se echó un amante, un guerrero muy guapo, el dios Marte...

— El dios Marte... ¡Ah! sí... ese que fabrica una cerveza tan buena...

— No, papá... el hijo de Juno :... Venus tuvo de él un hijo tan bonito, tan bonito, que desde entonces se llamó el amor.

— ¡Uf! eso... es escabroso.

— Entonces Vulcano, para vengarse, fabricó una red como las que se usan para pescar anguilas, la arrojó sobre los dos amantes y los sorprendió acostados...

— Basta... basta... vaya una historia instructiva para los niños...

— Pero, papá, si no he concluido : Venus tuvo despues otros amantes...

— Silencio, no necesito saber la historia de sus amantes.

— Lo mismo que *Juno*, *Flora* y *Thetis*.

— Con que es decir que todas esas diosas de la mitología eran unas señoras de tres al cuarto... Habráse visto... ¿Y es posible que se enseñen estas cosas á los muchachos?

— Papá, es para conocer las estatuas.

— A mí se me da tres pitos de las estatuas... mejor quiero que no sepas decirme lo que una estatua representa, que no que aprendas de memoria todas las picardihuelas de esas diosas... tan anchas de conciencia.

— Yo no tengo la culpa... aprendo lo que me enseñan... También hay un tal Mercurio con alas en los hombros, en los talones y en el gorro... este dios es el dios de los ladrones...

— ¡Los ladrones! eso sí que no lo comprendo... un dios á los ladrones! deberían haberles dado un diablo. Todo eso es estúpido, y no quiero que estudies mas mitología... en cambio aprenderás las cuentas... ¿sabes nueve veces trece cuántos son?

— No, papá...

— Pues bien, deseo mas que sepas cuántos son, que no la historia de esa señora Venus... En fin, de todos modos has respondido bien y almorzarás miel con manteca.

— Gracias, papá...

Y Ezequiel corre hácia su hermano, diciéndole con aire de triunfo :

— Voy á almorzar miel con manteca...

— Que te se vuelva lo que yo diga..... respondió Jonás haciendo un gesto á su hermano ; pero le llega su vez de responder á las preguntas paternas, y se adelanta sin dejar de cor-

tar pedacitos al tapon que tiene en su mano.

— Vamos, Jonás... ¿qué es lo que has aprendido en toda la semana?

— He aprendido unas fábulas... morales...

— ¿Fábulas morales? muy bien... pero ¿qué diablos estás haciendo con ese tapon?...

— Nada, le estoy cortando...

— ¿Y para qué?...

— Para hacer con él una pelota de cautchouc.

— ¡Cómo!... ¿tú haces *cautchouc* con corcho? pero eso no es posible... vamos, recítame una fábula y pronúnciala bien.

Jonás se rasca la cabeza y recuerda una fábula. Mientras tanto vuelve Ezequiel con una tostada de manteca y de miel, que procura ostentar á la vista de su hermano; y este se venga echándole pedacitos de corcho en la tostada.

— Y bien, Jonás... ¿qué esperas? dice Mr. Macabeo.

El muchacho abre la boca, pero no habla, y al mismo tiempo la cotorra empieza á gritar:

Armas al hombro... arr... Presenten armas!...

Los chicos se echan á reir; y Mr. Macabeo dice:

— La cotorra sabe mejor que tú su lección...

— Jonás, eso no vale..... siempre dice la misma... no le han enseñado mas que una.

— Vamos, Jonás... ¿has concluido de tirar pedacitos de corcho á tu hermano?

— ¿Y para qué viene á pasarme por los ojos su tostada de miel?... que me deje en paz.

— Voto á todos los diablos... voy á empezar á mojjicones con este par de muñecos... A ver si dices esa fábula...

— Ya me acuerdo, papá :

Dijo la zorra al busto...

— Al vusto...

— No, papá, no; es con *b*.

— Te digo que es con *v*... tú lo pronuncias mal...

Jonás continúa :

Despues de olerlo

Tu cabeza es hermosa...

— Hermosa...

— Hermosa...

— Hermosa,... te digo,... tu maestro te enseña á destrozar el idioma...

— Vd. es quien lo destroza, papá.

— Yo... habráse visto... ¿y te atreves á decirlo en mis barbas?...

— Toma, lo digo porque mi maestro me repite á menudo, que Vd. es un rocin, que no sabe hablar sino rebuznar...

Al oir estas palabras, se levanta furioso Mr. Macabeo, da un bofeton á su hijo, abre la puerta de la calle, le deja fuera y dice :

— Hoy estarás á pan y agua... Hola, hola... ¿con que soy un rocin? yo diré al tal maestro cuántas son cinco...

Jonás se queda en la meseta de la escalera, y poco despues la criada le lleva un pedazo de pan seco y le dice :

— Ten, picaron... y es demasiado regalo para tí... pero cuidado con intentar entrar en la cocina, porque te daré con la puerta en los hocicos.

El muchacho permanece un instante en la escalera, mira arriba y abajo y despues fija sus ojos en el pan, que no se resuelve á comer á secas. El vecino del cuarto cuarto toca su clarinete, la cotorra no cesa de gritar : *Armas al hombro!* Todo esto aumenta el mal humor de Jonás, y lanza el tapon á la cotorra y el cortaplumas á la ventana del artista, despues de lo cual se decide á bajar al patio.

Los criados del salchichero trabajaban, hacian salchichas de todas clases, y el ruido que metian atronaba la casa. Jonás se detiene delante de la ventana del laboratorio, que se halla abierta de par en par, mira trabajar á los operarios, y al cabo de un instante les dice :

— ¡Hola! ¿se hacen salchichas?

— Sí tal, señor cabeza de erizo... si Vd. no manda otra cosa.

— Yo no me llamo cabeza de erizo, me llamo Jonás...

— Lo mismo da, en ese caso es Vd. el señor Jonás cabeza de erizo...

— ¿Porqué me llaman Vds. así?...

— Toma, porque nos da la gana...

— ¿Quieren Vds. que les ayude á hacer salchichas?

— No, pimpollo... no necesitamos ayuda, y en ese caso no seria de tí de quien echaríamos mano.

— ¿Y porqué no?

— Porque como siempre te estás rascando en la cabeza, meterias los pelos con la carne, y no es probable que tus pelos gusten á nuestros parroquianos...

— Si yo ando en mi cabeza, Vds. andan en otras partes menos limpias aun... yo lo he visto mas de una vez...

— ¿Habrás visto mono igual?... pues no viene á espiar nuestras acciones?... si no te marchas de ahí, voy á hacer picadillo con tu lengua... No creas... ya sabemos á lo que bajas... á pescarnos lo que puedes. Anteayer metiste los dedos en un queso de Italia para coger un pedazo, y no pudiste, pero dejaste estampados los dedos.

— No es verdad... yo no fuí...

— Ten cuidado! la primera vez que te cojamos en el garlito, bailaremos sobre tus costillas un buen zapateado.

— Atrévanse Vds. á pegarme si quieren...

— ¿Qué nos sucederá?... Vamos, lárgate pronto...

— No me da la real gana... el patio es de todos los vecinos, mi papá ocupa todo el piso tercero... y Vds. no son los amos...

— Es chistoso el chicuelo... habrá que darle para peras.

Jonás se pasea algunos instantes por el patio, mirando de reojo el sitio donde ponen las salchichas recién hechas, y devora con la vista una gran pila de salchichas que ponen los salchicheros al borde de la ventana. Despues se aleja del patio y se oculta en el pasadizo cerca de la puerta.

Pero desde allí acecha á los criados, y no tarda en ver que se entran en la tienda con una porcion de chorizos y embutidos. Aprovechándose de este momento y con la agilidad que el gato se lanza sobre un raton, corre hácia la ventana, se apodera de una salchicha y vuela escalera arriba como alma que lleva el diablo.

Pero los salchicheros, que recelando una mala pasada vuelven en seguida á su laboratorio, ¿qué es lo que ven? Una porcion de salchichas en medio del patio, porque Jonás, en su precipitacion al coger la salchicha, no habia notado que habia dejado caer una porcion de ellas. Acto continuo, mientras uno de los criados re-

cogia las que estaban en tierra, el otro fué en persecucion del ladronzuelo gritando al mismo tiempo que subia de tres en tres los escalones :

— El cabeza de erizo nos ha robado... ¿cuántas faltan, Augusto?

— Una no mas...

— ¡Ah! nos las va á pagar ahora todas juntas...

Jonás, que oye estas frases, continúa su rápida ascension, confiando en poder guarecerse en su casa, pero la puerta está cerrada y se decide á subir al cuarto piso; despues, no queriendo guardar el cuerpo del delito, arroja al suelo, la salchicha, lo que le cuesta un profundo suspiro y vuelve á colocarse delante de la puerta de su cuarto, al mismo tiempo que llega el salchichero.

Verle y cogerle de una oreja es todo uno...

— La salchicha... ladronzuelo... le dice... la salchicha en seguida...

— Yo no la tengo... yo no la he tomado...

— Mientes como un bellaco... nadie mas que tú ha podido cogerla, devuélvemela ó te saco la oreja.

El salchichero le da un tiron mas fuerte que los anteriores, Jonás empieza á gritar diciendo que le matan, y la puerta se abre, apareciendo en ella toda la familia Macabeo.

La madre es la primera que se dirige al salchichero.

— ¿Porqué hace Vd. llorar á mi hijo? exclama; ¿con qué derecho se atreve Vd. á tirarle de la oreja?... qué es lo que ha hecho?... suéltele Vd. al instante...

— Señora, su hijo de Vd. es un ladronzuelo, nos ha cogido una salchicha y quiero que me la devuelva.

Jonás, que no cesa de gimotear, dice :

— No es verdad... no es verdad... yo no he tomado la salchicha; que me registren y lo verán.

— ¿No oye Vd. lo que dice el niño?... pide que le registren... suéltele Vd. la oreja... y si no tiene la salchicha... Vd. es el que merece ser castigado por su falta de atención.

El criado le suelta y le registra en toda regla.

Entretanto Ezequiel, que asoma la cabeza por entre las piernas de su padre, exclama :

— ¡Qué tontos son !... ¿cómo se la llevará encima?... ya sabe él lo que se hace...

— Y bien... ¿lo ve Vd.? añade la mamá... No tiene la salchicha, y le ha maltratado Vd. sin razon...

— Señora, no la tiene aquí, es verdad; pero eso no obsta para que yo crea que es él quien ha cogido la salchicha... En el patio no habia

nadie, y mientras hemos ido á la tienda la ha tomado...

— ¿Y que no hay animales en la casa, no hay gatos?... nosotros mismos tenemos uno.

— Sí, sí, el gato ha sido, yo le he visto subir corriendo la escalera.

— No es verdad... ¡pobre gato! añade la criada... levantarle falsos testimonios!... en todo el día no se ha movido del fogón y aun está allí.

Jonás, para vengarse, hace un gesto á la criada y añade :

— ¿Y que no hay mas gatos que el nuestro en la casa?

— No hay ningun otro, responde el salchichero.

— Pues entonces habrá sido un gato de la vecindad.

— El gato eres tú...

— No es verdad... es Vd. un embustero.

El papá Macabeo se adelanta majestuosamente diciendo :

— Basta ya... Jonás no tiene la salchicha; luego Vd. ha hecho mal en tirarle de la oreja... déjenos Vd. en paz y no vuelva en su vida á tocar al muchacho.

El salchichero estaba ya resuelto, aunque á regañá dientes, á dejar á Jonás con su presa, cuando el ruido producido por la caída de una

persona, y despues una coleccion de espantosos juramentos é imprecaciones que partian del pise superior, excitaron de nuevo la atencion general.

— ¡ Ah! Dios mio... ¿ qué es lo que ha sucedido? exclamó Mad. Macabeo. Todos reconocieron al instante la voz del profesor de clarinete...

— ¡ Uf! no se puede vivir en esta casa... ¿ qué es lo que ha ocasionado mi caida?... la escalera está sucia... los vecinos echan en ella la basura... ¡ qué veo! una salchicha... la he pisado y me he resbalado... Hola, hola... con que el salchichero sube á depositar sus mercancías á la puerta de mi casa... mil bombas... y he roto el clarinete... Yo haré que ese tunante me la pague... mi clarinete... mi excelente clarinete... ¡ dónde encontrar otro como él! ¡ ah! esto es insufrible... esto clama al Cielo...

En tanto que el artista desahogaba su cólera, el criado subió al cuarto piso, y recogió el cuerpo del delito exclamando :

— ¡ Ah! hé aquí la salchicha... yo bien sabia que no andaba muy lejos... pero no me querrán hacer creer que se ha subido por sí sola.

El artista, al ver al criado, le agarra de la manga de la camisa...

— ¡ Eh! Señor mio... ¿ con que Vd. se divierte en poner las salchichas á mi paso?... por Vd. me he caido... y lo que es mas, se ha roto

mi clarinete... me pagará Vd. lo que vale...

— ¿Qué es lo que está Vd. hablando?... ¿Cree Vd. que me he divertido en venir á tirar salchichas en la puerta de su cuarto?... seria gracioso... No, Señor... uno de los pequeños Macabeos nos ha cogido una salchicha, y al ver que yo le perseguia la ha arrojado á la escalera para que no le hallase con el cuerpo del delito encima.

El criado vuelve á bajar al cuarto tercero con la salchicha extendida en la palma de la mano, y el músico le sigue con los dos pedazos en que se ha dividido su clarinete. El primero enseña la salchicha á Mad. Macabeo y le dice :

— Ve Vd., Señora, como tenia razon; si la hubiera cogido un gato, por lo menos la hubiera hincado el diente, y está intacta... aplastada, pero intacta.

El artista enseña al padre de familia los pedazos de su clarinete, y añade :

— Su hijo de Vd. ha sido causa de este accidente... un instrumento maravilloso!... Tendrá Vd. que comprarme otro igual.

— ¡Yo comprar un clarinete!... Vd. se burla... ¿porqué se ha caido Vd.?

— La salchicha ha tenido la culpa, y su hijo de Vd. es quien la ha puesto delante de mi puerta.

— Eso lo dice el salchichero... pero no nos lo prueba...

- Me comprará Vd. un clarinete.
- Está Vd. fresco...
- Voy á quejarme al comisario...
- Vaya Vd. con todos los diablos.

Los Macabeos entran en su casa, el salchichero vuelve á su tienda, y el músico se aleja con su clarinete roto : en cuanto á Jonás, ya hacia mucho tiempo que habia desaparecido.

CAPITULO XI.

UNA REMEDIO CONTRA LA SORDERA.

Dos horas despues de los sucesos que acabamos de referir , penetró un jóven por la puerta de la casa , en donde ya se habia restablecido el órden. Era guapo, alto, esbelto, airoso : su fisonomía era franca , abierta , uno de esos rostros que inspiran simpatía á primera vista. Sus facciones no eran regulares , sus ojos no eran muy grandes, pero sí brillantes y expresivos, su boca parecia algo burlona, pero al reirse lo hacia tan de veras y con tanta alegría , que su risa era comunicativa. Sus cabellos eran castaños , y ostentaba sobre sus labios un bigote no muy poblado , pero muy negro y que sentaba bien á la expresion un poco osada de su fisonomía.

Horacio , porque este jóven era el hermano de Virginia, llevaba un paletot azul que le ajustaba el talle, un pantalon de un color gris claro, unos botitos muy bien hechos que dejaban ver su pié elegante , y en la cabeza una gorra pe-

queña, semejante á la que usan los estudiantes de Alemania. Por último, debajo de su brazo y sujeta por él se veía una maleta ó saco de noche.

— Esta debe ser la casa donde habita mi tia, se dijo Horacio al entrar en el pasadizo... El número es el mismo que me indicó... Portero... ¡eh! portera... ¡Calle!... calle!... no hay en la casa portero ni portera.

Horacio llega hasta el patio, busca una portería y no descubre mas que á uno de los salchicheros ocupado en su tarea.

— ¿Dónde se halla el portero de esta casa? le pregunta.

— ¡El portero!... no le hay.

— En ese caso es inútil que le busque. ¿Me puede Vd. decir cuál es el cuarto de Mad. Rennecart?

El criado, que nunca ha tenido qué tratar con la administradora, responde algo mohino :

— No la conozco...

— ¡Cómo es eso!... ¿no conoce Vd. á madama Rennecart?... Sin embargo yo sé que habita en esta casa.

— Y á mí ¿qué me importa?... yo no vivo aquí, y por lo tanto nada tengo que ver con los vecinos...

— ¡Ah! es verdad, Vd. solo tiene que ver con los cerdos... Eso se adivina en la manera

amable que tiene Vd. de responder á lo que le preguntan...

— ¡Eh!... qué... ¿qué es lo que quiere decir ese chisgarabís?...

— Este chisgarabís quiere decir que es Vd. un grosero... y que si no se queda Vd. contento le enseñará á tener educacion.

El salchichero no juzgó conveniente que pasara mas adelante la conversacion, porque notó en la mirada de Horacio que era capaz de hacer lo que decia.

El jóven viajero se dirigió á la escalera diciendo para sus adentros :

— Cómo ha de ser, llamaré en todas partes, y de este modo la encontraré.

Al llegar al primer piso llamó en la primera puerta que halló, correspondiente á la habitacion del salchichero. La mujer del vendedor de chorizos acababa de subir de la tienda para peinarse, y abrió la puerta, presentándose en el mayor desarreglo, pero un desarreglo agradable, porque era muy guapa : todo su vestido consistia en la camisa y el corsé, que estaba acabando de ajustarse y que por lo tanto no se hallaba ajustado del todo. Al ver á Horacio lanzó un grito diciendo :

— ¡Ah! Dios mio... pensaba que era Augusto.

Despues cerró la puerta con presteza, sin dig-

narse responder al jóven, que se apresuró á decirle :

— Señora, dispense Vd... pero deseo saber cuál es el cuarto de Mad. Rennecart.

Al ver que no daban respuesta á su pregunta, continuó Horatio subiendo la escalera.

— Por lo visto, se dijo, si hubiera sido Augusto me hubiera recibido... Diablo... pues no tiene poca suerte el tal... probablemente hubiera acabado de ajustarle el corsé, y yo no me hubiera desdeñado en hacerlo, porque es guapa la buena de la vecina. Pero en fin puesto que solo Augusto es el privilegiado, prosigamos nuestra peregrinacion.

Horacio llega al segundo piso y se encuentra frente á la puerta del cuarto de su tia. No estaba la llave por fuera porque Mad. Rennecart no esperaba á nadie, pero la buena señora se hallaba en la creencia de que si llamaban oiria la campanilla. Sin embargo se hacia ilusiones, porque su sobrino llamó una vez, dos, tres, y la tercera con todas sus fuerzas y sin embargo no respondió, razon por la cual prosiguió el jóven escalera arriba.

— Parece que los habitantes de esta casa son muy aficionados á pasear, pero lo que es mi tia no debe salir mucho á la calle... Quizás vive en otro cuarto.

Antes de continuar subiendo llamó en la

puerta de la habitacion del viejo empleado, pero tambien inútilmente, porque salia temprano de su casa y no volvia hasta la noche.

Llegó al tercer piso, dió dos golpecitos en la puerta de la cocina de la familia Macabeo, pero la cocinera habia salido á la plaza y la puerta permaneció cerrada. Al ir á llamar en el cuarto de enfrente... oyó mucho ruido y se dijo :

— Gracias á Dios que encuentro gente, si- quiera aquí abrigo la esperanza de que abran la puerta.

La familia Macabeo antes de abrir se reunió para deliberar acerca de lo que deberian hacer, porque esperaban de un momento á otro la llegada del profesor de clarinete con el comisario de policia. Despues de consultarse decidieron los padres esconderse y que abriera Ezequiel con órden de decir :

— Mis padres han salido y estoy solo.

Y en seguida cerrar la puerta.

Horacio llamó por la segunda vez, y el niño abrió la puerta. Acto continuo, sin dar tiempo al sobrino de Mad. Rennecart para que hablase, le dijo con la mayor rapidez :

— Mis padres han salido y estoy solo.

Esto dicho dió á Horacio con la puerta en las narices.

— ¿Qué es lo que ha chapurrado este muchacho? exclamó Horacio, quedándose absorto al ver lo

que le pasaba. ¡Esta casa es singular!... En el patio me responden groseramente, en el cuarto principal una mujer en camisa no quiere abrir mas que al señor Augusto; en el segundo nadie responde, aquí sale un chicuelo que no me escucha, que abre y cierra como por encanto... Vamos... paciencia y ánimo... quizás mi tia habita el cuarto cuarto... al fin y al cabo la hallaré... Afortunadamente creo que ya solo me quedan dos pisos que subir.

En el piso cuarto, despues de haber llamado inútilmente á la puerta de la habitacion del profesor de clarinete, se dirige á la puerta de enfrente. La puerta se abre, aparece una señora y con un acento dulcísimo, pero muy conmovido, pregunta á nuestro jóven :

— ¿Qué quiere Vd., caballero?

Horacio al verla le hace una reverente cortesía y responde :

— Señora, ruego á Vd. que me dispense porque veo que tambien esta vez me he equivocado, pero busco á mi tia, que debe sin duda alguna vivir en esta casa, y todavia no he logrado encontrarla.

— ¿Cómo se llama su tia de Vd., caballero?

— ¡Ah! es verdad... es lo primero que he debido decir á Vd... se llama Mad. Rennecart.

— Mad. Rennecart... pues si es la adminis-

tradora de la casa... vive en el cuarto segundo de la derecha...

— En el segundo... pero si he llamado con todas mis fuerzas y nadie ha respondido.

— ¿Ignora Vd. que su señora tia es sorda?

— ¡Sorda! ¿qué me cuenta Vd.? Hace tres años que no la veo, es verdad que ya entonces era un poquito tarda... pero oia...

— Pues ahora si no tiene en el oido su trompetilla no oye ni una descarga...

— ¡Qué contratiempo!... ¿Y cómo haré para que abra la puerta?... Aunque le grite : Tia, póngase Vd. la trompetilla... seria lo mismo que si llamase... Pero estará mi hermana con ella... y mi hermana quiero creer que no se ha vuelto tambien sorda.

— ¡Oh! no... su hermana de Vd. es una jóven muy apreciable y oye perfectamente.

— ¿La conoce Vd., Señora?

— He tenido el placer de verla algunas veces en casa de Mad. Rennecart, pero creo que se va todas las mañanas á un obrador y no vuelve hasta la noche.

— Válgame Dios... estoy aviado... ¿qué debo hacer en esta situacion?... Si Vd. fuera tan amable que se dignase aconsejarme...

Mad. Huberty, que no desea prolongar la conversacion, saluda al jóven diciéndole :

— He dicho á Vd. todo lo que sé y nada mas puedo añadir. Despues cerró la puerta.

Horacio se quedó corrido diciendo para sí :

— Se ha ido... ; qué lastima!... es una mujer hermosa como hay Dios! La mujer en camisa del cuarto principal era incitante... desde luego, porque estaba en camisa; pero esta vestida y todo me seduce mas que la otra!... Sus ojos tienen un encanto... no creo haber visto nunca unos ojos como los suyos... y luego sus facciones son bellas... la nariz... la barba... la boca... ; oh! yo volveré á verla... ya sé que vive aquí.

Despues de haber contemplado algunos instantes la puerta del cuarto de Mad. Huberty, Horacio exclamó :

— Pero ahora no se trata de eso sino de penetrar en casa de mi tia... necesito sitiaria como si fuera una plaza fuerte... creo que aunque tuviera un cañon no lograria lo que deseo.

El jóven bajó hasta el piso segundo y buscaba con su imaginacion el medio que emplearia para que le oyesen, cuando se abrió la puerta del cuarto de su tia, y se presentó en ella Mad. Rennecart con una cesta al brazo disponiéndose á salir para hacer provisiones de boca. Al verla lanzó Horacio un grito de alegría, corrió á precipitarse en sus brazos, y antes de que su tia tuviera tiempo de reconocerle ya se la habia comido á besos. Pero la buena señora

adivinó por la vivacidad y las caricias del joven, quién era y exclamó :

— Apuesto á que es el calavera de Horacio el que tengo en mis brazos.

— Sí, tía, sí; yo soy.

— Pero ven acá... entra... ¿cómo es que no has llamado?

— Tiene Vd. razon, no he llamado pero he hecho mas, he repicado.

— ¿Que no has almorzado?

— Bueno... buen principio... la señora del cuarto cuarto no ha mentido.

Al entrar en el gabinete descubre Horacio sobre la cómoda la preciosa trompetilla, la coge y la presenta á su tía indicándola que la aplique á su oido. Mad. Rennecart obedece, pero al mismo tiempo le pregunta :

— ¿Quién te ha dicho que soy un poco tarda de oido?

— ¡Un poco tarda!... La verdad, tía, es que está Vd. completamente á oscuras... porque he llamado por espacio de mucho tiempo á la puerta, y Vd. no me ha oido.

— No, hijo mio, no... pero me admira estar tan sorda...

— Pues no la engaño á Vd... cuando Vd. abria la puerta estaba yo pensando en ir á buscar una compañía de zapadores para que echasen abajo la puerta...

— Calavera... siempre has de estar de buen humor, ¿no es verdad?

— Siempre, tia.

— Ven... ven, que quiero examinar tu rostro, porque ya hace tres años que no nos hemos visto... ¡Sabes que estás muy guapo!... habrá chicuelo...

— Chicuelo... mire Vd., tia, que voy á cumplir pronto veintidos años!...

— Nadie lo creeria... siempre tienes un aire de muchacho;..... sin embargo ese bigote te sienta bien...

— ¿No es verdad, tia?... me da un aspecto de guerrero... ¿Y mi hermana, mi querida Virginia?

— Sigue bien, y se ha hecho una mozuela en toda regla...

— No me extraña... eso le viene de familia...

— Y luego es muy juiciosa... muy aplicada... le gusta mucho trabajar...

— ¡Ah! eso no es de familia... lo que es á mí me gusta mucho mas divertirme... Sin embargo, cuando es preciso tambien trabajo.

— ¿Y porqué te has venido de Rouen?

— Porque me fastidiaba allí... era demasiado dulce todo lo que veia... y además ya hacia mucho tiempo que no veia á Vd. ni á mi hermana... Esto me entristecia, y por otra parte ¿á qué me

hubiera conducido mi empleo? Era tenedor de libros de una confitería... ganaba mil ochocientos francos al año, es cierto; pero nunca hubiera avanzado, porque mi sueldo era el *non plus ultra* de lo que acostumbra á dar el confitero mi ex-principal... ¿Quería Vd. que pasase toda mi vida ganando mil ochocientos francos al año?... ¡vaya un bonito porvenir!... ¿Hubiera logrado con él adquirir algun día la quinta de mi padre?

— ¿Todavía piensas en eso?

Siempre, tia... y yo lo lograré; porque hay un proverbio que dice: *Querer es poder*.

— Los proverbios mienten algunas veces, señor mío.

— Yo procuraré que este sea verdadero.

— ¿Y te has venido sin un cuarto?

— No, tia, no, se engaña Vd. si lo cree así; como me proponia desde hace mucho tiempo volver á París, he ahorrado algo... Sé bien que Vd. no es rica, y no queria ser gravoso en lo mas mínimo á la mejor de las tías... así pues, he reunido quinientos francos... ¡eh! ¿qué dice Vd. á esto?

— ¿Qué he de decir? que has obrado con condura y que veo con gusto que has mejorado de conducta...

— Y además he traído dos magníficas cajas de dulce, una para Vd. y otra para mi hermana,

porque si me hubiera venido sin dulces de Rouen, me hubieran Vds. echado con cajas destempladas.

— Decididamente eres un guapo chico.

— Ahora voy á dedicarme á buscar habitacion... una buhardilla... cualquier cosa, porque viviendo con Vd. mi hermana, no puedo vivir yo... un jóven necesita ser libre como el aire.

— Sí, sí; y por otra parte no hay sitio para tí... todo es muy reducido.

— Diga Vd., tia, ¿no hay ningun cuarto desalquilado en la casa?... aunque sea en los tejados, ó sino enfrente de la señora del cuarto piso; y á propósito, ¿sabe Vd. que es hermosísima!... ¿vive sola?... es casada?...

— ¿Y cómo sabes que hay en el cuarto cuarto una señora así... tan bella? no acabas de llegar de Rouen?

— Sí, mi querida tia, pero ha de saber Vd. que conozco la casa desde arriba abajo, porque he tenido que llamar en todas las puertas para encontrar á Vd., y á no ser por la vecina del cuarto cuarto nunca hubiera logrado hallar á Vd.; toda vez que la campanilla no es bastante para decir á Vd. que llaman á la puerta de su casa... y entre paréntesis, hay que buscar el medio de curar esa sordera. Pues, como decia, la tal señora ha sido la única que se ha mostrado amable conmigo, me ha dicho cuál era el

piso en donde habitaba Vd., me ha explicado la causa de la imperturbabilidad de Vd. ante el repiqueteo de su campanilla, en fin ha sido buena, mientras que los demás vecinos son hotentotes, empezando por el salchichero... Y ahora caigo... no he visitado el quinto piso ! pero no importa... diga Vd., tia, esa señora ¿vive sola?

— ¿Y á Vd. qué le importa, caballerito?...

— ¿Qué me importa? mucho, porque ha de saber Vd. que estoy enamorado de ella...

— ¡Enamorado! y no has hecho mas que verla y hablarle dos palabras!... pronto te ha dado el arrechucho.

— No crea Vd. que me ha prendado su conversacion, sino sus ojos... una sola mirada suya ha sido suficiente para robarme el corazon.

— Te aconsejo que no te entusiasmes mucho con esa señora... es una mujer honrada, pacífica, que vive sola, que no recibe á nadie ni habla con nadie, y tus suspiros se los llevaria el viento.

— ¿Vive sola y no recibe á nadie? tanto mejor... todo lo que me ha dicho Vd. es magnífico y no me desanimo; al contrario, me sonrie la esperanza.

— Vamos, Horacio, ahora es preciso que te ocupes en cosas mas formales... necesitas un cuarto...

— ¿No tiene Vd. en la casa ninguno desalquilado?

— No, ninguno.

— ¡Qué lástima!

— No debes tomar un cuarto amueblado, porque te costaría caro... ¿qué muebles necesitas?

— Muy poca cosa, tia, una cama, dos sillas y una mesa.

— Yo te puedo prestar todo eso... tengo tres colchones, te daré uno, y además cuatro sillas y esa mesa del recibimiento que para nada me sirve. También te llevarás sábanas, toallas, etc., etc.

— Gracias, querida tia, estaré como un príncipe...

— Corre... corre á buscar el cuarto en este mismo barrio, y cuando vuelvas podrá llevar todas las cosas un mozo cualquiera.

— Sí, tia, tiene Vd. razon;... pero...

— ¿Pero qué?... deseas algo mas?

— Sí, busco el medio de conseguir que oigais la campanilla cuando vuelva á llamar... me parece que esto es indispensable.

— Dejaré la puerta abierta cuando esté sola.

— De ningun modo... careciendo la casa de portero, eso seria peligroso.

Horacio da algunos paseos por el cuarto mirando á todas partes, y por fin se detiene diciéndo á Mad. Rennecart:

— ¿En qué sitio se pone Vd. para trabajar cuando se halla Vd. sola?

— Siempre me pongo aquí en mi sillón delante de la chimenea...

— ¿En frente del espejo?

— Enfrente del espejo.

— Bravo... ya tengo lo que buscaba...

— ¿Qué dices?

— Nada, quédese Vd. ahí... vuelvo en seguida; pero no cierre Vd. la puerta, porque todavía no funciona la máquina que acabo de inventar.

Horacio sale precipitadamente...

— ¡Qué loco es!... ¿qué idea le habrá dado? se dice la buena señora al verse sola... Con todo ha reunido quinientos francos, y esto es ya algo... pero no tiene empleo, y en París se va el dinero como agua. ¡Ay! hermano mío, ¿porqué no me confiaste el sitio en que tenías encerrado tu tesoro?

Horacio no tarda en volver con uno de esos muñecos que se mueven por medio de cuerdecitas, y que estiran y encogen los brazos y las piernas: el muñeco representa un Turco de dos pies de alto.

— ¿Qué vas á hacer con ese polichinela? exclama Mad. Rennecart al ver el muñeco..... ¿Acaso crees que tu hermana juega todavía con esas cosas?

— ¡Oh! no es para mi hermana para quien lo he comprado... ya verá Vd... ¿Tiene Vd. un martillo en casa, tía?

— ¿Pues no lo he de tener?

— Haga Vd. el favor de dármele... ya tengo todo lo que necesito.

Mientras que Mad. Rennecart busca el martillo, Horacio saca de su bolsillo un ovillo de hilo bramante, ata una punta á la cuerdecita de donde se tira para mover los miembros del Turco, clava una alcayata encima del espejo, cuelga de ella el muñeco de modo que cubre medio espejo, despues conduce el hilo bramante por la pared y por debajo de la puerta hasta el alambre de la campanilla, ata en él la otra punta, y con este ingenioso medio al tirar del cordon de la puerta del cuarto se pone en movimiento no solo la campanilla sino el muñeco.

— Perfectamente, exclama Horacio... ya está acabada mi obra.

Mad. Rennecart, que le ha dejado maniobrar sin comprender el fin de aquella operacion, le dice :

— Y bien... ¿qué significa todo eso?

— Tenga Vd. la bondad de sentarse en el sitio acostumbrado.

— Ya estoy... ¿y qué?... veamos.

— Dígame Vd., ¿no distingue su vista aun bajando el muñeco colgado delante del espejo?

— ¿Pues no lo he de distinguir?... demasiado...

— Corriente... no es necesario mas... ahora

bien, querida tia, cuando vea Vd. al Turco mover los brazos y las piernas, corra á Vd. á abrir la puerta porque es una señal de que han llamado á la campanilla.

— ¡Bah! qué cosas tienes... ¿cómo es posible?

— Vamos á hacer la prueba, estése Vd. en su sitio, yo me iré y cerraré, pero no se olvide Vd. de abrir cuando se mueva el muñeco.

— Véte tranquilo, que no lo olvidaré.

Horacio abandona la habitacion de su tia y sale cerrando la puerta. Al cabo de algunos segundos, ve Mad. Rennecart que el muñeco mueve las piernas y los brazos, pero la distraen tanto estos movimientos que se olvida por un momento de ir á abrir : sin embargo, como el Turco no cesa de agitarse... recuerda la consigna y corre hácia la puerta.

Horacio le dice :

— ¿Qué es eso?... se ha estado quieto el Turco?

— Al contrario, se ha movido tanto que estaba embelesada contemplándole.

— Y ahora, ¿qué dice Vd. de mi invencion? ¿Dejará Vd. todavía horas enteras á la puerta á los que llamen á su casa?

— No, y ven á darme un beso... eres un cavalera, eso sí; pero á nadie mas que á tí se ocurren estas ideas.

— Pues entonces, hasta despues. Dejo aquí la maleta y me voy á buscar una casa con cuadra y cochera para meter en ella la cama, la mesa y las cuatro sillas que han de constituir todo mi ajuar.

CAPITULO XII.

UN CUARTO ALEGRE.

Mirando á derecha y á izquierda, dirigió Horacio sus pasos hácia los *boulevares*, porque no encontrando en la calle *du Temple* mas que casas grandes ó pequeñas, pero ninguna á propósito para un jóven solo, se dijo :

— Si pudiera hallar algo bueno en los *boulevares*, al menos viviria en un sitio alegre... respiraria un aire puro... tendria luz... distraccion. Por mi parte, prefiero un piso séptimo en el *boulevard* á un cuarto principal en una calle sombría y angosta.

Y al mismo tiempo que buscaba cuarto, pensaba en la señora que habitaba en la casa de su tia, sentia no haber hallado ninguna habitacion desalquilada cerca de la suya, y eso que la calle era sombría y la vista del patio nada alegre; pero la vecindad de una mujer que nos gusta cambia el aspecto de todo lo que vemos y lo

embellece á nuestros ojos..... durante algun tiempo.

En los *boulevares* son muy caros los cuartos, demasiado caros para Horacio, y al hallarse el jóven enfrente de la calle de *Angouleme*, se dice :

— Creo que lo mejor que puedo hacer es abandonar los *boulevares* é internarme en las calles.

Penetra por la calle de *Angouleme*, y despues de dar algunos pasos se encuentra en una encrucijada que forma una especie de plazuela. Siguiendo su camino en línea recta, ve al final de la calle la casa del fondista *Chapard*, muy reputada por sus comidas de boda, una larga hilera de coches parados delante de la fonda, y en la plaza de *Angouleme* indican que el fondista no ha perdido su boga, por mas que *Chapard*, que sucedió *al Capuchino*, haya encontrado á su vez un sucesor.

— Parece que la gente se divierte por aquí, se dijo Horacio, me gustaria mucho vivir al lado de una fonda.

Al decir esto, se fijaron sus ojos en la casa que enfrente forma la esquina opuesta de la calle, vió en la puerta varias tablillas anunciando cuartos desalquilados, y creyendo haber encontrado la que buscaba, se dirigió á la portería entablando el siguiente diálogo con el portero :

— ¿Tiene Vd. desalquilado un cuarto á propósito para un jóven solo ?

— Sí, Señor.

— Yo deseo uno para mudarme á él en seguida.

— El que tenemos está vacante, y podrá Vd. venirse á él cuando guste.

— ¿Qué piso es ?

— Está un poco alto... puede decirse que en las buhardillas.

— Tanto mejor... corre mas aire que en cualquier otra parte... ¿Cuántas piezas tiene ?

— Una sola, pero muy grande.

— ¿Con vistas á la calle ?

— Sí, Señor... en cuanto á eso nada se puede pedir al cuarto... está situado enfrente de una fonda, y desde la ventana, — porque no hay mas que una ventana...

— Para una persona basta una ventana, porque nadie se asoma á dos ventanas á un mismo tiempo.

— Tiene Vd. mucha razon : decia pues que desde la ventana se ve todo lo que pasa en los comedores de la fonda, y como por lo menos se celebran en ellos dos ó tres bodas por semana, se puede ver bailar á los novios y oír la música... lo mismo que si se asistiera á un baile...

— ¡Qué me cuenta Vd!... ¿se oye la música desde ese cuarto ?

— Vaya si se oye... nosotros tambien la oimos desde la portería, pero no tan bien como desde arriba, porque los sonidos suben...

Es tanto lo que se percibe la música, que hay en la casa unos vecinos en el cuarto cuarto que tienen reunion todos los sábados, y dan un baile sin mas música que la que pescan á la fonda...

¿Sabe Vd. que todo eso es muy cómodo?...
¿Entonces yo tambien podré dar bailes en mi casa sin que me cueste nada la música?...

— Seguramente... pero le aconsejo á Vd. que no invite mucha gente á sus bailes, porque despues de colocados los muebles apenas quedará en el cuarto espacio para que bailen cuatro personas.

— Son las que se necesitan para un rigodon... y despues, yo no me propongo comprar muchos muebles por ahora... Acabo de llegar de Rouen... y mas tarde dispondré que me envíen mis muebles de lujo... ¿Y cuánto piden por ese... salon de baile?

— El último precio es ciento cuarenta francos al año... y no se crea Vd., ha estado alquilado en ciento cincuenta á un profesor de escritura, que se marchó porque no le gustaba la música...

— Comprendo que no puedan vivir en esta casa los enemigos de la música bailable... ¿Y dura hasta muy tarde la música?

— Los martes, jueves y sábados, y algunas

veces los lunes, hasta las cinco de la mañana.

— Diantre... pero en fin á mí me agrada oír polkas, mazurkas y valeses...

— Pues las estará Vd. oyendo desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana...

— Magnífico... solo pensarlo me hace entrar en deseos de bailar... Portero, yo alquilo ese cuarto...

— Pero si aun no le ha visto Vd.

— No me importa, lo que ha dicho Vd. basta, y por otra parte al instalarme en él le veré. Tenga Vd. la señal...

Horacio entrega un napoleon al portero, lo que era mostrarse demasiado generoso, tratándose de una buhardilla; y el portero saludándole con la mayor reverencia le dijo :

— Entonces, caballero, puede Vd. ya considerarse como en su casa.

— Muy bien... en cuanto á los informes de mi persona... acabo de llegar de Rouen, pero tengo una tia que es administradora de una casa de la calle *du Temple*... le daré á Vd. sus señas...

— No hay para qué... hay fisonomías que dicen todo cuanto es preciso saber... pero me olvidaba de decir á Vd. una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Que no hay chimenea en el cuarto.

— Entonces no es un cuarto sino una buhardilla...

— Dispense Vd., caballero... es un cuarto para una persona decente.

— Yo no soy friolero, y no me importa... Aunque hubiera chimenea, quizás no haria uso de ella.

— Entonces es mejor que no la haya.

— Voy á comprar los muebles mas indispensables... y despues haré traer mis baules... en fin todo mi equipaje.

— Aconsejo á Vd. que no traiga muchas cosas, porque no tendria Vd. espacio para ponerlas...

— Escucharé el consejo... y obraré en consecuencia.

— Cuando Vd. vuelva tendrá la llave á su disposicion.

Contento Horacio vuelve rápidamente á casa de su tia, llama, y Mad. Rennecart corre á abrir la puerta toda asustada y exclamando :

— ¡Ah! Dios mio... ¡qué miedo he tenido!... ya no me acordaba del muñeco, y al verle levantar á toda prisa los brazos y las piernas me he asustado de un modo... Jesús... Jesús...

— Ello será lo que Vd. quiera, pero tambien es agradable poder abrir cuando tocan la campanilla.

— ¡Oh! sí... ¿y qué tal... has encontrado habitacion?...

— Pues no, ya tengo una y muy cerca de aquí, en la plaza de *Angouleme*.

— ¡Cuánto me alegro!

— Un cuarto magnífico, en el cual se pueden dar bailes sin gastar nada.

— ¡Bailes!... ¿será muy grande?

— No se lo puedo decir á Vd., porque no lo he visto.

— ¡Cómo! no has visto el cuarto y lo has tomado?

— Ya lo veré cuando me mude... lo que me han dicho basta.

— Sí, pero pueden haberte ocultado los inconvenientes de esa habitación, y despues no podrás volverte atrás...

— Son tantas las ventajas del cuarto, que no puede caber en él ningun inconveniente.

— Eres un loco... ¿y cuánto renta?

— Una futesa... nada, como quien dice... ciento cuarenta francos al año. Vamos, dígame Vd. dónde podré encontrar un mozo de cordel?...

— A dos pasos de aquí... enfrente de la taberna... es un hombre de toda confianza... un auvernés.

— Si no fuera auvernés, no seria de toda confianza.

— Él tiene un carro de mano... y creo que bastará...

— ¿Pues no ha de bastar?... en rigor hasta podria exigirle que me llevase en coche al lado de los muebles.

— Corriente, entonces corre á llamar á Juan, y yo meteré en una maleta todo lo necesario.

— No ponga Vd. muchas cosas, porque el portero me ha indicado que hay poco espacio de que disponer.

Horacio, que es sumamente ejecutivo, no tarda en volver con el mozo y el carretón, en el que son colocados los muebles y la maleta con la ropa blanca; pero todo esto apenas abulta, y en el momento de partir exclama Horacio:

— ¡Qué veo!... el mozo no ha bajado un tablado... ni tan siquiera un catre de tijera...

— Hijo mío, no tengo nada de eso que me pides.

— No se apure Vd., tía... hartó me ha favorecido Vd. con sus dádivas, y aun puedo regalarme lo que deseo, porque dormir en el suelo sería demasiado oriental para la calle de *Angoulême*.

— Espera, que aquí al lado vive un prendero y voy á ver si tiene lo que necesitas.

— Corriente, vaya Vd., tía, y yo entretanto me quedaré de guardian.

Mad. Rennecart sale, y Horacio, en vez de permanecer en la habitación de su tía, se instala en la meseta de la escalera, diciéndose:

— La señora del cuarto cuarto puede subir ó bajar... en uno ú otro caso pondré mi pié delante, resbalará, caerá, yo la levantaré, y me

parece que este motivo es suficiente para que dos personas entren en relaciones..... amistosas.

Pero no subió mas que la acomodadora del cuarto quinto, y Horacio no creyó conveniente ponerle el pié para que se cayera. Jonás, que todo el día andaba en la escalera, no tardó en acercarse á nuestra jóven, y le dijo :

— ¿Qué hace Vd. ahí?

— ¡Sabes que eres curioso!...

— Es que... si busca Vd. á mi papá, vive mas arriba.

— ¿Quién es tu padre?

— Mr. Macabeo, negociante.

— ¿En qué?...

— En todo lo que quiere.

— Diantre... entonces deben ser muy vastos sus almacenes... ¡Ah! díme, muchacho.

— Yo no me llamo Muchacho, sino Jonás.

— Pues bien, jóven Jonás... ¿conoce Vd. á todos los vecinos de la casa?

— Sí... cuidado con que compre Vd. algo en casa del salchichero... no vende mas que porquerías.

— Es su oficio, pero no me interesa eso, Señor. Hay una señora que vive arriba...

— Sí, ya se quién es.

— ¿Cómo se llama?

— Mad. Putifar.

— Mad. Putifar... singular nombre... ¿y en qué se ocupa?

— Es acomodadora en un teatro.

— No puede ser... ¡Cómo! ¿había de ser acomodadora una señora que tiene un aire tan distinguido?... Vd. padece una equivocación, señor Jonás.

— Le digo á Vd. que es acomodadora, y lo sé bien, porque una vez puso á los piés de mi mamá una banqueta y le cobró dos sueldos.

Mad. Rennecart volvió y dijo á su sobrino :

— Ya está en el carreton el tablado y algunas otras menudencias de que nos olvidamos... no hay que perder tiempo... corre á arreglar tus muebles, y al anochecer te espero á comer para que abracés á tu hermana.

— No faltaré y traeré conmigo una empanada.

— No te molestes... en casa hay lo bastante para matar el apetito.

— Con todo, tia, yo quiero traer la empanada, me propuse comer este manjar sabroso al llegar á París, y no quiero faltarme á mi palabra... ¡Ah! diga Vd., ¿es cierto que la señora de arriba, Mad. Putifar, es acomodadora en un teatro?

— Sí, hijo mio, es verdad.

— ¡Será posible!... me ha echado Vd. un jarro de agua...

— Vamos, vamos, no te entretengas... el carretón está esperando.

— Tiene Vd. razón... pero al menos será acomodadora en la gran Ópera... ¿no es verdad, tía?

— ¿Quieres marcharte, posma?

Horacio se resuelve á partir, y como es poca la distancia que tiene que andar para llegar á la calle de *Angouleme*, no tarda en encontrarse frente á frente del portero, quien al darle la llave, le dice :

— En el último piso... no se vaya Vd. á equivocar... hay un corredor, y en la segunda puerta del corredor... no la primera... mucho cuidado! la segunda...

— Tranquilícese Vd... no me equivocaré... Vamos, Juan... ¡ánimo! se trata de elevar esos muebles hasta el quinto piso.

— No haya cuidado, Señorito, los empujaremos hácia arriba.

El mozo se encarga de subir el tablado, y Horacio carga con el colchón y con la almohada. Los dos llegan al último piso, que va estrechándose por momentos, y el mozo, que ha llegado antes que el joven, se para delante de la primera puerta que encuentra, y la abre fácilmente con solo levantar el picaporte; pero entonces, en vez de entrar, se detiene y pregunta :

— ¿Es pur aquí mi amu?

— ¡Cómo! ha creído Vd. que yo voy á habitar el excusado! exclama Horacio, que al acercarse á la puerta abierta por el mozo retrocede mas que á paso. Y el imbécil del portero, que no ha cesado de repetirme la segunda puerta... no se vaya Vd. á equivocarse!... me parece que no es tan fácil equivocarse... Esta debe de ser la puerta de mi cuarto.

Horacio abre la puerta y se encuentra en una piececita algo abuhardillada, y en la cual, despues de colocar la cama y los demás muebles, solo tendrá el espacio necesario para ponerse una levita.

— ¡Ah! portero trapalon! exclama el nuevo inquilino, y el tunante me dijo que se podría bailar en la habitacion... yo lo creo, bien pueden bailar dos personas con tal que no se muevan de un mismo sitio. En fin, cómo ha de ser... el cuarto es alegre y tiene buena luz, lo que me hace pensar que carezco de cortinillas, pero como solo los pájaros pueden verme cuando esté en la cama, no creo que se ofenderán. Vámonos, Juan, ánimo, suba Vd. las demás cosas mientras que yo dispongo el lecho para que me reciba á su tiempo.

El mozo es tan pesado como vivo de genio nuestro jóven, y tarda mucho en subir al quinto piso.

— ¿Ha concluido Vd. ya? preguntaba Horacio á cada instante al auvernés.

— Nun , Señuritu , todavía hay cosas que subir.

— Pero mi tia me ha comprado seguramente media prendería... uná fuentecita , ¡ ah ! esto es muy útil , un candelero tambien lo es , pero un hornillo... ¿ con qué fin lo ha comprado ? creerá que voy á divertirme en guisar mi comida ! pues no faltaba mas... ¿ está ya todo ?

— Nun , Señuritu.

El auvernés baja y vuelve á subir con una escoba , un fuelle , una badila y unas tenazas.

— Todo eso sobra , dijo Horacio ; puesto que no tengo chimenea , para nada necesito las tenazas ni la badila , hasta la escoba es inútil.

— ¿ Nu piensa el Señuritu barrer su cuarto ?...

— ¿ Barrer un cuarto tan pequeño ? no tal ; por lo demás , con el fuelle hubiera bastado. Abriendo la ventana y soplando por el suelo , todo el polvo se hubiera ido... ¡ cómo !... ¿ no conocia Vd. este medio de barrer ?...

— Nun , Señuritu , ¿ para qué mentir ?...

— Ahora... me parece que no hay mas que subir...

— Sí , Señuritu , todavía hay algu y lu voy á buscar !...

— ¡ Todavía hay algo !... pero no va á caer... mi tia se ha creído sin duda que he alquilado un palacio.

El mozo baja y sube de nuevo con uno de los utensilios mas necesarios, sobre todo de noche, y al verlo Horacio exclama :

— Esto mas... un objeto de lujo!

— De lujo... comu... todo el mundu posee un objetu comu este...

— Pero, hombre, si en saliendo de mi cuarto tengo todo lo necesario, si estoy mas cerca de lo que desearia del jardin de que hablamos... en fin... cómo ha de ser... ya ha concluido Vd. su tarea, hé aquí el dinero.

— Gracias, Señuritu, hasta otra vez...

— No tengas cuidado, que ya te volveré á llamar, si Dios quiere... un gigante como él que hace un viaje para subir un utensilio nocturno! Por fin me hallo en mi casa... y está bien amueblado el cuarto, yo lo creo, ni un príncipe está mejor que yo. Disfrutemos un poco de las vistas...

Horacio abre la ventana y desde ella examina los comedores y gabinetes de la fonda de en frente. Iban á celebrarse varias bodas, y como se acercaba la hora de la comida, notó mucho movimiento entre los convidados.

— Pues es verdad lo que me ha dicho el portero, exclamó Horacio, el cuarto es muy alegre! Hé aquí una porcion de personas que se preparan á gozar... á comer bien... lo menos hay dos ó tres bodas... y mujeres hermosas... trajes y

adornos elegantísimos... Decididamente tiene mi ventana unas vistas magníficas... pero se hace tarde... volvámonos á casa de mi tia.

Al pasar por delante de la portería le detiene el portero gritándole :

— ¿Qué tal... está Vd. satisfecho de su cuarto?

— Sí, pero me parece que no podrán bailar en él cuatro personas.

— Esta noche se divertirá Vd. mucho oyendo música... los sábados son los dias de mas animacion! Tres orquestas á la vez... ¡y qué variedad!... las tres tocan cosas distintas; una, polka; otra, vals, y la otra rigodon.

— Sí, sí; esa confusion debe ser de un efecto maravilloso.

Como Horacio sabe que su hermana no vuelve del obrador hasta las ocho y media, recorre los boulevares para hacer tiempo antes de dirigirse á casa de su tia, alegrándose de tener ocasion de examinar las mejoras que diariamente se llevan á cabo en París. Por último, á las ocho y media, despues de haber comprado una empanada, se encamina hácia la habitacion de madama Rennecart.

Virginia habia llegado y se sorprendió mucho, primero al hallar la puerta cerrada, y despues al ver que su tia corrió á abrir, apenas tiró del cordon de la campanilla. Acto continuo

lanzó un grito de terror al descubrir el Turco en medio del espejo ; pero Mad. Rennecart le explicó todo lo que habia pasado , y su alegría fué inmensa al saber que su hermano se hallaba de vuelta en París, y que no tardaria en abrazarle.

Un instante despues sonó la campanilla, y el muñeco agitó como de costumbre los brazos y las piernas. Virginia voló á abrir la puerta y se arrojó en los brazos de su hermano, quien, para abrazarla mas pronto, dejó caer en el suelo la empanada, pero como era sólida, la recogió en seguida y vió con gusto que no se habia deteriorado.

Virginia no podia dejar de mirar á su hermano exclamando :

— ¡Cómo ha crecido, tia !... ¿y no le ha reparado Vd?... tiene bigote !

— Sí... sí; ya lo he visto... está hecho un guapo mozo.

— Yo lo creo que se ha puesto guapo.

— Tú tambien has crecido, te has hermo-seado y estás formada. Cuando me separé de tí, tenias trece años y aun eras una niña. Hoy has cumplido ya los diez y seis, y eres toda una señorita... casadera.

— ¿No es verdad que sí?... ¿soy ya casadera?

— De tal modo preguntas esas cosas, que cualquiera diria que tenias deseos de casarte.

— Toma... si algun jóven en regla pidiese mi mano... no me disgustaria por esc...

— ¡Cómo se entiende! ¿quién ha inspirado á Vd. esas ideas, señorita? exclamó Mad. Rennecart... Ayúdame á poner la mesa, y harás algo mejor que pensar tan temprano en el matrimonio.

— Mientras que yo te busco un marido, dijo Horacio, toma una caja de dulce que te he traído, y con eso tendrás mas ánimos para esperar...

— Gracias, Horacio, gracias...

Virginia salta de alegría al tener en su mano los dulces, y al contemplarlos se olvida de sus ideas matrimoniales. Se sientan á la mesa, Horacio demuestra un apetito de veinte años digno de un cazador, todos hacen en regla los honores á las provisiones de Mad. Rennecart, y acaban devorando la empanada que les sabe muy bien.

— ¿Y dónde vas á dormir? pregunta Virginia á su hermano.

— ¿Dónde voy á dormir?... en mi casa. He alquilado una magnífica habitacion y acabo de amueblarla con lujo!

— ¿Está muy lejos?

— No, en la plaza de *Angouleme* cerca del *boulevard*, á diez minutos de aquí.

— ¡Oh! yo querria ver tu casa.

— Nada mas fácil... y ahora caigo, es pre-

ciso que vengan Vds. esta noche á visitarme, mi vecino está de bodas y oirán Vds. la música, verán el baile y podrán convencerse de que no hay nada mas alegre que mi casa.

— Sí, sí, tia, vamos á ver la casa de mi hermano... ¿no se decide Vd.?

— Esta noche, pero es muy tarde ya para salir... van á dar las diez pronto.

— ¡Y qué!... ¿acaso es tarde? Vd. no sale nunca y le hará bien tomar un poco el aire.

— Tiene razon mi hermana, añade Horacio, deben Vds. acompañarme cuando acabemos de comer... Nada hay que se oponga á ello... Esta casa no tiene portero, y yo volveré con Vds. hasta dejarlas recogidas... Es cosa corriente... iremos á bailar en mi casa.

— ¡A bailar!... ¿Das esta noche baile?

— Daré baile tres veces á la semana... ya verás... ya verás...

Acaban de comer, las señoras se avian para salir, cierran la puerta, salen á la calle, se agarran del brazo de Horacio, que se siente orgulloso de llevar á su lado á su hermana y á su tia, y en breve tiempo se encuentran en la plaza de *Angouleme*. Todo presenta allí un aspecto risueño, la fonda está iluminada de arriba abajo... se oye la música y se ve á lo largo de la calle una hilera de carruajes. Virginia, estrechando el brazo de su hermano, le dice :

— ¿Vamos á subir á esa casa?... mira que yo no vengo bastante adornada para presentarme...

— Tranquilízate, querida hermana, no vivo en esa casa sino en la de enfrente, y tu traje es bastante elegante para no desmerecer mi recepcion... Y ahora recuerdo... no tengo luz en casa, y no quiero que bailemos á tientas... Permítame Vd., tia, que entre á comprar en esa tienda algo con que alumbrar mi habitacion.

— ¿Quieres que te lo compre yo?

— No... quédese Vd. con mi hermana.

Virginia no puede menos de dar saltitos en medio de la calle, porque oye una polka y le bailan las piernas. Horacio vuelve con una libra de bujías, entra con las señoras en su casa y se dirige á la portería para encender una vela. El portero le dice :

— ¡Eh! ¿qué tal?... he engañado á Vd.? no oye Vd. música?

— Sí, sí, es muy alegre, muy divertida la casa...

— ¿Y ya trae Vd. señoras para bailar?

— Es mi hermana y mi tia, que vienen á ver mi cuarto... y bailarán si quieren... esto á nadie le importa.

Horacio sube delante con la bujía encendida en la mano para guiar á las señoras, llegan por fin á su cuarto, abre la puerta, hace entrar á su tia, la que tropieza con la cama, despues entra

su hermana y tropieza á su vez con la mesa.

— ¡Pero qué cuarto es este! exclama Mad. Renecart... se tropieza en todas partes... ¡Qué cosa tan pequeña! no cabemos los tres.

— Pues no hemos de caber!... verá Vd.: Virginia, asómate á la ventana... así ocuparás menos terreno.

— Tienes razon... ¡Oh! qué preciosa vista!... Desde aquí veo el baile. ¡Ah! es una polka... Horacio... Yo quiero polkar... yo quiero polkar...

— Con mucho gusto... la polka es uno de mis triunfos. Ven...

— ¿Pero qué diablos vais á hacer?... dice la tia horrorizada... bailar aquí! ¿no veis que vais á dar conmigo en tierra?

— No, vamos á bailar en el corredor... esto será mas acertado.

Los dos hermanos salen del cuarto, y como el corredor es largo, pueden polkar en él sin verse molestados. La orquesta cesa, Horacio vuelve con su pareja, y Virginia entusiasmada exclama:

— ¡Oh! tia, qué placer vivir aquí! Si yo viviera no cesaria de bailar en todo el dia.

— Mucho trabajarias entonces!... además el baile debe cansar como todas las demás cosas.

— No lo crea Vd., tia, nunca se cansa uno de bailar.

— Pero válgame Dios... ¡qué reducida es esta pieza!... y no tiene chimenea!... es una buhardilla...

— Yo me doy por contento con haberla encontrado... las cosas son caras, muy caras en el día... sobre todo en París.

— En fin... como tú no recibirás mucha gente, podrás pasar...

Horacio... un vals... ¿no oyes? un vals...

— Sí... sí... vamos á valsar...

Los dos jóvenes se precipitan valsando en el corredor, y por poco no dejan caer á una vecina del mismo piso que se dirigia á la puerta inmediata á la del cuarto de Horacio para vaciar algo que llevaba en la mano. La buena mujer mrmura:

— Estamos aviados... no es bastante tener que soportar la música, todavía hay que sufrir que bailen en el corredor... mañana mismo me mudaré á otro cuarto.

— Pues yo he alquilado el mio para bailar, dijo Horacio riéndose.

Terminado el vals quiso marcharse Mad. Renecart, pero empezaron los músicos á tocar una mazurka, y Virginia exclamó:

— Tia... por Dios, déjenos Vd. bailar esta mazurka... no la sé bien, y es tan bonita que quiero que mi hermano me la enseñe.

— Yo te la enseñaré, dice Horacio, la mazurka es uno de mis triunfos.

— Por lo que veo todos los bailes son tus triunfos...

— Si Vd. lo cree así... Ven, Virginia.

Los jóvenes vuelven al corredor, y la vecina se aleja cerrando su puerta con furor.

Despues de la mazurka Mad. Rennecart dice á su sobrino :

— Ahora, hija mia, descansa un poco y en seguida nos iremos.

Pero al empezar á descansar oyen los bailarines una galop. Horacio coge de pronto á su hermana y la arrastra hácia el corredor... galopando de un modo tan desenfrenado y tan rápido, que la vecina, que entreabre su puerta, vuelve á cerrarla murmurando :

— ¡ Oh ! esto es espantoso !

Concluida la galop Mad. Rennecart se pone en marcha.

— ¡ Vaya una conducta la nuestra ! dice... son ya mas de las doce de la noche...

— De estas entran pocas en libra, tia, dijo Virginia, y mañana es domingo... nos levantaremos mas tarde que de costumbre.

Horacio acompaña á su hermana y á su tia y al dejarlas en casa les dice :

— ¿ Hasta mañana si Dios quiere.

— ¿ Vendrás á almorzar ?...

— Sí, pero no muy temprano... Déjeme Vd. dormir á mi gusto...

— Entonces á las once... ¿te parece demasiado pronto, perezoso?

— No, bien está, vendré á las doce.

CAPITULO XIII.

EL ALMUERZO IMPOSIBLE.

A pesar del improvisado baile de la víspera, Virginia se levantó temprano, y despues de arreglar la casa se peinó y arregló con mas cuidado que de costumbre. Pero esto no tiene nada de extraño, porque era el dia 15, los inquilinos de los cuartos principales, segundos y terceros debian pagar su trimestre, y una voz misteriosa le decia que el sobrino del casero dejaria de ir á visitar á su tia. La cinta del delantal que la habia puesto en secreta correspondencia con Oswald, le habia dicho muchas cosas, y una cinta no sabe mentir.

Mad. Rennecart se levantó mas tarde que los demás dias y se riñó diciendo :

— Horacio es quien tiene la culpa... ¡hacer-nos acostar á media noche!... Hoy que es un dia ocupadisimo... válgame Dios! y no hay remedio, tengo que hacer los recibos... ¿á qué hora nos va á hacer almorzar ese tronera?

— No se apure Vd., tia... hoy es domingo...

— Pero es día de cobrar los inquilinatos... los vecinos vendrán y si nos encuentran almorzando á las doce...

— ¿Y qué importa? ¿no podemos almorzar á la hora que nos acomode? Ello es preciso esperar á mi hermano... ¡Ah! si viese Vd. qué contenta estoy de que haya venido... y Vd. también, ¿no es verdad?

— Yo... es decir... estoy contenta de haber vuelto á verle... soy feliz cuando puedo abrazarle porque le quiero mucho... pero cuando pienso que ha dejado su empleo... que no tiene recursos, me incomodo. ¿Qué va á hacer en París?

— Ya buscará una ocupacion.

— Yo lo creo que buscará, pero no es tan fácil que encuentre.

— Ya sabe Vd. que mi hermano tiene talento, buena letra, sabe de cuentas, conoce la teneduría de libros, y además habla el inglés... con estos elementos no tardará en conseguir un empleo.

— ¡Hay tantos para cada cosa!

— Pero no todos cuentan con el mérito de mi hermano.

— Si tú crees que el mérito se lleva el premio siempre, te equivocas de medio á medio, hija mia.

— Diga Vd., tia, hablando de otra cosa, ¿porqué no quitamos ese muñeco del espejo?... hoy no salgo de casa y no hay necesidad...

— ¿Te incomoda?

— Pues no... es imposible mirarse en el espejo...

— Ni tú ni yo podríamos descolgarlo, y además está atado á la campanilla... no, no; hay que dejarlo en su sitio.

— Pues es bonito... y hoy que va á venir gente..... ¿qué pensarán al ver ese horroroso Turco encima de la chimenea?

— Creerán que es un reloj de nueva invención.

La llegada del salchichero interrumpe el diálogo de Mad. Rennecart con su sobrina. El industrial abona su alquiler, y dice al mismo tiempo:

— Mis criados se quejan de un niño de la casa que les escamota las salchichas... será preciso que diga Vd. á sus padres alguna cosa sobre el particular.

— ¿Y porqué no les habla Vd. mismo? objeta Mad. Rennecart...

— ¡Yo!... mover un escándalo! no, Señora, valgo yo mas que todas las salchichas de mi casa... con todo es necesario advertir á los padres...

El salchichero se va, y Mad. Rennecart se queda murmurando:

— Bien podia encargarse de ese recado y no pedirme á mí que hable á los padres del muchacho. Mr. Macabeo es un buen inquilino, y por otra parte no me gusta dar motivo para que riñan á los chicos.

Mr. Macabeo no tarda en presentarse, la vista del muñeco le hace abrir unos ojos como puños, se echa á reir y exclama :

— ¡Cómo es eso, Señora!... ¿ha puesto Vd. un juguete en el espejo?

— Yo no, es una ocurrencia de mi sobrino, que ha llegado de Rouen.

— ¿Y es un Turco?

— ¿Quién? mi sobrino! no, Señor, no es un Turco.

— No hablo de su sobrino, sino del muñeco...

— ¡Ah! el muñeco!... ya ve Vd. lo que es.

— Déme Vd. mi recibo... ¡Ah! tengo que quejarme del salchichero, porque sus criados se propasan hasta el punto de querer pegar á mis hijos. Yo no quiero que nadie pegue á mis hijos... ¿oye Vd?... así pues haga Vd. el favor de decir al salchicero que si no se enmiendan sus criados, voy á armar un escándalo en su tienda.

— Dígaselo Vd. mismo, yo no tengo que ver con eso... ni me quiero mezclar en los disgustos de los vecinos.

Mr. Macabeo toma el recibo y se va murmurando. Mad. Rennecart dice :

— ¿Qué es lo que pasa, que se quejan los unos de los otros? Pero ya son las once y media y mi sobrino no parece.

— Oigo cantar en la escalera y conozco la voz; sí, sí, tía, él es!

Con efecto Horacio entró, y después de besar á su hermana y á su tía :

— Creo que habrán Vds. tenido la amabilidad de no almorzar sin mí? preguntó.

— No, no hemos almorzado todavía, pero nos estamos muriendo de hambre... jamás estamos á estas horas sin almorzar.

— Con eso tendrán Vds. mayor apetito... y acabaremos con los despojos de la empanada de ayer.

— Ya no hay que perder un minuto, á la mesa.

Van á sentarse cuando llega el vecino de enfrente de Mad. Rennecart. Es el viejo empleado, hombre exactísimo, honradísimo, pero meticoloso y que no puede sufrir que se alteren en lo mas mínimo sus costumbres diarias.

Al pagar su trimestre, dice :

— Señora, yo soy un hombre arreglado, no incomodo á nadie, los vecinos no pueden quejarse de mí... Esto es por lo demás un deber de todo buen inquilino.

— Ya sé que es Vd. un modelo de virtud, Mr. Griboulot, y por lo mismo nadie se queja de Vd.

— Es verdad, pero yo, Señora, me veo en la necesidad de quejarme de mis vecinos. Lo que me pasa es muy desagradable, y no quiero aguantar mas tiempo; no, Señora, no quiero.

— ¿Pero qué le sucede á Vd., Mr. Griboulot?

— Me sucede, Señora, que, como es natural, tengo un ruedo delante de mi puerta para limpiarme en él los piés antes de entrar, á fin de no manchar el suelo de mi cuarto; pues bien, Señora, desde hace muchos dias nunca encuentro el ruedo en su sitio. Llego... empiezo á limpiar mis piés y noto que los restriego sobre la madera, busco entonces el ruedo y lo encuentro diez ó doce escalones mas arriba, ó delante de la puerta de su cuarto de Vd., ó en el piso principal. Vd. conoce bien que el ruedo no se va por su gusto; así pues en todo esto hay una intencion marcada de perjudicarme, hay maldad y no puedo sufrir mas tiempo.

— ¿Pero quién cree Vd. que puede ser autor de semejante broma?

— En primer lugar, Señora, yo no llamo á eso broma, sino maldad; cuando restriego mis zapatos sobre la madera, estropeo las suelas, y esto es una mala intencion, es un atentado contra mi calzado. Seguramente que no puedo indicar á Vd. quién es el que comete conmigo las indicadas tropelias, pero el vecino del tercero tiene una legion de chiquillos que no cesan de

gritar y reñir, y alguno de ellos es el criminal. Hágame Vd. el favor de decir á su padre que llevaré al cuerpo de guardia al primero que coja andando con mi ruedo...

— Vd. se servirá decírselo, Mr. Griboulot, yo no quiero meterme en camisa de once varas.

— Sin embargo, Señora, cuando se paga puntualmente...

— Los demás pagan tambien, y no hacen mas que cumplir con su deber.

— Entonces quiere decir que tendré que conformarme con buscar mi ruedo todos los dias al volver á mi casa...

— Caballero, dijo Horacio, ¿me permite Vd. que le indique un medio para evitar que se lleven su ruedo?

— Con mucho gusto, me hará Vd. un gran favor.

— Pues bien, en vez de tenerle fuera de la puerta, métalo Vd. dentro..... y de este modo nadie lo cogerá.

El viejo empleado exclama dándose una palmada en la frente:

— Y es verdad... me ha dado Vd. un rayo de luz... ¡que no se me haya ocurrido esta idea! Estando dentro, desafío á todo el mundo á que lo mueva de su sitio... doy á Vd. infinitas gracias, caballero, y quedo sumamente agrade-

cido. Lo pondré dentro, Señora, ¿lo oye Vd.? lo pondré dentro de mi cuarto.

— Hará Vd. bien.

— Y nunca fuera .. siempre dentro... siempre dentro...

Mr. Griboulot se marcha satisfecho, y Virginia riendo á carcajadas dice :

— Pero si pone el ruedo detrás de la puerta, como se abre hácia adentro, no podrá salir nunca de su casa.

— Tanto peor para él... lo principal era que nos dejase en paz, y ya ves como lo he conseguido.

— Se queja y no sabe á quién acusar.

— Yo me figuro quién puede ser el revoltoso, y eso que no vivo en la casa; apuesto á que yo sé quién es el que se divierte con el ruedo de Mr. Griboulot.

— ¿De veras?

— Lo que Vd. oye : ayer vi en la escalera á un chicuelo en cuya cara se adivinaban todas las marrullerías de que es capaz. Cuando se apercibió de mi presencia pareció disgustarse, y estoy seguro de que venia con intenciones de hacer viajar al ruedo. Pero todo esto no debe privarnos de almorzar.

— No por cierto, con tal de que no venga á molestarnos algun otro inquilino.

— Es hoy día de pago.

— ¿No sabes que estamos á 15?

— Y es verdad, ¡oh! qué dicha! Vendrá Mad. Putifar... la veré... por admirarla á mi sabor.

— ¿Qué estás diciendo, Horacio? ¿Deseas admirar á la vetusta acomodadora del cuarto quinto?

— ¡La vetusta!... pues que no es Mad. Putifar la graciosa señora que habita el cuarto cuarto?

— No tal : esa señora de quien hablas es Mad. Huberty, y no es acomodadora, porque nunca sale de casa.

— Pues para que veas, el pilluelillo que encontré en la escalera es el que me ha engañado... por lo visto, se divierte con todo el mundo... ¿Y vendrá esa señora á pagar su trimestre?

— No, ya ha venido.

— ¡Ah! tengo mala suerte ; pero en fin cómo ha de ser, almorcemos porque me estoy muriendo de hambre.

Se sientan á la mesa para almorzar cuando suena la campanilla, y se presenta el profesor de clarinete. Mad. Rennecart se apresura á tomar su trompetilla.

— Tia, déle Vd. el recibo y envíele Vd. á paseo á fin de que podamos almorzar, dice Horacio á media voz.

Pero el artista no parece tener prisa, y al mismo tiempo que cuenta el dinero, operacion que ejecuta con la mayor lentitud, se detiene exclamando con un acento lastimoso :

— Señora, he sido víctima de un funesto accidente, y desearia ser resarcido... nada mas justo... ¡oh! nada mas justo.

— ¿Le ha sucedido á Vd. un funesto accidente?

— Pues qué, Señora, ¿no ha sabido Vd. lo que ha pasado ayer en esta casa? ayer mismo.

— Nada absolutamente, caballero.

— Entonces, Señora, me veo en la precision de referir á Vd. toda la historia.

— ¡Va á contar una historia! dice Horacio á su hermana, lanzando una mirada á la empañada. No almorzaremos hoy... ya lo verás... esto es cruel!

— Señora, continuó diciendo el profesor arrellanándose en la butaca, yo poseia un excelente clarinete; ya Vd. sabe que toco este instrumento. El clarinete procedia de un aleman que lo habia recibido de las manos de Weber, el autor de *Robin des bois*. Yo no sí si Weber tocaba el clarinete, no lo podré afirmar, pero de todos modos lo cierto es que estimaba muchísimo el clarinete de que voy hablando y que al dárselo al citado aleman le dijo : « Le hago á Vd. un verdadero regalo... »

— Dios mio, ¿á dónde iremos á parar? mal-dito clarinete! murmuró Horacio lanzando un gemido.

— Y con efecto, era un instrumento delicioso. El aleman tuvo necesidad de dinero, no se con qué motivo;... sí, sí, ahora caigo: su esposa acababa de dar á luz... ¿fué una niña ó un niño?... no lo recuerdo bien.

— Aunque fuera un conejo, lo mismo da... Por favor, caballero, exclamó Horacio, tenga Vd. la bondad de concluir, aun no hemos almorzado.

El artista mira al jóven con admiracion, le saluda y prosigue:

— El aleman me cedió pues el clarinete por cien escudos, pero valia mucho mas; esto es un detalle...

— Dejemos los detalles á un lado si Vd. quiere.

— Pues, como iba diciendo, ayer salia de mi casa para ir á dar una leccion de clarinete á un jóven inglés dotado con las mas brillantes disposiciones... ya toca solos, y he compuesto para él una pieza que debe ejecutar próximamente en una reunion. Es una variacion sobre un tema favorito, sobre... espere Vd., debe Vd. conocerlo... voy á ver si me acuerdo.

Horacio impaciente toca el tambor sobre la mesa con un tenedor: el músico se vuelve hácia él y le dice:

— No, no... ¡no es ese aire!

Horacio continúa tocando, y su tia, que está lejos de él, no le oye : el profesor se decide á continuar con acompañamiento de cuchillo y de tenedor :

— ¡Ah! ya caigo, es sobre el motivo *Io son Lindoro*. Pues, como iba diciendo, mi inglés ha comprado un clarinete magnífico, pero que no vale tanto como el mio : su sonido no es tan suave, tan dulce como el que yo saco de mi instrumento, porque puedo decir sin vanagloriarme que mi ejecucion es de una pureza tan.....

— Arriba el telon... ó que me vuelvan el dinero, grita Horacio redoblando los golpes sobre la mesa. El profesor desorientado continúa :

— En fin, ayer por dar gusto á mi discípulo, que tenia un vivísimo deseo de tocar en mi clarinete, saqué de casa mi precioso instrumento para ir á darle la leccion; abro la puerta de mi cuarto, salgo, doy cuatro pasos, me escurro, caigo y mi clarinete se rompe en dos pedazos. ¿Y quién fué causa de que se rompiera? una salchicha, Señora, una salchicha planá.

— Por supuesto, dijo Horacio, no hay mas que romper un clarinete con una salchicha... eso que se lo cuenten á san Bruno.

— Pero, caballero, oiga Vd... la salchicha fué la primera causa; si no hubiera estado en el

suelo no me hubiera escurrido, si no me hubiera escurrido no me hubiera caído, y si no me hubiera caído no hubiera hecho pedazos mi instrumento.

— Debía Vd. habernos dicho todo eso en pocas palabras y no tenernos tanto tiempo esperando.

— Señora, la salchicha procede seguramente del salchichero...

— Ordinariamente ese es su origen.

— Señora, en este acontecimiento anda también mezclado un chico que pasa casi todo el día en la escalera; un descendiente de la familia israelita del piso tercero.

— ¿Y bien... y qué?

— Nada, que me he quejado á su padre, al salchichero y al comisario... He acusado á la salchicha..... no al niño; es decir, al salchichero... ¿Creerá Vd. que el comisario... ¡Ay! Dios mío... ¡qué ruido hace ese jóven sobre la mesa... ¿aprende á tocar el tambor?...

— En fin, caballero, acabe Vd.

— En fin, Señora, el comisario me ha dicho que no podía residenciar á la salchicha... no hay medio de entenderse con ese ruido;... que no era esto de su incumbencia, sino de la del portero; pero como en esta casa no le hay, debo quejarme al propietario, y por esta razón..... ¡Jesús! va á romper la mesa: por esta razón, digo, vengo á quejarme á Vd.

— Caballero, yo nada tengo que ver con las incomodidades que se ocasionan los inquilinos entre sí... hé aquí su recibo de Vd.

— ¡ Ah! con que es decir que Vd. se desentiende... entonces yo... Diablo! no se puede parar aquí... me van á dejar sordo.

El profesor de clarinete sale furioso tapándose los oídos.

— Se ha marchado... victoria! exclama Horacio... ¡ ah! parlanchin, queria tomarnos por asalto; pero vamos á ver... almorcemos por Dios, almorcemos ó me desmayo.

Los tres se sientan á la mesa, y un segundo despues... suena la campanilla.

— Aunque sea el diablo, dijo Horacio, no me muevo del sitio en que ahora estoy.

CAPITULO XIV.

SIMPATÍAS.

Virginia fué corriendo á abrir la puerta, y volvió en seguida, no con el diablo sino con el sobrino de Mr. Bouffi, quien al descubrir un jóven sentado ante una mesa bien provista, se detuvo, se ruborizó y no sabia qué partido tomar.

— Entre Vd., amiguito, entre Vd., dijo madama Rennecart... Nos hemos puesto á almorzar un poco tarde, y todavía estamos en ayunas.

— Pero vamos á dejar de estarlo, exclamó Horacio, á quien la presencia de Oswaldo no inspiró deseos de sacrificar su apetito. Ya hace bastante tiempo que jugamos al almuerzo interrumpido, y lo que es esta vez no me separo de la mesa.

— Este jóven es el sobrino del nuevo propietario de la casa...

— Aunque fuera sobrino del emperador de la China, no creo que haya motivo para que yo no

almuerce cuando me estoy muriendo de hambre. Este caballero es de mi edad sobre poco mas ó menos, debe tener buen apetito y comprenderá que cuando ha dado la una de la tarde, se desea vivamente almorzar.

Oswaldo permanece en el dintel de la puerta cortado y ruboroso.

— Es cierto... lo que dice este caballero... murmuró, y siento haber venido á molestar á Vds... pero me voy y despues volveré.

Al oir estas palabras se apresuró Virginia á decir :

— ¿Porqué quiere Vd. irse?... tiene Vd. miedo de mi hermano ?

Al saber que aquel jóven que parecia estar en su casa, era el hermano de Virginia, se dissipó todo el temor de Oswaldo, corrió y saludó á Horacio con amabilidad.

— ¡ Ah! ¿este caballero es su hermano de Vd. ?

— Para lo que Vd. guste mandar, respondió Horacio con la boca llena. Soy Horacio Bermont, sobrino de esta buena señora que ve Vd. aquí... y que todavía no se atreve á almorzar. Vamos, tia... por Dios... no sea Vd. así... siéntese Vd. á la mesa... este caballero no se incomodará...

— ¿Y si trae prisa?... tengo que darle el dinero que he recibido de los inquilinos.

— No, Señora, al contrario, nada tengo que

hacer, responde Oswaldo entrando en el aposento, y si Vd. no se opone estaré aquí mientras que almuerzan.

Virginia le ofrece una silla, cuidándose de colocarle al lado suyo, y Oswaldo se sienta diciendo :

— Pero no vayan Vds. á comer de prisa por mí... hoy soy dueño de mis acciones durante todo el día, porque mi tío ha salido con su señora y no volverán á casa tan pronto.

— Entonces... toda vez que Vd. nos lo permite, vamos á almorzar, niños... aunque por lo que veo mi sobrino no espera mi permiso...

— No, tia, no; tengo un hambre voraz, y si hubiera venido otro inquilino mas, estoy seguro de que me lo hubiera comido... pero, caballero, si Vd. quisiera ser aun mas amable de lo que es, se sentaria Vd. á la mesa y almorzaria con nosotros.

— Dey á Vd. gracias... ya he almorzado.

— Y eso ¿qué importa? se almuerza otra vez... lo que es á mí, me ha sucedido con frecuencia almorzar tres ó cuatro veces.

— Eso seria imposible hacerlo en casa de mi tío... Allí todas las operaciones están regularizadas : nos da veinte minutos para almorzar, ni un segundo mas, y despues vuelta al trabajo.

— ¿Qué es su tío de Vd.?

— ¿Mi tío? banquero... ¡Oh! hace muchos

negocios ; somos cuatro empleados en su oficina , y es tanto el trabajo , que las mas de las veces es necesario trabajar hasta las doce de la noche... A mí nada me importa esto, pero á los otros empleados les disgusta... y me parece que el tenedor de libros nos va á dejar muy pronto... á no ser que mi tio le aumente el sueldo, lo que dudo muchísimo.

— ¡ Qué calamidad !... y yo que llego á París en busca de un empleo... si pudiera pescar alguno en casa de su tio de Vd., me daria por contento. ¿ Quiere Vd. hablarle en mi favor ? Es verdad que Vd. no me conoce , pero aquí está mi tia y mi hermana, ellas dirán á Vd. que soy un chico honrado , incapaz de hacer daño á una gallina.

— No lo dudo , caballero , no lo dudo.

— Y en cuanto al desempeño del cargo que me confiaren , puedo responder de mí. Sé la teneduría de libros , las cuentas corrientes , las operaciones de los cambios con todas las plazas de Europa , y luego conozco el inglés tan bien como mi lengua. No dude Vd. que lograré salir adelante...

— Yo lo creo , y seria Vd. un empleado preciosísimo para mi tio. Yo le hablaré de Vd., le diré que Vd. sabe...

— ¡ Ah ! y además tengo una letra admirable... me habia olvidado de esto.

— Con efecto, mi hermano tiene una bonita letra, añadió Virginia, y sobre todo muy clara.

— No dude Vd., Señorita, que haré presente á mi tío todas las cualidades de su hermano, y que me consideraré muy dichoso si puedo serle útil.

Al oír estas palabras se vuelve Horacio, y tendiendo su mano al jóven, le dice :

— Toque Vd. estos cinco.

— Con mucho gusto.

— ¿Cómo se llama Vd.?

— Oswaldo Bouffi.

— Pues bien, Oswaldo, me agrada Vd... Yo soy franco, y las personas me agradan ó me desagradan á primera vista... ¿Quiere Vd. ser mi amigo?

— Eso será un honor y un placer para mí.

— Yo espero que el honor será de los dos. Venga otra vez la mano... Es cosa hecha, somos amigos y va Vd. á comer con nosotros los restos de esta empanada... no hay que excusarse... eso se come sin gana... Virginia, pon un plato y un vaso para que mi amigo nos acompañe.

La jóven obedece en seguida, y Oswaldo se sienta á la mesa entre los dos hermanos, diciéndolo al mismo tiempo á Mad. Rennecart :

— Señora, Vd. dispensará mi atrevimiento...

— Al contrario... nos hace Vd. un favor : mi

sobrino es un poco alocado, pero muy franco... mas de lo regular á veces ; y cuando le ofrece á Vd. su amistad , puede estar seguro de que se la ofrece con toda el alma.

— Yo soy lo mismo , Señora , cuando quiero á una persona la quiero de veras.

Estas últimas palabras se dirigian tanto al hermano como á la hermana , y desde que Oswaldo se sentó á la mesa , estaba Virginia tan contenta , se consideraba tan feliz , que no sabia lo que le pasaba . Untaba la empanada con manteca , y echaba el agua en el salero en vez de echarla en su vaso . Una carcajada de su hermano paralizó su accion .

— ¿ Porqué te ries de ese modo ?

— Me parece que no me falta motivo , y has de saber que me rio de tí .

— De mí... ¿ por qué razon .

— Porque haces cosas extraordinarias... ja , ja , ja... Poner manteca en la empanada... echar el agua en el salero... ja , ja , ja...

— Es posible... Dios mio...

— Yo no sé cómo tienes la cabeza , querida hermana , pero si fuera un viejo tutor , no estaria tranquilo respecto del estado de tu corazon .

Virginia se pone encarnada como una cereza , y Mad. Rennecart exclama :

— ¿ Quieres callarte y no decir semejantes

tonterías?... la haces pensar en cosas de las que no se acuerda nunca.

— ¿Vd. cree que no piensa en esas cosas?... Pero! qué veo!... tambien mi amigo Oswaldo se equivoca... iba á llevar un trozo de empanada á su nariz. ¿Come Vd. por ahí?

— Es que me he equivocado.

— Me parece mas bien galantería lo que hace Vd., puesto que se propone probarnos que mi hermana no es la única que padece distracciones.

— Le digo á Vd. que soy muy distraido, y en mi casa me riñen con frecuencia por esta causa.

— Entonces haria Vd. con Virginia una pareja admirable... Mire Vd., ahora quiere cortar el pan con el tenedor...

— Por Dios, Horacio... si me observas así, seré mas torpe todavía, y ni siquiera me atreveré á comer... además, no está bien que delante de este caballero pongas de manifiesto mi torpeza.

— ¡Bah! mi amigo te dispensará... tanto mas cuanto que hace lo posible para seguir tu ejemplo. Ea, bebamos... primero á la salud de mi tia...

— Sí, sí, á la salud de nuestra tia.

— Gracias, hijos míos, gracias.

— Al placer que disfruto hallándome otra vez entre vosotros... A la salud de mi nuevo amigo!...

Francamente, si hubiera podido imaginar que iba á tener un almuerzo tan agradable, hubiera comprado una botella de Champagne.

— ¡Cómo se entiende, exclamó Mad. Renne-
cart... gastar el dinero en Champagne!... ¿Es
eso regular? Advierto á Vd., señor Oswaldó,
que mi sobrino no es nada económico... gasta
el dinero como si fuera rico.

— No tiene Vd. razon, querida tia, puesto
que me he venido á París con un verdadero tes-
soro. Es verdad que me ha costado gran tra-
bajo privarme de gastarlo, pero ello es que lo
he traído, y á mi edad es un mérito... Y Vd.,
Oswaldó, ¿no ahorra?

— ¡Oh! no... seria muy difícil, puesto que no
me da mi tio mas que lo estrictamente necesario
para vivir.

— ¿Con que no es generoso?

— No me puedo quejar... le debo cuanto soy.
Cuando perdí á mi padre era aun muy niño,
solo tenia once años, y si no me hubiera ampa-
rado mi tio, Dios sabe lo que hubiera sido de
mí.

— ¿No tenia Vd. madre?

— Murió mucho antes.

— ¿Y no le ha dejado á Vd. nada su padre?

— Nada absolutamente.

— ¿Qué era?... desde luego no seria ban-
quero?

— ¡Oh! no... habia sido marino, despues se dedicó al comercio y enviaba mercancías á América ó mas lejos aun.

— Pero para enviar mercancías necesitaba dinero.

— Sin duda le remitian á cambio otras mercancías, y él las vendia en Francia; pero, segun mis noticias, el último navío que le traia las mercancías extranjeras se perdió, dejándole arruinado. Esto es lo que me ha referido mi tio, porque yo estaba en un colegio de París cuando mi pobre padre murió en Marsella.

— Veo, querido Oswaldo, que ni Vd. ni yo hemos sido dichosos. Su padre de Vd. murió arruinado y el nuestro se arruinó despues de muerto, es decir que sus socios se apoderaron de todo cuanto poseia, y lo vendieron... teniendo sin embargo la bondad de decirnos que el honor de nuestro padre quedaba en salvo y que no les quedaba á deber nada. Pero somos jóvenes... y nos conquistaremos con nuestro trabajo una fortuna. ¿Qué necesitamos? fuerzas..... ánimo..... ¡Bah! todo eso lo tenemos, ¿no es verdad? ¿Vd. se halla animado?

— Lo que es yo... sí... creo que sí...

— Parece que lo pone Vd. en duda... no importa, yo prestaré á Vd. ánimos... para avanzar no hay nada tan eficaz como el ejemplo... Y ahora que ya hemos almorzado, querida tia,

¿nos puede Vd. obsequiar con una taza de café?

— ¡Eh! ¿qué dices?

— Le pido á Vd. una taza de café.

— ¡Café! no puede ser... Eres un sibarita, y nosotros vivimos con mas modestia que todo eso... sino, seria difícil que asistiéramos á todas nuestras necesidades.

— Cuando yo satisfago una cualquiera, no me acuerdo de las demás. Oswaldo, acabe Vd. cuanto antes sus cuentos con mi tia y vámonos, voy á llevarle á Vd. á ver mi casa... anoche di un baile en ella... despues le convidaré á Vd. á café.

— ¡Cómo! ¿vas á llevarte á este caballero? dijo Virginia haciendo un gesto que merecia ser pagado con un beso. Y tú ¿que sabes si quiere mejor irse que quedarse?... yo hubiera ido á buscar el café...

— ¡Bah! déjanos en paz, queremos pasearnos como buenos amigos y despues jugaremos al billar... Juega Vd., Oswaldo?

— Ni siquiera doy bola... por lo demás nunca he cogido un taco...

— ¿No sabe Vd. jugar al billar?... bien se ve que su tio de Vd. se cuida poco de completar la educacion de su sobrino; pero yo enmendaré su falta, yo le enseñaré á Vd. : eso se aprende en seguida, y tendrá Vd. motivo para enorgullecerse de su maestro.

Mientras que los jóvenes charlan, Mad. Renecart reúne el dinero que tiene que entregar al sobrino del casero. Entretanto Virginia se acerca á ella, le coloca la trompetilla en el oído y le dice con acento melancólico :

— Tía, mi hermano se lleva al señor Oswaldo... le va á hacer jugar al billar y no sabe... Se va á fastidiar, y estoy segura de que le gustaría mas no ir... ¿porqué no se lo advierte Vd. á Horacio ?

La buena señora se vuelve hácia su sobrino, exclamando :

— Cómo, ¿vas á jugar al billar, y te llevas á este caballero ?

— ¿Y qué mal hay en eso?... acaso no deben divertirse un poco los jóvenes?... además hoy es domingo. Esté Vd. tranquila... seremos buenos... yo respondo de mi amigo, y él no responde de mí... así pues no se hallará en un compromiso. Vamos, Oswaldo, recoja Vd. el dinero y partamos... ¿Qué mira Vd. con tanta atención ?

— Miro el muñeco que está colgado del espejo...

¡ Ah ! es una invención mía, una campanilla especial para que mi tía no deje á la puerta á los que vengan á visitarla... pienso pedir un privilegio... Ea, ya estamos listos... en marcha.

Oswaldo saluda á las señoras diciendo :

— Hoy mismo hablaré á mi tío de mi amigo

Horacio, y vendré á decir á Vds., lo que resuelva.

— Sí, sí, exclamó Virginia, vendrá Vd. por la noche, ¿no es verdad?... así está Vd. seguro de encontrar... á mi hermano.

— No tenga Vd. cuidado, Señorita, vendré despues de las nueve, porque rara vez salgo antes del despacho.

— Con que ¿viene Vd., sí ó no? dijo Horacio cogiéndose del brazo de Oswaldo; si hacemos caso de mi hermana, no tomaremos hoy café.

Y al decir esto echó á andar llevándose á su amigo, que no pudo menos de dirigir una última mirada á Virginia: la jóven le habló con el mismo lenguaje, que á decir verdad es el único idioma universal posible.

CAPITULO XV.

EL TESORO ESCONDIDO.

Horacio conduce á su nuevo amigo hasta su cuarto, le deja disfrutar de la agradable vista de su ventana, le refiere que de las siete noches de la semana lo menos cuatro puede bailar en su casa al son de la música de su vecino, y Oswaldo juzga todo esto encantador, porque la modesta buhardilla de la casa de su tío en donde habitaba era infinitamente peor que el cuarto de Horacio. Este último termina sus elogios diciendo á Oswaldo :

— Ahora que sabe Vd. las comodidades de mi habitacion, como entre amigos debe reinar la mayor franqueza, cuando Vd. quiera bailar gratis con su querida, tráigala Vd. algun sábado á las once de la noche, y se pondrán Vds. de polkas y mazurkas como chupa de dómine.

Oswaldo, ruborizándose todo lo posible, responde :

— Yo no tengo querida...

— ¡Cómo! ¿ni siquiera un trapicheo?

— Nada absolutamente.

— Eso me maravilla... yo tenia en Rouen tres hembras de lo lindo, verdad es que mi posicion en casa de un confitero facilitaba mis conquistas. Las mujeres son tan golosas!... con una caja de dulces adelanta uno en una hora lo que otros no consiguen en un año... pero tampoco faltan en París ocasiones...

— ¿No ve Vd. que paso todo el dia en el despacho de mi tio, que como con él y que despues de comer vuelvo á trabajar hasta las nueve y á veces hasta mas tarde?... en dónde he de encontrar las ocasiones?

— Es verdad... sin embargo lo que es á las nueve no se acostará Vd.

— No por cierto... en verano me voy á pasear...

— Pues bien, al pasearse se ven caras bonitas...

— Sí... pero nunca llevo un sueldo en el bolsillo.

— ¡Pobre muchacho!..... le compadezco á Vd... porque sé que no hay nada en el mundo que inspire mas timidez que la falta de *cumquibus*... pero sabe Vd. que voy viendo que su tio es un tirano... no dar á Vd. dinero! No se reduce todo á comer y á vestirse... á nuestra edad es preciso poder disponer de algunos fon-

dos... á veces se ocurre jugar al billar... tomar café...

— Jamás he entrado en un café.

— Estamos aviados... este jóven es una vestal! Vamos, vamos, yo voy á introducir á Vd. en el mundo, y si entro en la oficina de su tío, como siempre estaremos juntos, me encargaré de ampliar la educacion de un amigo tan querido como Vd... entretanto le daré hoy una leccion de billar.

Horacio lleva á Oswaldo al café, le obliga á tomar ron, ponche, le hace jugar al billar, y se complace al ver que aprende todo lo que le enseña con gran facilidad. Por último, á las cinco los dos jóvenes se separan, y Oswaldo dice á Horacio que al dia siguiente por la noche irá á casa de Mad. Rennecart para comunicarle la respuesta que le dé su tío.

El banquero estaba ya de vuelta en su casa, y le sorprendia que su sobrino no hubiese ya llegado con el dinero de los inquilinos. Su impaciencia era grande, se paseaba por su cuarto, bajaba á su despacho, volvía á subir y decia á su esposa :

— ¿Concibes lo que pasa? pronto darán las cinco, y Oswaldo no ha vuelto todavía... se fué á las doce y media para cobrar los alquileres de la casa de la calle *du Temple*... y desde entonces nadie lo ha vuelto á ver.... yo pregun-

to... ¿qué puede hacer por ahí ese muchacho?

— Habrá ido á pasear.

— A pasear!... no se va á pasear cuando se lleva mucho dinero encima... lo demás sería cometer una imprudencia.

— ¿Crees acaso que Oswaldo es capaz de hacer mal uso del dinero que ha ido á recoger? me parece que no hay motivo para dudar de la conducta siempre ejemplar de tu sobrino.

— Yo no pienso mal de él, y no creo haber dicho semejante cosa... no ignoro que es un muchacho muy juicioso... incapaz de faltar á sus deberes... ya se ve, siempre ando encima de él... pero en fin son las cinco... supongamos que haya estado una en casa de Mad. Renne-cart, y aun esto es mucho, lo primero que ha debido hacer ha sido traer el dinero á casa y despues marcharse si deseaba pasear... no ha vuelto... luego tengo razon para preguntarme dónde puede estar. No puedo imaginarme ni por pienso que se haya escapado con el dinero... pero como él no es muy avisado... puede muy bien dejarse engañar... en París no faltan pillos... y todos ellos tienen una nariz excelente para adivinar quiénes son los que llevan en el bolsillo cantidades algo considerables.

— Oswaldo no es tan tonto como crees, y no le robarán tan fácilmente.

— Los mas listos caen en la red... todo de-

pende de la mayor ó menor habilidad de los que roban... pero lo cierto es que no viene y ya son las cinco y diez minutos en mi reloj.

— Sabe que no comemos hasta las seis y media, y por eso...

— Cuando hay que rendir cuentas no se llega precisamente en el momento de sentarse á la mesa.

— ¿Y si hubiera encontrado al venir algun conocido?...

— ¡Algun conocido! Oswaldo no conoce á nadie mas que á las personas á quienes ve en casa, y está segura de que ninguno de nuestros amigos querrá ponerse á hablar con mi sobrino en medio de la calle. Confieso que empiezo á abrigar serios temores... Oswaldo parece muy juicioso, muy pacífico... pero ¿quién me dice que todo esto no oculta violentas pasiones que solo esperan una ocasion para manifestarse?

— ¿Violentas pasiones?... tu sobrino... ja, ja, ja! me haces reir de veras.

— Dichosa tú que todo lo tomas á risa. Lo que pasa es en mi concepto mas grave de lo que parece.

— ¡Grave!... ¿pero tan crecida es la cantidad que ha debido recoger Oswaldo?

— Mil y cien francos, nada menos.

— ¡Mil y cien francos!... ¿y por una suma tan miserable estás tan preocupado y tan aba-

tido? Yo me acuerdo haberte oído decir con frecuencia: He prestado á Floquart mil... dos mil francos para el juego... en una tertulia... y estoy seguro de que no me los devolverá nunca. ¿Porqué entonces no te apurabas como ahora?

— No es lo mismo una cosa que otra... Floquart me proporciona á menudo negocios magníficos... y por lo demás, siempre me ha devuelto lo que le he prestado... hacia mal en creer lo contrario... Las cinco y cuarto... ¡Ah! ya no espero mas... me voy volando á mi casa de la calle *du Temple*, preguntaré á Mad. Rennecart si ha entregado á mi sobrino el importe de los alquileres, y en caso afirmativo iré á la prefectura, y haré que se dediquen los agentes de la autoridad á averiguar su paradero, para...

Mr. Bouffi no habia terminado su frase cuando se abrió suavemente la puerta de la sala y se presentó Oswaldo. El jóven salió del café á las cinco, pero aunque anduvo muy de prisa necesitó un cuarto de hora para llegar desde el *boulevard du Temple* á la calle de *Provence*, donde vivia el banquero. Se hacia la ilusion de que su tio no habia vuelto, pero al saber por los criados que ya hacia bastante tiempo que habian llegado Mr. y Mad. Bouffi, presumió Oswaldo que le reñirian, y por esta razon se presentó á su vista casi temblando.

— Gracias á Dios, caballerito, exclamó el

banquero al ver á su sobrino, de cuya timidez no formó buen concepto; ¿podremos saber de dónde viene Vd.? le parece á Vd. regular volver á las cinco y cuarto, cuando debió Vd. estar de vuelta á las dos de la tarde?

— Tio, perdone Vd... yo creí... yo me figuré...

— Ante todo... el dinero de la casa... son mil y cien francos los que debe Vd. entregarme... ¿los tiene Vd.?...

— Sí, tio... aquí los tiene Vd... mil y cien francos.

Oswaldo sacó de su bolsillo el oro y los billetes y los colocó sobre un velador. La vista del dinero calmó mucho á Mr. Bouffi, se apresuró á contar, y hallándolo completo, se sentó en una butaca, añadiendo con un acento algo mas dulce:

— Pero vamos á ver, ¿en qué consiste que has venido tan tarde? nunca se va á pasear llevando encima una suma tan crecida como la que has traído... esto es una imprudencia!... puede perderse... puede... ¡calle!... es singular... Acércate... mas... mas... no me equivoco... hueles á ponche... ¿qué significa esto? Luego vienes de beber..... responde Vd. en seguida sin mentir.

— Sí, tio, sí; acabo de beber ponche, y no creo haber obrado mal.

— Cómo que no!... beber ponche de día es un desarreglo... es una orgía... por la noche puede pasar. ¿Tanto dinero tienes, que no te cuesta trabajo derrocharlo?

— Ya sabe Vd., tío, que no tengo dinero para gastarlo en diversiones... si he bebido ponche es porque me han convidado.

— ¡Ah! eso es otra cosa... ¿y quién te ha convidado?

— Un jóven á quien he conocido esta tarde, y de quien me he hecho amigo íntimo.

— Eso ha sido al vapor... murmuró la esposa del banquero hojeando al mismo tiempo un periódico de modas.

— ¡Eh! ¿qué tal?... no te parece que este chico es de fiar respecto de su juicio y de su experiencia para no ser engañado? exclamó Mr. Bouffi dirigiéndose á su esposa... ha conocido á un jóven esta tarde y ya es su amigo íntimo!... ese jóven olería que llevabas encima la cantidad que me has traído y te ha convidado á ponche con intencion de emborracharte para robarte luego.

Al oír acusar de este modo á su nuevo amigo, experimentó Oswaldo un sentimiento de indignacion que le dió una energía como nunca habia demostrado, y levantando la frente respondió con firmeza:

— El jóven á quien he dado ya el nombre

de amigo no es un cualquiera, es un sobrino de Mad. Rennecart; le he encontrado en casa de su tia, y allí, en presencia de esta buena señora, ha comenzado nuestra amistad. Es un jóven honrado que acaba de llegar de Rouen, donde ha desempeñado por espacio de mucho tiempo el empleo de tenedor de libros en la casa de un rico negociante; habla y escribe el inglés lo mismo que el francés, sabe perfectamente las operaciones de los cambios, por fin se halla en el caso de poder desempeñar el cargo de dependiente principal en cualquiera de las casas de Banco mas importantes de París. Todo esto era lo que me proponia decir á Vd., tomándome la libertad de recomendarle á Horacio Bermont. Podria ser sumamente útil y se alegraria mucho de ser colocado en las oficinas de Vd.

— ¡Hola!... ¿con que ese jóven desea una colocacion... y te ha pedido que me le recomiendes?...

— Sí, Señor...

— ¡Buen protector se ha echado! Además, como tú conoces, no es una recomendacion para un jóven el irse á beber ponche por el dia...

— Hoy es domingo, tio.

— Pues no faltaba mas sino que hubieras ido al café en un dia de trabajo... que es lo que ha-

ria probablemente tu amigo *íntimo* si entrase á mi servicio.

— No crea Vd. tal cosa.

— De todos modos, como no hay ninguna plaza vacante... como no necesito mas empleados que los que tengo, tu Horacio podrá hacer lo que mejor la plazca.

— ¿Es decir que no quiere Vd. colocarle?

— Es decir... que no necesito mas gente de la que hay para el desempeño de mis negocios.

— Sin embargo... á veces... sucede...

— Basta ya... cálese Vd.

— Sí, Señor, me callaré... pero lo siento por su familia... que es tan buena.

— ¿Qué familia?...

— La de Horacio... su hermana Virginia... su tia Mad. Rennecart... las dos gentes honradas que deberian ser ricos pero que las desgracias han reducido á una semi-pobreza.

— Todas las familias pobres han tenido desgracias... eso es de ene.

— Pero las de la familia de Horacio no son un cuento. El hermano de Mad. Rennecart, el padre de Horacio, poseia una preciosa casa de campo... justamente al lado de la que Mr. Duvalloir quiere vender en Montagny-sur-Oise.

— ¿Quién te ha contado todo eso?

— Mad. Rennecart. Su hermano habitaba en la quinta, y ella estaba á su lado. Como era

viuda, la buena señora cuidaba de sus hijos... y segun parece habia en la posesion un hermoso prado... conocido con el nombre de el Prado de Amapolas.

— El Prado de Amapolas, dijo Mad. Bouffi... ¡qué bonito nombre! francamente, me gusta mas que el de la Casa de los sicomoros.

— ¿Y por qué razon vendió su propiedad el hermano de Mad. Rennecart?...

— No la vendió, pero se murió de repente; y entonces como estaba comprometido en varias empresas, sus consocios dijeron que les habia quedado á deber dinero, trabajaron para que se vendiera en su provecho la casa, y todo se hizo tan bien que no quedó nada absolutamente á los hijos de Mr. Bermont.

— Eso sucede todos los dias...

— Pero no es eso solo... lo mas cruel es otra circunstancia que aumenta mucho mas la desgracia de los huérfanos.

— ¡Otra circunstancia!

— Figúrese Vd., tio, que el padre de Horacio... tuvo la humorada de esconder, no se sabe si monedas de oro ó de plata... pero en fin un tesoro... en el prado de que he hablado á Vd. antes.

— ¡Bah! bah!... ese es un cuento de muchachos...

— No, tio, no es un cuento. Mad. Rennecart

es quien me lo ha dicho. Su hermano solia pasear muy de mañana en el Prado de Amapolas, y al volver de su paseo favorito le encontraba algunas veces Mad. Rennecart, y al preguntarle de dónde venia: « Vengo, le contestaba Mr. Ber-mont, de hacer una visita á mi tesoro: » Su hermana creyó al principio que era broma, pero habiendo escuchado de sus labios en muchas ocasiones la misma respuesta, le dijo un dia:

— ¿Pero es verdad lo que me cuentas, has escondido un tesoro en el Prado de las Amapolas? Y su hermano le respondió:

— Sí, mujer, es una sorpresa que preparo á mi hijo y que le ofreceré cuando se halle en edad de aprovecharla.

— ¡Es cosa singular!... y ese tesoro... lo han encontrado otros, ¿no es verdad?

— No, Señor... La desgracia fué que Mr. Ber-mont cayó enfermo de repente, y murió al cabo de tres dias sin que su hermana le preguntase el sitio donde tenia oculto el tesoro, porque de este modo le hubiera dado á entender que se acercaba la hora de su muerte... así pues llevó á la tumba su secreto.

— Pero sus herederos habrán tratado de buscar el tesoro... habrán mandado hacer excavaciones...

— No era posible... el prado tiene lo me-

nos veinte fanegas de tierra, y no sabiendo ni aproximadamente el sitio, era difícil... yo creo que no intentaron nada para descubrir el tesoro, y despues como la propiedad pasó á otras manos, se vieron en la precision de abandonarla.

— Hé ahí una historia que parece una novela, dijo Mad. Bouffi... un tesoro escondido... su ocultador muerto de repente... sus hijos obligados á abandonar la casa paterna... no está mal ideado todo eso.

— Lo que es por mí, confieso que no creo una palabra de todo cuanto han dicho á mi sobrino. El tesoro es pura invencion... un medio para aparecer interesantes á los bobos que se tráguen todas esas fábulas...

— Mad. Rennecart no es capaz de mentir.

— Basta ya... coge ese dinero y ven conmigo para guardarlo en caja.

Oswaldo no se atreve á replicar, toma el dinero del velador y sigue al banquero, quien baja á su despacho, abre la caja y coloca en ella la suma recibida de Mad. Rennecart. Todas estas operaciones las ejecuta con un aire severo y sin pronunciar una palabra : despues se sienta y reflexiona. El sobrino espera que su tio le mande retirarse, pero en vez de darle esta orden, Mr. Bouffi se vuelve hácia él, le mira fijamente y le dice :

— Vamos á ver, Oswaldo... ¿es cierto todo lo que nos has contado?... Esa historia del tesoro escondido en el Prado de las Amapolas, ¿no crees que será una novela?

— Por mi parte no dudo de su veracidad, y si Vd. conociera á Mad. Rennecart, pensaria Vd. como yo : esta buena señora es tan honrada... tan incapaz de engañar á nadie... y por otra parte, ¿qué interés puede tener en mentir?

El banquero reflexionó algunos instantes, y despues dijo á su sobrino :

— Oswaldo... cuidado con hablar á nadie de esa historia... de ese tesoro... No hay necesidad de que se sepan los secretos de una familia... así pues te mando que guardes el mayor silencio...

— No me diga Vd. mas... y si se lo he contado á Vds. ha sido porque... en fin... ¿Con que respecto de Horacio... el sobrino de Mad. Rennecart... no se decide Vd. á emplearle?... Tiene una letra magnífica!

— Ya te he dicho que por ahora no se halla vacante ninguna plaza... Déjame solo.

Oswaldo se alejó diciendo para sí :

— Ahora no, pero al fin del mes habrá una plaza si mi tio no aumenta el sueldo al tenedor de libros.

CAPITULO XVI.

EN LA ESCALERA.

Oswaldo no dejó de ir al dia siguiente por la noche á casa de Mad. Rennecart y encontró, como esperaba, á Virginia; pero Horacio no estaba, porque se habia permitido convidarse al teatro.

— Y bien, amigo mio, preguntó al jóven Mad. Rennecart, ¿trae Vd. buenas noticias para mi sobrino? Deseo vivamente que encuentre pronto una ocupacion, porque sino, yo le conozco, y va á acabar en cuatro dias con los ahorros que ha hecho en Rouen... Me ha prometido ser juicioso, económico; pero no puede... ya ve Vd... esta noche se ha ido al teatro...

— Habiendo estado tres años fuera de París, dijo Virginia, nada hay mas natural que su deseo de ir al teatro, puesto que muchas personas vienen desde muy lejos por el ferro-carril para asistir á las representaciones parisienses... solo Vd. y yo no vamos nunca.

Y la jóven lanzó un profundo suspiro, al que respondió Oswaldo con otro parecido, porque pensó :

— Si yo tuviera dinero compraria billetes, diria que me los habian regalado y los ofreceria á estas señoras, las que no dejarian de aceptarlos en la creencia de que no me costaban nada... En lo sucesivo, en vez de comprar libros..... ahorraré lo que pueda para comprar billetes de teatro.

— Señor Oswaldo, dijo Mad. Rennecart, aun no me ha respondido Vd... ¿qué es lo que ha dicho Mr. Bouffi sobre la pretension de mi sobrino?

— Mi tio me ha dicho que no habia por ahora ningun puesto vacante, pero que mas tarde veria...

— Pues... ya comprendo... una respuesta que equivale á una negativa... Y Horacio, que se creia ya empleado... todo lo ve ese chico de color de rosa...

— ¿Y no es mejor qué verlo todo negro? añadió Virginia.

— Sobrina, en esta vida es necesario ver las cosas tales como son. De este modo no se hacen ilusiones, que al fin y al cabo no tienen resultados.

— Señora, yo aseguro á Vd. que abrigo muchas esperanzas; es mas, sé de fijo que al fin

del mes se irá de la oficina uno de los empleados principales, y entonces habrá una plaza vacante.

— Pero su tío de Vd. habrá pensado en otro para reemplazar al dependiente que se marcha.

— No, Señora, porque no sabe que piensa despedirse si no le aumenta el sueldo; y se guardará muy bien de dejar traslucir sus intenciones, confiando, como confía, en que cogiendo desprevenido á mi tío le obligará á pasar por lo que él quiera.

— ¡Ah! sí... ya comprendo... de esa manera quizás se llegue á conseguir alguna cosa...

El jóven permaneció bastante tiempo en casa de Mad. Rennecart so pretexto de esperar á Horacio, á quien deseaba dar las buenas noches, pero á las once y media le despidió la buena señora diciéndole :

— Mi sobrino no vendrá á vernos al salir del teatro, se irá derecho á casa y otro día le podrá Vd. ver.

Oswaldo no tenia tanto interés en ver á Horacio como en estar el mayor espacio de tiempo posible al lado de Virginia; pero siendo amigo íntimo de su hermano, se alejó de ella con menos pesar que otras veces, porque podia volver á su casa mas á menudo que antes.

Al entrar Horacio al día siguiente en la morada de su tia, donde le esperaba el almuerzo, preguntó :

— Vamos á ver, ¿cuándo me debo presentar al famoso banquero... Mr. Bouffi de Nogent, que paga tan poco á sus dependientes, segun me ha dicho su sobrino? Voy á ponerme elegantísimo, porque es preciso bien parecer cuando se va á una casa á pedir algo... Tia, me prestará Vd. uno pañuelo bordado de tres puntas de los que usa mi hermana y haré con él una corbata blanca digna de un diplomático.

— Es inútil que pierdas el tiempo en hacerte corbatas blancas : el banquero ha respondido que no tiene necesidad de empleados.

— ¡Bah!... si él hubiera sabido lo que valgo, no hubiera dado esa respuesta.

— Querido mio, tú vives de ilusiones : los destinos no andan tan abundantes como crees, y mientras pescas uno, en vez de ir al café por la mañana y al teatro por la noche, debias mirar con mas amor á tu dinero.

— ¡Bueno!... una reprimenda!... no me faltaba mas.

— Yo no te riño, pero querria que fueras mas razonable.

— ¡Ah! quien tuviera la suerte de mi hermano..... poder ir al teatro! murmuró Virginia.

— Te llevaré, querida hermana y á la tia tambien, porque Oswaldo me ha dicho que á fin de mes estará colocado.

— Es maravilloso!... nada le desanima.

— No, tia, no, porque van á mi lado la juventud, la voluntad, la perseverancia, y con esto se llega á todas partes.

— Y nuestro hermoso prado, Horacio, ¿crees aun que volverá á ser nuestro?

— ¿Pues no lo he de creer?... y ahora mas que nunca.

— Pero, señor sobrino, ¿quiere Vd. decirme en qué se funda su esperanza de volver á poseer la propiedad de su padre?... porque aunque alcance Vd. un destino, no creo que su sueldo le proporcione á Vd. los medios de comprar una casa de campo tan preciosa.

— Es cierto, tia, tendria que ahorrar mucho... pero ¿ha olvidado Vd. el tesoro... el tesoro que mi pobre padre escondió en el Prado de Amapolas? Pues bien, con este tesoro compraré la casa y volveremos á ser propietarios.

— ¡Con el tesoro! pero, hombre, si no sabes en qué paraje lo ocultó mi hermano.

— Si lo supiera, no tendria gracia. La sagrada Escritura dice: «Buscad y encontraréis...» Yo buscaré...

— ¿Y cómo buscarás, si estamos en París, y el tesoro se halla á doce leguas de distancia?

— No siempre hemos de permanecer en París... y además, ¿qué son doce leguas ahora que hay ferro-carriles? No se tarda dos horas en

llegar, y no tengo necesidad de Vd. para ir á buscar el tesoro.

—¿Pero te olvidas de que la casa no pertenece ya á tu padre, y de que no tienes derecho para practicar las excavaciones necesarias en el prado?... ¿No conoces que aun cuando descubrieras el tesoro, te verías en la necesidad de compartirlo con el actual propietario de la quinta?

— En cuanto á eso no estoy de acuerdo con Vd., porque no se trata de un encuentro inesperado, sino de un bien que me pertenece, puesto que fué depositado por mi padre; y no creo que nadie me pueda disputar el derecho de poseerlo.

— Pues yo estoy persuadida de que habria pleito... pero aun no hemos llegado á encontrar el tesoro... ¡ay! pobres hijos míos, si fundais vuestra esperanza de fortuna en el hallazgo de ese tesoro, mucho me temo que seais pobres toda la vida!

Virginia se marcha á su obrador, y Horacio, que no tiene nada que hacer, se dice :

— Mientras que encuentro el tesoro que hay allá abajo, me gustaria buscar el que está arriba... porque es un verdadero tesoro la mujercita del cuarto cuarto... Son las nueve, y no es posible que esa señora esté sin salir hasta la noche, aunque haya hecho sus provisiones de boca para el dia, lo que no es probable. Voy á insta-

larme en la escalera, y como mi hermosa morena no puede escaparse por la ventana, la veré al pasar y no le diré nada que me haga aparecer á sus ojos como un atrevido... No es este el medio de conseguir la buena voluntad de la vecina.

Horacio se cala su gorra de estudiante y se dispone á salir.

— ¿Te vas? pregunta Mad. Rennecart á su sobrino.

— Sí, tia, me voy á pasear un poco... á ver si encuentro algun antiguo amigo que me pueda ayudar á buscar un empleo.

— Puesto que no tienes que hacer otra cosa mas importante, te agradeceré mucho que veas al vidriero de la casa, porque hay muchos cristales rotos en la escalera, y hay que ponerlos nuevos... toma sus señas... calle del Pont-aux-Choux.

— Corriente, tia... iré.

— Mr. Boheme... dile que venga lo mas pronto posible...

— Está muy bien... ¿y Vd. no piensa salir hoy?

— No... tengo en casa ya todo lo necesario... madrugo mucho... pero ¿porqué preguntas eso?

— Por nada... por saber si necesitaba Vd. algo mas.

— Gracias... pero no creas que seria yo quien te enviase á buscar comestibles.

— ¿Porqué? ¿Cree Vd. acaso que me engañarían?

— No diré yo que no.

— Hace Vd. mal... porque nadie me gana á conocer los huevos que son frescos...

Horacio guarda las señas del vidriero, y despues de salir cerrando la puerta del cuarto de su tia, se dice :

— En la escalera es donde voy á pasearme... Quiero ver á la vecina del cuarto cuarto, y andaré de arriba abajo hasta que la vea... El vidriero se quedará para mas tarde... Diablo... pues no arman poco ruido en el cuarto tercero... la puerta de la cocina está abierta... la de enfrente tambien... no hacen mas que ir... permanezcamos en nuestro piso.

Era la hora en que almorzaban los Macabeos; los niños no hacian mas que correr de la cocina á la habitacion, la criada reñia á los angelitos, la madre reñia á la criada, y Mr. Macabeo reñia á todos. La cotorra de cuando en cuando amenizaba la funcion gritando : *Armas al hombre!... arr... Presenten armas!...* Todo este bullicio taladraba los oidos.

Horacio, decidido á esperar, miraba de abajo á arriba diciéndose :

— Cuando concluyan de almorzar, cerrarán las puertas y cada cual se encerrará en su cuarto... Entretanto quizás bajará la vecina.

Trascurrió un cuarto de hora, se cerraron las puertas del piso tercero, y Horacio se dispuso á subir, creyendo que cuanto mas cerca estuviese de la habitacion de ella, mejor podria informarse de si estaba ó no estaba en casa; pero al subir dos ó tres escalones vió bajar á Jonás, reconociendo en él al chico que le dijo que la hermosa vecina era acomodadora de un teatro. Horacio se detiene y le mira sonriéndose. Jonás por su parte hace lo mismo, pero no oculta el mal humor que le causa su encuentro con el jóven...

— ¡Calle! el jóven Jonás, exclama Horacio, hijo de Mr. Macabeo, negociante en todo lo que quiere y que habita en el piso de arriba...

— Sí, Señor, yo soy... ¿qué hace Vd. aquí?... porqué anda Vd. siempre en la escalera?

— Otro tanto podria decirte, porque siempre te encuentro en ella... ¿Sabes que estoy enfadado contigo?... el otro dia te pregunté quién era una señora que vive en el cuarto cuarto, y me respondiste lo que no era.

— Yo respondí bien... Vd. fué el que no me entendió.

— Veo con disgusto que me tratas con muy poca amabilidad..... pero ¿qué es lo que tienes en la mano izquierda? Dios me perdone si no es un hilo de pescar... ¿Vas á pescar, pichon?

— Pescaré si me da la gana... ¿á Vd. qué le importa?

— Decididamente no quieres que seamos amigos... no he tenido la dicha de agradarte...

— Me carga Vd.

— ¡Hola! pues ten cuidado, porque acostumbro á sacudir el polvo á los que no me aprecian... pero desearia saber si te propones pescar algo... Si en el patio hubiera pozo, ¡bah! diria : ha visto algun pez y quiere condenarle á la sartén... pero como no hay mas que pompa... no te pongas así, tonto... yo no quiero estorbar tus intenciones; lo único que quiero que me digas, puesto que pasas la vida en la escalera, es si has visto subir ó bajar desde esta mañana á la vecina del cuarto cuarto, no á madama Putifar, sino á la del piso mas abajo... una señora jóven... morena.

— Sí... sí... la mujer que se esconde...

— ¿Porqué designas de ese modo á la vecina y hablas de ella con ese tono desdeñoso?... La mujer!... vaya una crianza... ¿porqué no dices : la Señora?...

— Yo digo lo que dice mi criada Nohema cuando la ve pasar : ahí va la mujer que se esconde...

— Puesto que no haces mas que repetir las palabras de tu criada, no me admiro de tu lenguaje... ¿Y porqué supone la señora Nohema que se esconde?... ¿En qué se funda?...

— Yo no lo sé, vaga Vd. á preguntárselo.

— Tantas gracias, jóven pescador, por tu amabilidad... ahora díme otra cosa y despues te dejaré pescar á tus anchas... ¿has visto hoy á la señora de quien te hablo?...

— La mujer que se esconde... ha salido, como tiene de costumbre, á las ocho, y media hora despues ha vuelto con su cesta... de la plaza.

— Con que es decir que ha salido y ha vuelto... ¿estás seguro?

— Si la he visto subir, ¿no he de estarlo?... por cierto que asomaban por la cesta las patas de una gallina...

Horacio sabe cuanto deseaba saber. La hermosa morena habia salido y ya estaba de vuelta. En seguida, dejando á Jonás con sus anzuelos, subió á toda prisa los escalones que conducian al piso cuarto : al llegar abrió la ventana de la escalera que daba al patio, y pudo descubrir las dos ventanas de la habitacion ocupada por la señora á quien Nohema llamaba : « la mujer que se esconde. »

Pero las dos ventanas se hallaban cerradas, y á través de los cristales solo se veian unas cortinas tambien herméticamente cerradas.

— ¡Diablo! se dijo Horacio, ahora empiezo á creer que en efecto se esconde esta señora. Pero aun es temprano, y acaso tendrá necesidad

de volver á salir, ó por lo menos querrá tomar el aire y abrirá las ventanas... Esperemos... si yo cantase... me han asegurado que tengo una bonita voz, y quizás llamaria la atencion de Mad. Huberty... Yo sé su nombre, pero ella creeria que era un ciego de la calle y me echaria dos sueldos... Esto me humillaria... no, mejor es no cantar.

Horacio estuvo á la ventana un buen rato sin mirar hácia abajo, porque acechaba las ventanas que tenia al lado. Sin embargo al dirigir una mirada involuntaria al patio, vió el hilo de pescar del pequeño Jonás que pendia de la ventana del piso segundo : el hilo llegaba hasta al patio y tenia sujetos en la punta dos anzuelos y una piedrecita para poder dirigirlos con mas certeza.

De cuando en cuando el jóven pescador imprimia á su hilo un movimiento que debia necesariamente enviar la piedra y los anzuelos á la ventana del laboratorio del salchichero : como la ventana estaba siempre abierta, no era fácil que rompiese ningun vidrio; pero, en cambio, como sobre el alfeizar habia siempre salchichas, chuletas ó embutidos, podia muy bien, gracias á los anzuelos, pescar alguno de los objetos destinados á la tienda del salchichero.

Jonás lo habia calculado todo admirablemente, el hilo alcanzaba muy bien á la ventana

desde el segundo piso : desde el principal podian verle, y tomó sus medidas en regla. Hé aquí el motivo por el cual habia manifestado tan mal humor al encontrar á Horacio en la meseta de la escalera que habia escogido para llevar adelante su empresa.

Horacio rie á carcajadas al comprender el género de pesca á que está dedicado el descendiente de los Macabeos, y durante algun tiempo observa con atencion los movimientos del hilo bramante; pero aunque Jonás dirige sus anzuelos á la ventana... el pescado no pica.

— Voy á pasarme todo el dia sin ver á esa señora! murmura Horacio, en el que la paciencia no es la principal de las virtudes. Pero de pronto se da una palmada en la frente y exclama :

— ¡ Que imbécil soy!... tengo un pretexto naturalísimo para llamar á su puerta, mi misma tia me lo ha proporcionado, y estoy aquí hecho un papanatas... Puesto que voy á ir á buscar al vidriero, es necesario que me informe de si hay ó no cristales rotos en los cuartos de los inquilinos... no hay que pensarlos mas... llamemos.

La puerta tardó en abrirse un poco, y al fin apareció Mad. Huberty, sorprendiéndose al ver á Horacio. Sin detenerse le pregunta lo que desea, y este, sin cortarse, despues de hacerle muchas cortesías responde :

— Dispense Vd., Señora, si vengo á molestarla... no sé si me reconocerá Vd... soy el sobrino de Mad. Rennecart... Ya he tenido el gusto de ver á Vd... otra vez;... Vd. fué quien me indicó la habitacion que ocupaba mi tia... el dia de mi llegada... ¿no recuerda V.?

— Sí, Señor... sí, me acuerdo, pero aun no me ha dicho Vd. lo que desea...

— Voy en seguida á complacer á Vd... Mi tia me ha enviado... pero la tengo á Vd. de pié... va Vd. á tener frio.

Al mismo tiempo que hablaba, procuraba avanzar hasta internarse en el cuarto, y Mad. Huberty, comprendiendo por su parte que no era regular que recibiese al sobrino de la administradora en la puerta, se decide á dejarle entrar, y el jóven se encuentra en una pieza modestamente amueblada, cuyos objetos examina con curiosidad; pero la dueña de la casa no le invita á sentarse, y para darle ejemplo permanece en pié.

— Espero, caballero, que tenga Vd. la bondad de decirme lo que su señora tia desea.

— ¡Ah! es verdad... todavía no se lo he dicho á Vd... soy tan distraido, y luego... á su lado de Vd., Señora, es permitido padecer distracciones...

Horacio iba derecho al bulto, porque pensaba que era preciso no perder tiempo con una mu-

jer tan difícil de ver; pero su galantería no produjo buen efecto, y tomando un aire bastante severo Mad. Huberty le respondió:

— Caballero, haga Vd. el favor de decirme en seguida lo que le hayan encargado, porque estoy de prisa y no puedo escuchar á Vd. durante mucho tiempo.

El rostro de Horacio se entristeció.

— Señora, dijo, va á venir el vidriero de la casa, y mi tia desea saber si necesita Vd. sus servicios... en caso afirmativo le hará subir para que disponga Vd. de él.

Mad. Huberty hizo un movimiento de hombros que anunciaba lo inoportuno que le parecia el motivo de la visita de Horacio, y le respondió:

— Doy á Vd. gracias, caballero, pero no tengo ningun cristal roto...

— ¿Está Vd. segura de lo que dice?... mire Vd. que á veces...

— Repito á Vd. que los cristales de mi cuarto se hallan en buen estado...

— Si Vd. me lo permite los examinaré... Eso se hace en seguida.

— No se moleste Vd... seria inútil.

Y la jóven señora, andando hácia la puerta, indicó á Horacio que podia retirarse. No habia pues medio de prolongar la visita...

El jóven obedece sin dejar de mirarla, y al llegar al dintel de la puerta exclama:

— ¡ Ah! ya sabia yo que me olvidaba de algo... Tambien me han encargado que averigüe si hace humo la chimenea de este cuarto.

— ¿ Es que el vidriero es deshollinador tambien? dijo la agraciada morena dejando escapar una sonrisa burlona.

— No lo sé, Señora, pero no tendria nada de particular que lo fuera... Vd. sabe muy bien que hay personas que desempeñan varios oficios á la vez... los tenderos venden vino... los panaderos hacen pasteles, los agentes de bolsa escriben comedias, no sé por qué razon no ha de ser deshollinador un vidriero.

— Caballero, la chimenea de mi cuarto no hace humo.

Horacio comprende que no le queda mas remedio que marcharse, y traspasa el dintel de la puerta que va á cerrarse tras él, cuando escucha unos gritos penetrantes acompañados de amenazas é interjecciones. Mad. Huberty se detiene diciendo :

— ¡ Dios mio!... ¿ qué será?

— Me parece que lo sé, responde Horacio, que ha reconocido la voz de Jonás. No se asuste Vd., Señora, hay en la casa un chico que se dedica á una pesca especial... y es probable que haya pescado un pez demasiado gordo.

Con efecto el pescador Jonás era el que llenaba el aire con sus gritos : su invencion no

habia alcanzado el éxito que se prometia. A fuerza de lanzar la piedra y los anzuelos hácia la ventana, habia logrado enganchar una hermosa chuleta : acto continuo tiró del hilo con precipitacion, pero sea que el anzuelo no pudiese resistir la carga, ó bien que estuviera mal afado, lo cierto es que antes de llegar á donde estaba se desunió el anzuelo de la cuerda y volvió á caer con la chuleta. Para colmo de desdichas, el salchichero, que pasaba al mismo tiempo desde la tienda á su cocina, recibió de lleno sobre la cabeza el pez que habia intentado conquistar el pescador en seco.

El industrial, como era natural, llevó las manos á su cabeza, figurándose que era un gato lo que habia recibido, pero al hallar una hermosa chuleta levantó los ojos, y conociendo que no era probable una lluvia de chuletas, quiso saber de dónde procedia la que reconoció como fabricada en su casa, y descubrió el hilo que Jonás no pudo recoger por mas esfuerzos que hizo, puesto que se enganchó en su clavo. El salchichero sin detenerse subió la escalera, y encontró en la meseta del cuarto segundo al pequeño Macabeo, que no podia desenredar el hilo. Para inaugurar sus explicaciones agarró el salchichero al muchacho, le colocó sobre su brazo izquierdo boca abajo, y al mismo tiempo que le azotaba con mano vigorosa le dijo :

— Hola... bribon... con que tú te dedicas a pescar mis chuletas... toma... toma chuleta... y esto además por la salchicha del otro día.

Jonás gritaba como un energúmeno, y al cabo de algunos minutos todos los vecinos salieron á sus respectivas puertas.

— Están matando á mi hijo!... exclamó desolada Mad. Macabeo.

— Habrá hecho alguna de las suyas! dijo Nohema.

— ¿Porqué pega Vd. á mi niño? preguntó el padre de familia, que bajó hasta el piso segundo.

— Su niño de Vd. se entretiene en coger las chuletas de mi cocina... las pesca con anzuelos... vea Vd. esta que ha estado próxima á caer en sus garras... Afortunadamente atravesaba yo el patio cuando se le cayó, y me ha dado en la cabeza... mire Vd... mire Vd... todavía tiene agarrado el anzuelo.

— No es verdad... no es verdad... yo no pescaba chuletas... solo me proponia coger los ratones que pasan por el patio...

— Esa es buena... como si los ratones se dejasen pescar... De cualquier modo... preventivo... la primera vez que vuelvas á jugar me una mala pasada te desuello vivo.

— ¡Qué horror!..... desollar vivo á mi hijo...

— Le prohíbo á Vd. tocar al pelo de la ropa del muchacho... ó va Vd. á la cárcel.

— El que irá, y muy en breve, es su hijo de Vd... Bribonzuelo... tiene excelentes disposiciones... Tenga Vd. mucho ojo con él, de lo contrario no dude Vd. que no embellecerá los últimos días de su padre...

El salchichero se fué con su chuleta, los vecinos volvieron á sus cuartos, Jonás se empeñó de nuevo en desenganchar la cuerda, pero su padre le dió un bofetón y le obligó á seguirle diciéndole :

— Te prohíbo que vuelvas á pescar ratones.

Los demás chicos se echaron á reír, Ezequiel se puso á hacer burla á su hermano, y este le dijo en voz baja :

— Si hubiera pescado la chuleta no te hubiera dado ni pizca.

Mad. Huberty, que escuchó la escena desde la puerta de su habitación, se dispuso á entrar dentro y dijo á Horacio :

— ¡Qué triste debe ser tener hijos con tan malas inclinaciones !

— Mas triste es, Señora, replicó Horacio, no poder estar mas tiempo al lado de Vd... ¿porqué no quiere Vd.?

— ¿Y de qué le serviría á Vd. lo que desea?

— Me ofrecería primero una felicidad inmensa, y despues...

La jóven señora sonrió con aire melancólico, y cerrando la puerta murmuró :

— No, caballero... no le serviría á Vd. de nada lo que quiere.

CAPITULO XVII.

LAS INVITACIONES.

Algunos dias despues debia dar un banquete Mr. Bouffi de Nogent.

El banquero, excelente calculista, no hacia sus invitaciones á la ligera : si debia costarle mucho dinero el banquete , se arreglaba de modo que pudiese producirle el duplo ó triple de lo que le costaba. Este sistema de dar convites está muy en moda : cuando seais invitados á una gran comida por personas con quienes no tengais intimidad , pensad que os necesitan ó por lo menos que os necesitarán mas tarde. Si sois artistas ó literatos, os buscan para lisonjear su vanidad con vuestra presencia, ó la vanidad de los convidados ; ó bien os obsequian porque estais en relaciones con altos personajes que pueden servirles, ó porque teneis la suficiente chispa, como suele decirse, para animar y hacer entretenido un festin... cualidad esta última que va perdiéndose de dia en dia... por fin siempre

existe un motivo presente ó por venir que os presenta como útiles para algo y por esta razon sois convidados.

Partiendo de este principio, no extrañará á nuestros lectores que en el dia de su banquete tuviese Mr. Bouffi la siguiente conversacion con su esposa :

— Querida Hortensia, estoy pensando en las personas á quienes he convidado para nuestra comida de hoy... supongo que ya sabes quiénes son...

— No lo sé, me has indicado algunos nombres, pero no me he fijado.

— Entonces óyeme y no olvides las instrucciones que voy á darte... esto es muy importante, porque... en fin la comida y la recepcion por la noche me costarán seis ó siete mil francos, y no se debe uno deshacer de semejante cantidad sin procurar sacar partido de este gasto extraordinario. Desde luego contamos con de Nerval, Beaupré, Gamanson y Levoldard; el primero es millonario, los demás muy ricos... los cuatro merecerian comer en un pesebre, pero soy su banquero. Dispénsales las mayores atenciones, que se convenzan de que solo su mérito motiva nuestros obsequios... nada lisonjea tanto á los tontos como las atenciones que se les prodigan... Si haces lo que te digo, se irán entusiasmados. Tambien vendrán Mr. y

Mad. Bugrave... Triste pareja, me dirás, ella es ridícula, y él no sabe hablar mas que del billar. Es verdad, pero el hermano de Mr. Burgrave es oficial primero del ministerio del interior, puede serme útil algun dia, y la recomendacion de un hermano vale algo. Mr. Grangeville...

— ¡Cómo! ¿le has invitado? no nos faltará el *bilboquet*.

— No diré que no, y además es malo, murmura de todo el mundo... pero... á pesar de esto, ó mejor dicho por esta razon es bien recibido en todas partes... Conoce á mucha gente gorda y no cuesta trabajo conquistarle. Mr. de Moncastel... que es muy rico...

— Pero es legitimista, y tú no.

— ¿Qué me importa... ante el interés cede la opinion... Dubroquet, cuyo suegro está al frente de los ferro-carriles.

— Es un republicano acérrimo.

— Digo lo mismo que antes... y es mas, conviene tener amigos en todos los partidos, porque no sabemos á dónde irán las cosas á parar. Los recién casados, Coquelet y su mujer...

— ¡Ah! qué fastidio... ese Coquelet no es nada amable, y su mujer, aunque aparenta no ocuparse mas que de su marido, es toda una coqueta...

— Ahora están en la luna de miel... ya cambiarán; pero Coquelet es muy rico... ha here-

dado crecidas cantidades... tiene puesto en mi casa mucho dinero, y te ruego que los trates con amabilidad.

— Es perder tiempo, te lo aseguro, porque no lo conocen.

— Pues yo creo que ella no es tan tonta como parece.

— Entonces disimula.

— Mad. Volmerange...

— ¿Quién?... esa vieja tan fastidiosa, que no sabe hablar mas que de las enfermedades que ha tenido y que espera tener?

— Mad. Volmerange tiene sesenta mil francos de renta, una salud muy débil, y no se sabe que haya herederos que esperen su fortuna... Es una mujer que debemos mirar como oro en paño. La Grevois... es un simple empleado de la Direccion del Tesoro, pero canta muy bien las romanzas... esto es muy agradable en cualquier reunion. Mr. y Mad. Durchamp...

— ¡Oh! yo no puedo sufrir á Mad. Durchamp... es mas coqueta de lo regular...

— Pero es muy bonita... y conviene que haya en toda mesa algunas mujeres bonitas, sin lo cual los hombres no encuentran agradable la comida...

— En cuanto á eso... me parece...

— Sí, ya lo sé que eres bonita y que te sentarás á la mesa, pero una sola no basta, y Mad. Dur-

champ y Mad. Coquelet, que es bastante graciosa, harán pasar á las demás. Por otra parte, Durchamp sabe jugar á toda clase de juegos... y es muy útil por la noche... Despues tendremos á Floquart.

— Ese es tu íntimo, y ya sabia que no te olvidarias de él.

— Ya puedes suponer que tengo mis razones para no olvidarle.

— Yo no te las pregunto.

— En lo que haces muy bien. Asimismo vendrá Mr. Grevois, el antiguo abogado... tu favorito...

— ¡Qué quiere decir eso!... ¿Acaso tengo yo favoritos?... ¿quién se permite calumniarme de ase modo?...

— No te enfades, mujer... lo he dicho en broma... ya sé no se puede censurar en lo mas mínimo tu conducta de esposa.

— Si lo sabes... haces mal en usar bromas de tan mal género. Como Mr. Grevois es un antiguo abogado que conoce perfectamente la jurisprudencia, las leyes, las argucias... que sé yo... le invitas para tenerle contento, porque en muchas ocasiones te he oído decir: La cuestion es peliaguda; es necesario consultar á Grevois y él nos dirá lo que se debe hacer.

— Es cierto, querida mia, no te niego que Grevois me ha sido útil muchas veces... conoce el Código como yo mi caja.

— En ese caso, dí que le convidas por tu interés, y no me mezcles en suposiciones que solo sientan bien á los esposos Coquelet.

— Serás obedecida, y basta ya de repriendas. Continuemos la lista... ¿en dónde me quedé? ¡ Ah! ya recuerdo; Bichonneau...

— Un parásito! un hombre que come siempre en casa ajena, que anda oliendo donde guisan...

— Ya lo sé, pero tiene de bueno que cuando asiste á un convite, no deja de decirlo en todas partes, citando los platos raros que se le han servido, los primores que ha visto y los vinos exquisitos que ha bebido... Hay tantos que se tragan los manjares mas aristocráticos, los vinos mas generosos, sin saber lo que comen ni lo que beben, que es bueno que haya una persona que ponga de manifiesto el mérito de lo que se sirve á la mesa, y Bichonneau no deja de hacerlo hasta la saciedad... Vamos á ver quién nos falta... ¡ Ah! la señorita Desmoulins y su padre...

— Esa jóven tan larguirucha que parece una flauta!... Creo que si la invitas, no será para encantar á los convidados.

— No tal; porque ya sé que no es bonita, pero tiene un gran dote... A veces sucede que alguno de mis clientes desea casarse... y en este caso el papel de casamentero puede ser productivo... el matrimonio trae en pos de sí nego-

cios... además, Mr. Desmoulins es un antiguo militar, tiene el pecho lleno de condecoraciones, y una figura como la suya hace bien en un salon. Ya creo que he nombrado á todos... ¡ah! no, olvidaba á Mr. Duvalloir, uno de los mas importantes, que ha colocado ya en mi casa fondos muy respetables... le sentaré á tu lado y te le recomiendo, es un hombre que necesita que alguno se interese por su fortuna, porque no parece hallarse en estado de administrarla por sí y ante sí...

— ¿Le juzgas tan estúpido como todo eso?

— No quiero decir tal, pero se puede tener talento y carecer del que exigen los negocios. Por lo demás, Mr. Duvalloir parece preocuparse constantemente de una cosa que no es la que se le dice... en fin, no sé lo que le absorbe, pero hay algo en él que no es natural.

— Quizás está enamorado y no es feliz en sus amores.

— No lo sé, y francamente ya conoces que no me importa mucho saberlo... A propósito, ¿no te parece que debia hablar á Mr. Duvalloir de la quinta famosa del tesoro de que nos ha contado tantas cosas mi sobrino? Como se halla situada al lado de la suya debe conocerla.

— ¡Ah!... ¿el Prado de Amapolas?... ¡cómo me gusta ese nombre!...

— Pues no debes decir á nadie una palabra

de lo que Oswaldo nos ha referido, nada referente al tesoro...

— Ya lo habia olvidado... ¿y porqué quieres que calle?

— Yo tengo mis razones... y deseo que me complazcas.

— No hay mas que hablar, pero dime, ¿crees que el tesoro no es una novela?

— Crea ó no crea en él, cuando se trata de un tesoro escondido, andar contando á todo el mundo lo que se sabe, indica un poco de necesidad;... pero ya es tarde y tengo que firmar algunas cartas. Te dejo, Hortensia, no te olvides por Dios de mis encargos, ya ves que hacemos un gasto enorme... es necesario que redunde en beneficio nuestro.

Mr. Bouffi se separó de su esposa, y Hortensia se encaminó á su tocador diciéndose:

— Todos los maridos son lo mismo, se cree un sabio... y entenderá de negocios, pero en cuanto á lo demás es un cero á la izquierda. Invitar á Mad. Durchamp... una mujer á quien detesto... á quien todos los hombres califican de hermosa!... la colocaré en la mesa entre Mr. Burgrave y Mr. Grangeville... no creo que esta compañía le agrade mucho... tanto mejor... A mi lado... no, no debo colocar á mi lado al que quiero que esté... eso seria desacertado, porque... en fin, yo me entiendo.

CAPITULO XVIII.

UN BANQUETE.

A las siete de la tarde se hallaban reunidos en el salon del banquero casi todos sus convidados. Las señoras ostentaban espléndidos adornos, algunas de ellas diamantes de gran precio. Otras, entre las que se hallaba Mad. Durchamp, brillaban ante todo por el atractivo de sus rostros. La vieja Mad. Volmerange llevaba encima mas de sesenta mil francos en pedrería, lo que no era un obstáculo para que dejase de parecer una mujer cargada de años, pero obtenia las atenciones que las gentes prodigan á la fortuna, cualquiera que sea la forma en que se les presente.

Mad. Burgrave habia logrado aparecer ridícula, por mas que su prendido fuese precioso, pero le llevaba puesto de tal modo que no podia menos de inspirar risa; entre otras cosas, se veia en su cabeza un pájaro del paraíso, cuya

cola caía sobre su ceja izquierda privándola de mirar como Dios manda. Pero el peluquero le habia dicho que con aquel prendido se asemejaba á *Diana de Poitiers*, y por todo el oro del mundo no hubiera consentido en que le separasen de la frente la cola de su pájaro.

Mr. Duvalloir aceptó tambien el convite de Mr. Bouffi, pero por mas que su fisonomía no fuese extraña para los comensales del banquero, no encontraban en él esa amabilidad que demuestran á cada instante en sociedad los hombres acostumbrados al trato. Duvalloir hablaba poco, no tomaba parte en la conversacion general; para que hablase era preciso preguntarle, de lo contrario no abandonaba su aire grave, severo, ni rompía su silencio, poco alegre en verdad, sobre todo en un salon. Pero revelaban sus maneras una exquisita educacion, y nunca se cortaba, razon por la cual era sabido que si no hablaba no era por timidez sino por falta de gusto.

Mad. Burgrave hizo un gesto de desagrado al ver á Mr. Duvalloir, y dijo en voz baja á la señora de la casa :

— ¡Ah! cómo con nosotros ese caballero á quien no puedo soportar!... ¿con cuál impertinencia pensará regalarme esta noche?

— No tenga Vd. cuidado, querida amiga, no le diré á Vd. nada, porque escatima cuanto

puede sus palabras... Si Vd. lograrse hacerle hablar, obtendria Vd. un triunfo.

Dios me libre !... y espero que no le colocará Vd. á mi lado en la mesa.

— No, mi marido quiere que se siente á mi lado.

— No envidio á Vd...

— ¿Y cómo encuentra Vd. esta noche á Mad. Durchamp?

— Nada bien... el color de su vestido le sienta horriblemente.

— Lo mismo creo yo.

— ¿Y qué le parece á Vd. mi prendido? ¿no es verdad que me favorece este pájaro del paraíso que se desmaya sobre mi frente?

— Está Vd. encantadora.

Mad. Burgrave, satisfecha de lo que acaba de oir, se pasea majestuosamente por el salon y se detiene ante Mr. Grangeville, quien, despues de mirarla con ironía, le dice :

— Déjele Vd. volar.

— ¡Que le deje volar!... ¿qué es lo que he de dejar?...

— El pájaro.

— ¿Cuál pájaro?

— El que lleva Vd en la cabeza.

— ¿Y porqué desea Vd. que le deje volar?

— Porque nos priva de ver uno de sus ojos de Vd.

— ¡ Ah!... es Vd. muy amable... ¿y hay quien se atreva á decir que es Vd. burlon, cuando las palabras que acaba Vd. de pronunciar son la mas fina galantería que puede darse?

— Como Vd. quiera, pero al menos debia Vd. cortarle la cola...

— ¡ Cortarle la cola!... me guardaré muy bien de hacerlo, es su mejor adorno.

Mr. Grevois, despues de saludar á Mad. Bouffi y de estrechar la mano del banquero, logra acercarse á la primera al mismo tiempo que esta hojea unos papeles de música junto al piano, y aparentando examinar los grabados de un periódico, murmura para no ser oido mas que por la señora del banquero :

— He esperado inútilmente en el *boulevard* del Norte.

Despues, como si se ocupase de la música, añade en alta voz :

— ¡ Ah! hé aquí una romanza preciosísima...

Mad. Bouffi, empleando el mismo sistema de conversacion, responde :

— Sí, es de Nadaud... me ha sido imposible acudir á la cita porque no se ha separado de mí en todo el dia... haré que la cante esta noche la señorita Bertini.

— ¿Y mañana podré ver á Vd?... ¡ ah! este es un duo...

— Mañana sí... es del *Pré aux Clercs*.

— Una música que nunca será antigua... ¿á qué hora?

— Por la mañana... al ir al baño.

— Corriente, la hora me es igual con tal de que Vd. acuda á la cita... Sí, le he oido cantar, es el duo del primer acto.

— Chist... ¡cuidado!

Mr. Grangeville se acerca al piano, sonrie á Mad. Bouffi, mira el papel de música que el ex-abogado tiene en la mano y se pone á tararear :

Todas las citas que el amor otorga
Tienen lugar en este hermoso prado.

Despues añade :

— Precioso duo... siempre oportuno, siempre de moda... no duden Vds. que se cantará en todo tiempo.

Mad. Bouffi no puede menos de ruborizarse, y se apresura á hablar con una de las señoras que tiene á su lado para disimular la emocion que acaba de experimentar. Mr. Grevois por su parte interrumpe á Mr. Grangeville diciéndole :

— ¿Y el *bilboquet*?... sigue Vd. manejándole con su destreza acostumbrada?...

— ¿Pues no?... mire Vd., ayer aposté con uno á que meteria seis veces seguidas la bola por la punta, que es lo mas difícil que puede hacerse, y salí airoso de mi empresa.

— ¿Qué es lo que ha hecho Vd. seis veces seguidas? pregunta Mad. Burgrave deteniéndose. Hoy Mr. Grangeville se encuentra en el período álgido de la galantería, y estoy segura de que va á contestarme alguna cosa buena.

Pero el hombre bajito se contenta con mirar el prendido de Mad. Burgrave y se aleja diciendo :

— No se lo cuento á Vd. hasta que haya dejado volar el pájaro.

El sobrinito penetra en el salon vestido de etiqueta con el eterno frac negro y pantalon idem, triste traje que llevamos á un baile, á un entierro, á una boda, á cualquier ceremonia grave, traje en fin con el que cantamos, bailamos, lloramos y reimos.

Oswaldo no se divierte en las grandes reuniones, donde apenas halla personas con quien hablar; le gustaria mucho mas la modesta habitacion de Mad. Rennecart, estar sentado al lado de la hermosa Virginia y prestarle sus brazos para que devanase una madeja de hilo con su ayuda. Pero la vida seria demasiado agradable si no hiciéramos en ella mas que lo que nos gusta, y los fastidios y las dificultades son hasta cierto punto necesarias para encontrar mas deliciosos de lo que son los placeres y las satisfacciones.

Solo faltaba Mr. Floquart, que acostumbraba

á ser el último, á fin de producir mayor efecto al entrar, porque hay personas que lo calculan todo, y los que desean hacerse notar siempre tardan, siempre llegan los últimos á un convite. Les parece magnífico tener en tortura á veinte estómagos, poner impacientes á los unos, hacer sufrir á los otros, lograr que todos murmuren. Despues llegan riéndose, orgullosos y pareciendo decir : ¿ No os considerais felices al verme?... no es verdad que habeis nacido para esperarme ?

De esta manera se presentó Floquart con un traje excéntrico, peinado y perfumado como una mujer, con un lente en el ojo derecho que estaba suspendido por una cinta de seda que rodeaba su cuello moviéndose al andar su portador, y con la cabeza algo inclinada para aparecer mas gracioso. Hizo mucho ruido al entrar, se fué directamente hácia la dueña de la casa sin saludar á nadie al paso, dijo un cumplido á Mad. Bouffi, y despues se dirigió á buscar al banquero, tratándole con un tono de franqueza que contrastaba con la manera deferente y ceremoniosa con que le hablaban los demás convidados.

— Hé ahí otro hombre que no puedo sufrir, dijo Mad. Burgrave á su esposo al ver entrar á Floquart.

— ¿Y por qué razon? Mr. Floquart es de

un carácter alegre, y Mr. Bouffi de Nogent le estima mucho.

— Yo no sé si le estima Mr. Bouffi, pero lo que sé es que hace trampas cuando juega.

— Ten cuidado con lo que dices... mira que puedes comprometerte, Rosa...

— ¿Quiere Vd. llamarme Rosalvina? de lo contrario no le responderé... parece mentira que no puedas retener en la cabeza un nombre tan bonito y tan... distinguido.

— Justamente porque es muy distinguido lo olvido siempre... nadie se llama así.

Después de dar esta respuesta á su consorte Mr. Burgrave, le vuelve la espalda y corre al encuentro de su amigo Bichonneau.

Cuando Floquart acaba de hablar con el banquero, se digna saludar á algunas de las personas que tiene mas cerca, y después volviendo á ponerse el lente comienza á pasar revista á las señoras.

— Examinemos el bello sexo. ¡Ah! la señorita Desmoulins! francamente, esa jóven no puede ser colocada entre los que componen el bello sexo... Mad. Volmerange... es una ruina... las ruinas de Babilonia, pero se pueden hacer excavaciones en ellas y sacar algo bueno de los escombros... Mad. Coquelet... la recién casada... es guapa y parece que se ocupa de su marido menos que antes... ha progresado y

promete... Mad. Durchamp... ¡ah! bravo... Hé ahí una mujer encantadora... graciosa y muy discreta... En fin, cuando todas las mujeres la odian, hay motivos para creer que vale... ¿Pero que es lo que veo? Es una mujer ó una caríátide... ¡Justo cielo! es Mad. Burgrave, que se ha traído en la cabeza una pajarera...

— No tiene mas que un pájaro.

— Pero es mayúsculo... Yo ruego á Mr. Bouffi que no me ponga á la mesa enfrente de esa señora, la vista del tal pájaro me impediría comer... no podría contenerme y me reiría en sus barbas... Convengan Vds., caballeros, en que eso es mas que ridiculez... Si saliera á la calle prendida de ese modo, la apedreaban los muchachos.

Las palabras esperadas con impaciencia de : « *La sopa está en la mesa* » pusieron fin á las apreciaciones de Mr. Floquart, quien se apresuró á ofrecer la mano á Mad. Durchamp para acompañarla al comedor, pero se anticipó Mr. de Nerval, el millonario, á prestar sus servicios á la belleza codiciada, y no se atreve á murmurar, porque se halla en el número de las personas que creen que contra los millones no hay razon que oponer.

La dueña de la casa acepta la mano que Mr. Duvalloir le ofrece y le coloca en la mesa á su derecha, designando á su izquierda una

silla al millonario. El banquero por su parte se sienta en medio de Mad. Durchamp y de Mad. Coquelet. Floquart se muestra satisfecho de estar al lado de la vieja señora, cubierta de diamantes, y le guarda las mayores atenciones, contemplando de tal modo las ricas pedrerías que brillan en su cabeza y en su cuello, que Mad. Volmerange cree que su vecino se ha enamorado de ella. Mad. Burgrave, colocada en el extremo opuesto de la mesa, tiene á sus lados á Mr. Bichonneau y á Mr. Desmoulins; lo que le disgusta, porque el primero solo se ocupa de comer, y el segundo no le habla mas que de sus campañas.

El primer servicio desaparece en medio del mayor silencio, interrumpido únicamente por el ruido de los platos y de los tenedores y por las exclamaciones de Mr. Bichonneau.

— Excelente Madera..... Debe haber viajado hasta la India!

— Hé aquí un pescado exquisito!

— ¡Qué fricandó tan delicioso!

— Estos pastelillos de ostras son dignos de la mesa de Semíramis.

Mr. Bouffi procura hacer todo lo posible para que sus convidados se animen y charlen. Durante el segundo servicio, gracias al Madera y á otros vinos generosos, las lenguas dejan de estar paradas y las conversaciones se suceden.

Mr. Floquart, que es habitualmente el mas hablador, refiere una serie de aventuras fabulosas que segun indica le han ocurrido en sus viajes. Al concluir se dirige á Mr. Duvalloir.

— Vd. que ha viajado tanto, tendrá tambien muchas cosas extraordinarias que contar. En tres años y medio hay tiempo suficiente para ser protagonista en mas de una aventura.

— Y sin embargo, no es así, responde Mr. Duvalloir obligado á tomar parte en la conversacion. Nada que digno sea de contarse me ha pasado : en los diferentes países que he recorrido, he encontrado posaderos ladrones, camas mas ó menos blandas, caminos mejores ó peores, parajes mas ó menos pintorescos... hé aquí todo lo que puedo contar.

— ¿Y ni un bandido se ha dignado acecharle escondido en un bosque?

— Ni uno solo.

— Esa es mucha desgracia!...

— Soberbio Chambertin... un Chambertin que no se bebe todos los dias, exclama Bichonneau aprovechándose de un instante de silencio. Despues, al ver que nadie le responde, se dirige á Mad. Burgrave :

— ¿No opina Vd. como yo?

— ¿Sobre qué?

— Sobre el Chambertin... ¿Eso le parece á Vd. delicioso?

— ¡Válgame Dios, Mr. Bichonneau, Vd. todo lo encuentra delicioso, excelente! y vocifera Vd. como si se tratase de una venta en subasta... hable Vd. de otra cosa... ¿qué le parece á Vd. mi prendido?

— Magnífico... cualquiera diría que era Vd. una reina egipcia.

— Me sienta bien este pájaro, ¿no es verdad?

— ¿Admirablemente... ¿Es un faisán dorado?

— ¡Cómo! no tal, es un pájaro del paraíso... ¡un faisán! apuesto cualquier cosa á que hubiera Vd. deseado comérselo.

— ¿Piensa Vd. ir al campo este año, Señora? preguntó el banquero á su hermosa vecina.

— ¡Oh! sí, Señor... pienso marcharme á fines de mayo. No podría pasar el verano en París, me moriría de fastidio y luego caería enferma. Cuando una está acostumbrada al campo!..... ya se ve... aquel aire es tan puro... tan bueno!... Lo que no comprendo es como Vd., que puede satisfacer sus deseos, no tiene una quinta... ¿No gusta el campo á Mad. Bouffi?

— Dispense Vd., amiga mia, responde Hortensia, me gusta mucho el campo y he rogado mas de una vez á mi marido que me comprase una quinta, pero me ha respondido siempre que le faltaria tiempo para ir á ella.

— Con efecto, dice el banquero, los negocios me han estorbado hasta ahora proporcionarme

este placer, pero no siempre he de negar este gusto á mi esposa y este año me propongo complacerla.

— No olvidaré semejante promesa...

— La ocasion no puede ser mas oportuna, exclamó Floquart; puesto que tiene Vd. intencion de comprar una quinta, mi querido Bouffi de Nogent, ¿porqué no adquiere Vd. la que desea vender Mr. Duvalloir?

— Celebraria que pudiese convenir á este caballero mi propiedad, dijo Duvalloir al banquero; y por mi parte aceptaria las condiciones que pusiese.

Mr. Bouffi responde :

— Es Vd. muy amable... y nada extraño seria que me decidiese á tratar con Vd. del negocio... sin embargo... acaso es algo grande la quinta de Vd. para unas personas como nosotros que no podríamos ir á ella muy á menudo.

— Yo iria con frecuencia á ella y aun pasaria todo el buen tiempo en el campo, dijo Hortensia. En ese caso nunca tendria capricho de venir á París...

— Lo creo así... pero antes es preciso ver la casa... ahora empiezan los dias á ser mas largos y pienso visitar la posesion de Mr. Duvalloir.

— Iremos juntos, ¿no es verdad?

— Con mucho gusto... Pero, á propósito, Mr. Duvalloir, me han hablado de una quinta

vecina de la de Vd., y que debe Vd. conocer por fuerza... tiene un prado precioso, y por esta razon, segun creo, ha tomado la posesion el nombre de el *Prado de Amapolas*... ¿Es tan bonita como dicen?

Al oir Mr. Duvalloir pronunciar el nombre del Prado, cambió de color, y fué tan viva su emocion, que apenas pudo balbucear:

— El prado..... ¡ah! Vd. hablaba del prado!...

Sorprendido al descubrir la turbacion que con su pregunta ha causado á Mr. Duvalloir, continúa el banquero observando su rostro.

— Sí, una persona que ha vivido por allí, me ha hablado no hace mucho de ese prado.

— El Prado de Amapolas! ¡qué nombre tan bonito! dijo Mad Durehamp; solo el nombre convida á visitar la posesion.

— El mismo efecto ha producido en mí, dijo á su vez la esposa del banquero.

— Acaso es mas bonita de lejos que de cerca, exclamó Mr. Grangeville, hay muchas cosas en el mundo que no son bellas mas que miradas con telescopio.

— El Prado de Amapolas! prorumpió madama Burgrave en un acceso de entusiasmo. Yo quiero verlo, Mr. Burgrave, me llevará Vd. á visitarlo. Ya quisiera estar en él, correr, coger sus flores, sentarme sobre su césped, soñar...

— Y revolcarse por el suelo, dijo Floquart á su vecina.

— Y bien, Mr. Duvalloir, no ha respondido Vd. á mi pregunta, añadió el banquero; el Prado de Amapolas merece ciertamente la reputacion de que goza.

Duvalloir, cuya fisonomía se puso sombría, sin atreverse á levantar los ojos murmuró con voz entrecortada :

— No sé... Mr. Bouffi... no me acuerdo...

— Pero, ¿está en venta la quinta? preguntó Foquart.

— No por cierto, se apresuró á responder Mr. Bouffi.

— Pues entonces, ¿qué importa que sea mas ó menos bonita?

El banquero no dijo nada, pero miró con atencion á Mr. Duvalloir, cuya emocion no dejó de ser notada por varios de los comensales. Hubo un momento de silencio, y Mr. Bichonneau lo aprovechó para exclamar :

— ¡Excelente Champagne ! es preciso comer en casa de Mr. Bouffi para beber un Champagne tan delicioso como este.

CAPITULO XIX.

EN EL PASADIZO.

Llegó el último dia de abril, y como Oswaldo habia previsto, el dependiente principal de Mr. Bouffi, ó por lo menos el que desempeñaba uno de los empleos que exigian mayor capacidad, dijo al banquero despues de recibir su sueldo del mes :

— Espero, Señor, que cumplirá Vd. la promesa que me ha hecho tantas veces : gano en su casa de Vd. dos mil quinientos francos, sueldo que, con la gratificacion que recibo el dia de año nuevo, se eleva á dos mil ochocientos francos ; deseo que me ascienda Vd. á tres mil francos, aparte de las gratificaciones.

Mr. Bouffi, tomando un aspecto severo, respondió á su empleado :

— Caballero, me parece que no puede Vd. quejarse de su sueldo... he prometido aumentarle, no digo que no, pero aun no ha llegado

el momento oportuno, mas tarde... á fines de año... veremos lo que decido.

— No puedo esperar mas... el cargo que desempeño merece mas aun de lo que pido á Vd., y quiero que mi sueldo se aumente en este mes.

— ¡Cómo se entiende! quiero!... pues si Vd. quiere, yo no, y basta.

— Corriente, no hablemos mas del asunto, yo sabré lo que debo hacer.

El empleado no dijo una palabra mas, y en vez de encaminarse al despacho, se fué á la calle y no volvió á la oficina del banquero. Mr. Bouffi se encolerizó, pero su apuro era grande, porque el trabajo se retrasaba y se veia en la precision de despachar por sí mismo su correspondencia, porque encargó de la teneduría al dependiente consagrado hasta entonces á la redaccion de las cartas. Por mas que todos redoblaban ó aparentaban redoblar su celo, el tiempo no alcanzaba á los empleados para llenar su cometido, y recordando Mr. Bouffi que su sobrino le habia hablado de un jóven aspirante, llamó á Oswaldo y le dijo :

— Hace algunos dias que me hablaste de un jóven que deseaba ser colocado en mi casa, asegurándome que se hallaba en estado de llevar los libros ó de desempeñar cualquier otro cargo importante.

— Es cierto, tio, hablé á Vd. de mi amigo

Horacio, sobrino de Mad. Rennecart, la administradora de la casa que posee Vd. en la calle *du Temple*, un jóven de talento...

— ¿Y se halla todavía sin empleo?

— Sí, Señor.

— Está bien, cuando concluyas tu trabajo esta noche, irás á buscarle y le dirás que venga á verme mañana á las nueve...

— No tenga Vd. cuidado... no faltaré...

— Y si ese jóven es capaz, como dices, de reemplazar al impertinente empleado que se ha marchado de un modo tan grosero, podrá ser que le dé cabida en mi oficina.

— ¡Oh! ya verá Vd. como es capaz de todo...

— Que no falte mañana á las nueve... ¿lo oyes?

— No faltaré... y se dará por muy contento con hallar un empleo.

Oswaldo siente una alegría inmensa : su esperanza se ha realizado á pesar de la poca confianza de Mad. Rennecart. Así pues le falta tiempo para correr al lado de Virginia, y decirle :

— Ya ve Vd., Señorita, he conseguido emplear á su hermano, y no llevará á mal que ame á Vd.

El jóven siente una impaciencia implacable, trabaja con mas ardor que nunca, esperando que de este modo anticipará el momento de ir á

comunicar la fausta nueva. El tiempo le parece eterno y las horas son siglos para su ansiedad... siempre sucede así : cuando nos prometemos una felicidad , se nos figura que el tiempo no se mueve; pero si lo que tenemos delante es algun deber penoso de cumplir, entonces el tiempo vuela, y lo que hay de cierto es... que el tiempo sigue impasible su marcha siempre igual.

Por fin, llegó la noche y despues la hora en que Virginia abandonó su obrador; Oswaldo llegó á casa de Mad. Rennecart al mismo tiempo que Virginia abria la puerta del pasadizo que servia de portal á la casa. Al verla, no pudo contener una exclamacion de alegría : Virginia se volvió hácia él y murmuró :

— ¿Es Vd., señor Oswaldo?...

— Sí, yo soy, Señorita... venia á ver á su tia de Vd... y estoy muy contento porque tengo que dar á Vds. una buena noticia.

— ¿Una buena noticia?

— Sí, mi tio espera á Horacio mañana por la mañana... el empleado de quien hablé á Vds. se ha despedido... y su hermano de Vd. ocupará su puesto...

— ¡ Oh! qué felicidad!

— No diré yo que al pronto le dé mi tio el mismo sueldo, pero al fin y al cabo lo conseguirá.

— ¡Qué importa! lo principal es que esté colocado, y á Vd. será á quien deba tanta fortuna.

— Señorita... yo me considero muy dichoso al hacer algo en favor de mi amigo... y cuando este amigo es hermano de Vd... mi alegría es mayor, porque si de este modo consigo dar á Vd. gusto... si puedo.... si por acaso...

Oswaldo no acertaba á expresarse; pero la puerta se abrió, pasaron y él la cerró tan bien que la jóven pareja se encontró sola en la mas profunda oscuridad. Al notarlo Virginia exclamó :

— Jesús, ¡qué oscuro está el pasadizo!... déme Vd. la mano, señor Oswaldo, yo conozco la casa mejor que Vd. y le guiaré hasta la escalera.

El jóven coge la mano que le tienden, y bien sea porque su contacto le electriza, ó bien porque la oscuridad le da valor, en vez de seguir á Virginia, que que quiere adelantarse, la detiene y exclama :

— ¡Ah! Señorita... perdóneme Vd.; pero soy tan feliz en este instante... es necesario que yo confie á Vd. lo que mi alma experimenta... Señorita... yo la amo á Vd... ¡Oh! no se incomode Vd... por Dios no se incomode Vd. conmigo.

Si no hubieran estado á oscuras, el tímido amante hubiera visto que Virginia no demostraba la menor incomodidad. Así pues, sin

separar su mano de la de Oswaldo, que la oprimía con ternura, le respondió con voz conmovida :

— No me incomodo, señor Oswaldo... por el contrario... todo lo que Vd. me dice... me gusta mucho.

— Es posible... Señorita... ¡Oh! qué dichoso soy... y si abrigase la esperanza de que Vd. compartiera..... de que Vd. experimentase el mismo amor que yo... mi ventura seria completa...

— ¡Ah! sí... yo experimentaré... quizás lo experimento ya... no sé... pero cuando Vd. viene á vernos me pongo muy contenta... cuando Vd... se va, me entristezco... y despues... no deberia decirlo...

— ¡Oh! sí por Dios!... dígalo Vd...

— Pues bien, durante el dia, cuando estoy trabajando pienso en Vd... cuando voy y vengo del obrador, miro á todas partes por ver si encuentro á Vd... y luego por la noche... cuando alguien llama á la puerta, late mi corazon porque creo que es Vd... me parece que esto es... amar... ¿no es cierto?

— ¡Ah! Virginia... mi querida Virginia!... qué felicidad...

Y Oswaldo en el transporte de su alegría estrecha entre sus brazos á la jóven y va á darle un beso, cuando aparece de pronto una luz en

el patio : era el salchichero , que salia de su tienda con una tea en la mano y se dirigia á su laboratorio cantando :

Es la mujer paloma
Que con su pico
Da la vida al objeto
De su cariño.
Por eso todos
Dicen de un hombre amante
Que es Juan Palomo.

La luz del patio apenas alumbraba el pasadizo , pero su resplandor bastó para asustar á los enamorados, y Virginia corrió hácia la escalera diciendo :

— ¡ Ah ! Dios mio !... ya me habia olvidado... subamos... subamos en seguida para dar á mi hermano y á mi tia la fausta nueva...

Horacio estaba en casa de Mad. Rennecart , y al ver entrar á su hermana y á Oswaldo, los dos encarnados como la grana, turbados y al mismo tiempo radiantes de alegría, se echó á reir diciendo :

— ¿ De dónde venís así, amores míos ? cualquiera al veros diria que habiais hallado á la Fortuna en el camino.

— Venimos...

— Querido Horacio , he venido corriendo.....

— Y yo he encontrado á este caballero..... cuando entraba en el pasadizo...

— Entonces dije á esta señorita lo que venia á comunicar á Vd...

— Y yo contenta, dije á este caballero... subamos pronto...

— Razon por la cual hemos llegado juntos...

— ¿Quereis acabar de hablar á un tiempo?... Virginia, hazme el favor de dejar á Oswaldo la palabra y procura callar por un instante.

— Pues bien, querido Horacio, todo ha salido como yo esperaba... el dependiente que deseaba mas sueldo, en vista de la negativa de mi tío se ha despedido bruscamente. Ayer se trató de repartir el trabajo, y al ver que era imposible continuar de este modo me ha llamado mi tío esta mañana y me ha dicho : « Tú me has hablado de un jóven que desea ser empleado en mi oficina, vé á buscarle y dile que le espero mañana á las nueve en punto. Si, como me has indicado, puede llevar los libros, le emplearé. »

— ¡ Ah! bravo... victoria... ya presumia yo que lograríamos algo... y bien, tia, ¿tenia ó no razon en esperar?

— Ya lo veo, pero debes dar gracias á este jóven, que no te ha olvidado... que te ha servido como un verdadero amigo...

— Señora, lo que he hecho no tiene nada de particular... su sobrino de Vd. me ha demostrado un gran afecto... y si he podido complacerle, estoy pagado con mi satisfaccion.

— ¡Su sobrino de Vd.! si vuelves á hablar de mí con esa circunspeccion, te vuelvo las espaldas... porque, ¿lo oyes? desde este instante te empiezo á tutear... te acomoda? Si no te acomoda, me da lo mismo, y te tutearé quieras ó no.

— ¿Pues no he de querer?... mi buen amigo... Yo lo tutearé á Vd... yo te tutearé con el mayor placer...

— Sí, sí, exclamó Virginia dando palmadas de alegría... es muy bueno tutearse... eso aumenta el cariño...

— ¿Querrias tambien que te tutease, Oswaldo?

— Por supuesto... sabes, Horacio... ¿que te complaces en ruborizarme?...

— ¡Bah! no pensemos mas que en el porvenir, que se presenta despejado y riente. ¿Cuánto ganaba el dependiente que se ha ido?

— Dos mil ochocientos francos con las gratificaciones, pero mi tío no dará á Vd. no te dará esta cantidad al principio.

— Ya me lo figuraba, pero que tampoco vaya á creerse que voy á entrar en su oficina como supernumerario, — gracias! además, nadie reconoce mérito en la persona que trabaja de balde...

— No tengas cuidado... por otra parte tú hablarás con él y quedaréis conformes.

— Sobrino, no hay que ser exigente al principio... los empleos son muy difíciles en el día...

— Ya lo sé, pero tampoco es preciso dejar de estimarse en lo que uno vale... si no nos apreciamos á nosotros mismos, ¿quién podrá formar una buena opinion de nosotros? El banquero no tardará en comprender los servicios que puedo prestarle, y si es bonachon... dí, Oswaldo, tu tio, ¿es bonachon?

— No mucho... lleva las cosas á punta de lanza.

— ¡Ah! está duro y habrá que ablandarle..... yo le pondré como una suela.

— Pero, Horacio, no hables tan poco respetuosamente del tio de este jóven.

— Válgame Dios, tia! Oswaldo sabe quién es su tio, que no le da jamás un cuarto, aunque trabaja como un negro... así pues, tengo derecho para tratarle como merece... pero no por eso dejaré de portarme con él como es debido... con tal que no me fastidie..... porque si me fastidia, yo no soy su sobrino, y no consiento que me traten como á un muchacho de la escuela...

— ¡Jesús... ¡qué cabeza!... amigo mio, en el mundo es preciso muchas veces doblegarse á la voluntad de los otros, sobre todo cuando se quiere hacer carrera.

— Pues bien, tia, yo pienso hacer carrera y

no quiero doblegarme á la voluntad de nadie... tardaré mas en llegar, pero llegaré... Oswaldo, mañana á las nueve en punto estaré en tu oficina.

Oswaldo se hallaba mas ocupado en mirar á Virginia que en escuchar á Horacio, y por su parte la jóven aprovechaba todos los instantes en que creía que no podían verla para enviar una dulce mirada al que tan tierna confianza le habia hecho en el pasadizo de la casa. Mad. Renecart con la trompetilla en el oído respondia á su sobrino, y este, recogiendo de paso las miradas que se lanzaban los dos enamorados, se decia :

— ¡ Ah! cuánto me gustaria practicar la misma operacion con la vecina del cuarto cuarto!

Oswaldo no pensaba en marcharse, y Horacio tuvo que recordarle la hora que era.

— Estas señoras querrán dormir, vámonos.

Oswaldo partió con su jóven amigo despues de dar las buenas noches á Virginia con voz profundamente conmovida.

CAPITULO XX.

HORACIO ES EMPLEADO.

Al dia siguiente, pocos minutos antes de las nueve, entró Horacio en la oficina del banquero. Oswaldo corrió á su encuentro, y Mr. Bouffi se hallaba ya en su despacho, situado al lado de las oficinas, cuando su sobrino le presentó á Horacio diciendo:

— Tio... aquí tiene Vd. á Mr. Horacio Ber-
mont... el jóven de quien he hablado á Vd.

El banquero se retrepa en su sillón y empieza por examinar á la persona que le presentan, despues dice á su sobrino:

— Bien está... vuelve á tu puesto, Oswaldo: no te necesitamos.

Oswaldo se va. Mr. Bouffi no se muestra muy satisfecho de su exámen, y la razon es muy sencilla. Por regla general, cuando alguno se presentaba á él para pedirle por favor una colocacion en su oficina, el aspecto del pretendiente era tímido, modesto, humilde, y aquella vez

sucedía lo contrario. El jóven que tenía delante llevaba erguida la cabeza, su mirada era segura y no parecía temblar á la vista del banquero.

— ¿Vd., segun me han indicado, desea entrar en mi oficina? dijo al fin Mr. Bouffi con un tono á su parecer imponente.

— Caballero, deseo colocarme porque mi edad no es para estar ocioso.

— Segun mis noticias, conocé Vd. el trabajo propio de una casa de banco, ¿no es verdad?

— Sométame Vd. á la prueba y se convencerá.

— Tiene Vd. razon... sometiéndole á la prueba me podré convencer, pero este medio tiene sus inconvenientes, por ejemplo, el de llenar mis libros de equivocaciones...

— Con enmendarlas estaríamos al otro lado; pero no abrigue Vd. temor, no sucederia lo que supone. De lo contrario haria Vd. creer que la teneduría de libros y las cuentas corrientes eran una cosa difícil, abstracta, cuando me permitirá Vd. que le diga que es el A, B, C, D, y que no exige mas que un poco de cuidado.

— ¡Diablo! ¿sabe Vd., jóven, que habla Vd. con facilidad?... En fin... veremos... ¿Conoce Vd. las operaciones de los cambios?

— Sí, Señor.

— ¿Sabe Vd. calcular bien?

— Muy bien y pronto: esta es una ventaja que no todos tienen.

— Con efecto... veamos, puesto que tanta es su facilidad en la teoría, si sucede lo mismo en la práctica. Justamente tengo que girar una letra sobre Madrid, pero es preciso designar la cantidad en la moneda corriente en España: la cantidad sube á veintiun mil seiscientos cincuenta francos, cincuenta céntimos; ¿puede Vd. reducirla á duros, reales y maravedís?

— Perfectamente, no necesito mas que pluma y papel.

— Hé aquí el tipo del dia... siéntese Vd. á esta mesa.

Horacio toma asiento y al cabo de algunos minutos presenta un papel al banquero diciéndole:

— Aquí tiene Vd. la reduccion de los francos á reales...

— ¡Hola!... pronto ha hecho Vd. la reduccion... ¿y está bien?

— Véalo Vd. volviendo á reducirla á francos y céntimos.

Mr. Bouffi, despues de emplear cuatro veces mas tiempo que Horacio en la operacion, murmura:

— Es exacta, y veo que puede Vd. convenirme. Sígame Vd., que voy á señalarle el puesto que debe Vd. ocupar.

El banquero guió al jóven, le mostró el libro mayor, el diario, el borrador y le dijo:

— Todo esto ha de ir al dia... Cuando necesite Vd. algun dato, pídale á estos señores... por lo demás, mi sobrino, que está cerca de Vd., le enterará perfectamente. Aquí se trabaja hasta las cinco, y despues se vuelve á las siete... es la costumbre... no quiero que quede nada atrasado... Que Vd. lo pase bien.

Mr. Bouffi se aleja, y Horacio, tomando asiento delante de su escritorio, se dijo :

— Héme aquí en posesion de mi nuevo empleo, es necesario hacer ver al principal que no soy un aprendiz y que no me he elogiado mas de lo que merezco.

Oswaldo, cuyo escritorio se halla colocado detrás del de Horacio, le dice á media voz para que no le oiga un viejo empleado que trabaja en la misma pieza :

— ¿Has hablado con mi tio?

— Sí.

— ¿Estás contento de él?

— Me ha parecido un hombre seco, le gusta echárselas de maestro de escuela, y sin embargo ha tardado diez minutos en examinar una reduccion que yo he hecho en dos!

— Pues no dudes que él calcula muy bien.

— Sus intereses puede ser, pero no el cambio de monedas. En fin, poco importa. Voy á empezar mi gran batalla con los libros, pero me alegro de que estemos juntos, porque así

podremos charlar y reirnos de cuando en cuando...

— Será en voz baja, porque mi tío no quiere que se hable cuando se trabaja.

— Tu tío no estará siempre en su concha, y alguna vez que otra se la podemos jugar...

— No, sale á menudo, pero ese viejo dependiente que tenemos á la izquierda... no se mueve de su sitio.

— ¡Ah! ¿aquel viejecito arrugado que parece de goma elástica? ¿Cómo se llama?

— Mr. Tirebourg.

— ¿Y no es buen chico el viejo Tirebourg?

— Es un chismoso, y da cuenta á mi tío de todo lo que pasa.

— ¡Ah! en el colegio solíamos zurrar á los soplones.

— Además, en cuanto se dice una palabra ó se hace un poco de ruido, se queja de que no puede trabajar.

— ¿Pues cuál es la mision que le está confiada? debe ser importantísima.

— Copia las cartas...

— Ja, ja, ja... bueno es eso... al cabo de sus años ha venido á parar en copiar cartas... el chico promete... ¿Es por ventura supernumerario?

— No, pero no hace mucho tiempo que lo era, tres meses á lo sumo. Mi tío le señaló por este tiempo seiscientos francos de sueldo, y

desde que gana algo es el primero que viene y el último que se va. Yo creo que si le dejáramos dormiría en la oficina.

— ¡Qué porvenir tan risueño tiene delante!... ¿en qué diablos habrá empleado su juventud?

— Se dice que es un hombre que ha hecho locuras por las mujeres.

— ¿Quién..... esa mómia? no es posible..... cuando mas habrá seducido á su criada, pero no ha sido un Richelieu... estoy seguro... eso se conoce á la legua, y no se pierde la costumbre tan fácilmente.

Horacio se reía con toda su alma, y el viejo dependiente, levantando la cabeza y volviéndose hácia él, le dijo con un tono gruñon:

— Este caballero ignora todavía que en la oficina de Mr. Bouffi de Nogent no hay costumbre de hablar ni de reirse. Aquí se viene á trabajar, y cuando se habla no se trabaja.

Horacio hace una amable cortesía al viejo empleado, y añade:

— Tengo un placer, caballero Tirebourg, en conocer á Vd.: mi amigo Oswaldo acaba justamente de decirme que mi fortuna es inmensa, puesto que me proporciona la dicha de estar al lado de la perla de los empleados, de un hombre que despues de largas vigiliass, de profundos estudios, ha logrado por fin, en el ocaso de su vida, saber copiar cartas. Doy á Vd. gracias

por la amable advertencia que me ha hecho Vd. : permítame Vd. que á mi vez le regale otra , únicamente para que pueda Vd. formar una idea de mi carácter. Soy por naturaleza alegre , así pues no será nada extraño que me ponga á cantar , á tararear ó á silbar mientras trabajo ; pero esto no me impide cumplir con mi deber... Es verdad que yo no copio cartas , lo que requiere una atencion , un cuidado , un ingenio... piramidales. Además acostumbro á charlar por los codos , y esto tambien sin dejar de trabajar , lo que prueba que debo dar gracias á Dios por las ventajas que me ha dado sobre muchos mortales. Así pues , emplearé esta facultad si Vd. me lo permite , porque yo no creo que un empleado , cualquiera que sea , deba al estar en su despacho convertirse en una momia ó en una máquina de copiar. Sentiré muchísimo , Mr. Tirebourg , que mi vecindad no agrade á Vd. , porque la suya me entusiasma infinito. Ahora terminaré manifestándole que cuando alguno se toma la molestia de acusarme ó de referir alguna cosa que pueda perjudicarme , acostumbro á obsequiar al soplón con una docena de buenos puñetazos en el estómago , ó si es un valiente con un balazo ó una estocada. No dudo que sabiendo Vd. mi modo de pensar , nos entenderemos perfectamente , y empiezo á trabajar con la mayor satisfaccion.

Mr. Tirebourg no replicó una sola palabra, pero su cara del color del cautchouc pasó al de la piel de Rusia, fijó la vista en su trabajo y no cambió de postura en mucho tiempo.

Horacio avanzaba en su tarea, cambiando de vez en cuando algunas frases con Oswaldo, tarareando aires de óperas cómicas, pero convenciendo á los demás empleados que podia desempeñar perfectamente el cargo que le habian confiado.

A las cinco se acercó Mr. de Bouffi al escritorio de Horacio, examinó los libros y no pudo menos de sorprenderse al ver lo que habia hecho en tan poco tiempo.

— Está bien, murmuró, muy bien, veo que se halla Vd. al corriente... volverá Vd. á la noche, ¿no es verdad?

— Sí, Señor, volveré para que no quede nada atrasado.

— Vaya Vd. á la caja y pida Vd. al cajero el extracto de las cuentas del mes último... hay en él una equivocacion que no ha podido encontrar todavía, y deseo que la busque Vd.

— No tenga Vd. cuidado, presumo que no tardaré mucho en dar con ella.

Mr. Bouffi se aleja, y Horacio dice á Oswaldo:

— Cuando tu tio me mandó ir á la caja, creí que iba á portarse como un hombre, dándome adelantada mi mensualidad.

— ¡Oh! no es tan generoso como todo eso.

— Nada me habla de sueldo, pero si no pasamos mañana mismo á ese capítulo, yo le haré que se explique. Entretanto me voy á comer... ¡calle!... y Mr. Tirebourg no se va... ¿es que no come ese hombre?

— ¿No te he dicho que es el último que sale?

— ¡Qué amor á las cartas! Francamente, ha errado su vocacion, debiera haberse dedicado á memorialista. Hasta la noche, Oswaldo, porque vendrás tambien, ¿no es cierto?

— No falto nunca.

— ¿Y Tirebourg?

— Tampoco... si parece que no se mueve de su puesto!

— Es divertido. Oye, esta noche cuando encuentre la equivocacion del libro de caja nos iremos á jugar una partida de billar.

— ¡Al billar!... hombre, no... tu hermana dice que es un defecto muy grande jugar al billar.

— Si haces caso de mi hermana, nunca servirás mas que para tener una madeja... Divertirse, cuando uno ha trabajado con toda su alma, es justo y es lógico. El hombre que no cesa de trabajar, que no se distrae nunca, acaba por ser un asno, y no creo que ambiciones semejante posicion social.

Horacio se marcha, está satisfecho de sí

mismo, todo lo ve de color de rosa; pero una nubecilla oscurece su felicidad, tal es el acento severo con que la hermosa moradora del cuarto cuarto de la casa de su tía le respondió al pedirle permiso para volver á verla... « No adelantaria Vd. nada, » dijo de un modo resuelto, manifestando una intencion formal de no cambiar de idea.

— Ser tan severa siendo jóven y bella, se dice Horacio, no es natural. Mad. Huberty tiene modales distinguidos, dignos de una señora encopetada... No es ni obrera ni modista... Tampoco puede decirse que es una mujer entretenida, puesto que evita todo género de visitas... no recibe á nadie... ó por lo menos no se sabe que nadie entre en su casa... Es verdad que puede salir por la noche... pero ¿porqué oculta sus relaciones, si las tiene? ¿No es dueña de sus acciones? Quizás habrá sufrido en sus amores... Si huye de la gente, será por despecho... acaso se oculta para que no la encuentre el pérfido, y en su arrebató ha jurado odiar á todos los hombres... Eso es... no hay remedio... pero toda la cólera, todas las resoluciones de una mujer hermosa... ceder al tiempo... Acabará por fastidiarse de jugar sola al escondite, y lo que necesito es aprovecharme del momento en que desee compañía para ofrecerle mis servicios.

Horacio volvió á la oficina á las siete y media, y el viejo copista estaba ya en su puesto cortando plumas, operacion en que empleaba una gran parte del dia. Oswaldo se hallaba tambien sentado á su escritorio, y trazaba con su pluma alguna cosa que parecia absorber su atencion, por lo cual no vió llegar á su amigo. Este se acercó á él, y dándole un golpecito sobre el hombro, le preguntó :

— ¿Qué estás haciendo?

Oswaldo ocultó entre sus papeles el que estaba escribiendo, y balbuceó con embarazo :

— ¡ Ah! eres tú... escribia... una cancion que no quiero olvidar... ¿ ves?... ya no la recuerdo.

— Parece que tienes miedo de que se vea esa cancion, porque la ocultas como si fuera un plan de conspiracion contra el Estado...

— Yo... no lo creas... pero como no la he concluido...

— ¿Entonces es una cancion de tu cosecha?

— Por supuesto! ¿acaso sé yo hacer canciones?

— ¿Y porqué no? hacer canciones es mas fácil de lo que te figuras... no se necesita mas que talento, buen humor... costumbre de rimar y un asunto bueno... Lo que no comprendo es que los Franceses, que antiguamente cantaban tanto, hayan dejado de cantar... Ya no les gusta el vaudeville y prefieren el drama... son contados

los teatros en donde hoy día se canta. No hace mucho que ví en un café á un jóven autor... de mucho talento, pero que no sabe hacer canciones, tronar contra el antiguo vaudeville, exclamando :

« ¿Acaso es natural que se cante lo que debe decirse, cortar una conversacion con una copla ó un estribillo? » — Yo, que no soy autor, le respondí : « Y diga Vd., amigo, ¿es natural hablar en verso como se habla en la tragedia y en muchos dramas? ¿Es natural seguir una conversacion con acompañamiento de orquesta, como sucede en la ópera; es natural declarar el amor á una bella haciendo escalas cromáticas y vocalizos, como vemos todos los días en la ópera cómica? Nada es natural en el teatro, y desde el instante que vea la concha del apuntador y los mecheros de gas iluminando una selva, no puedo menos de admitir y consentir toda clase de inverosimilitudes, con tal que me diviertan y me interesen; y debo decir que es muy divertido oír coplas bonitas. Hoy los Franceses se complacen en fumar : cuando cantaban, me parecian mas amables. » Pero, ¡válgame Dios! estoy charlando por los codos, y Mr. Tirebourg no podrá conseguir cortar sus plumas, porque le distraigo... ¿Dónde se encuentra el famoso libro de caja con su no menos famosa equivocacion?

— Le he puesto en tu escritorio con los demás libros que necesites consultar.

— Gracias, pichon... Concluye tu cancion... ya sé como... es decir, ya sé el asunto de ella...

Oswaldo, ruborizándose, murmura :

— ¡Cómo!... ¿sabes lo que es?... yo te aseguro... yo te prometo...

Horacio no escucha á su amigo, se dirige á su escritorio, examina, compulsu, suma, comprueba las cuentas, y al cabo de tres cuartos de hora da con la equivocacion del balance del libro de caja. En seguida se pone á trabajar en el libro mayor, y al dar las nueve y media, arregló sus libros, cerró el cajon y dijo á Oswaldo :

— Dos horas de trabajo bien aprovechadas son bastante por la noche... ¿Te vienes conmigo?

— ¡Qué es eso! ¿te marchas ya?

— ¿Cómo ya? pues qué, no has trabajado bastante? ¡Ah! ya no me acordaba de que estás escribiendo una cancion ó unos versos á Cloris, y cuando se hacen versos el tiempo vuela...

— Pero mi tio puede venir... muchas veces suele entrar al volver...

— Y bien, no me hallará, pero verá que he dado con la famosa equivocacion. Mañana pienso hablar con él sobre un capítulo muy interesante... Vamos, vente conmigo.

Oswaldo se decide á partir con su amigo,

despues de encerrar cuidadosamente *su cancion*. Al pasar al lado del viejo dependiente, Horacio le saluda diciéndole :

— Buenas noches , Mr. Tirebourg , que la copia sea á Vd. ligera. Mañana suplicaré á Vd. que me enseñe á cortar plumas, porque las corta Vd. con tanta gracia, que pudiendo imitarle me consideraria muy dichoso.

Un sordo gruñido fué la única respuesta del viejo dependiente á las palabras del amigo de Oswaldo.

CAPITULO XXI.

EL DEPENDIENTE Y EL BANQUERO.

Al dia siguiente, al llegar á la oficina, se dirigió Horacio sin perder un instante al despacho del banquero. Mr. Bouffi madrugaba y bajaba temprano á su despacho para saber á la hora que llegaban sus empleados; así pues le halló Horacio sentado á su bufete.

Al ver al jóven, se dignó saludarle con un ligero movimiento de cabeza en el que habia algo de proteccion y mucho de orgullo, y despues continuó escribiendo; pero Horacio, que no se dejaba dominar, le dijo sin titubear:

— Caballero... ¿no sabe Vd. que he descubierto la equivocacion del libro de caja?

— Sí, ya lo he visto, está muy bien, conoce Vd. perfectamente el mecanismo de la oficina.

— Entonces ya ve Vd. que puedo servirle y llenar la vacante que habia en su casa.

— Desde luego... pero anoche se fué Vd.

muy temprano. Yo pasé por aquí á las diez menos cuarto y ya se habia Vd. ido.

— Es verdad, me marché á las nueve y media, pero en dos horas trabajé mas que otros en cuatro. Si yo ando aprisa, justo es que me aproveche del tiempo que me queda, y además su casa de Vd. no es una botica, donde es preciso tener abierta la puerta hasta las doce de la noche para vender emplastos y bebidas á los enfermos.

— No se trata de que sea ó no botica mi casa, sino del mal efecto que produce la partida de un dependiente. En este caso los demás se dicen : ¿Porqué me quedo yo, cuando el tenedor de libros se va? Y como todo el mundo no trabaja tan de prisa como Vd., quedan las cosas por hacer.

— Lo sentó mucho, pero cuando concluya mi tarea, no me quedaré en la oficina á papar moscas... Si no le conviene á Vd. mi modo de proceder... aun estamos á tiempo, dígame Vd. una sola palabra y tendré el honor de saludar á Vd.

— Hombre, no, no digo eso... Jesús... ¡qué vivo de genio es Vd.!...

— Con efecto... tomo instantáneamente mis resoluciones.

— Ya he dicho á Vd. que estoy contento de su trabajo, y por lo tanto es cuestion concluida... Vd. será mi tenedor de libros.

— Muy bien... ahora solo me falta saber cuál es el sueldo que me señala Vd.

Mr. Bouffi, retrepándose sobre su sillón y con un tono grave, le responde :

— ¡ Cómo se entiende !... ¿ ha entrado Vd. ayer en mi oficina y ya me pide sueldo ?

— Supongo que no se habrá figurado que voy á trabajar en calidad de supernumerario.

— Pues sin embargo en todas partes se empieza por hacer mérito...

— Los que necesitan aprender á desempeñar los cargos que les confían entran de supernumerarios, y es natural que así suceda... También lo son los jóvenes de catorce ó quince años que quieren enterarse de las operaciones comerciales para estar aptos cuando sus padres les den los fondos para establecerse, pero...

— No tal, hay personas de edad, que para conseguir un empleo consienten en pasar algún tiempo en calidad de supernumerarios, y sin ir muy lejos, puedo citar á Vd. un ejemplo. Mr. Tirebourg no es joven y ha estado un año en mi casa sin ganar, solo hace tres meses que le he señalado sueldo.

— Si me compara Vd. con Mr. Tirebourg, un pelmazo que emplea toda la noche en cortar su pluma, no tengo nada que responder... pero le juzgo á Vd. con bastante talento para comprender que hay diferencia entre ese monolito y yo...

— Sin duda... pero...

— Caballero, repito á Vd. que no quiero entrar en su casa como supernumerario... es cosa decidida. Disponga Vd. si quiere ó no que continúe...

— Una vez que se halla Vd. resuelto... le daré... vamos le daré á Vd. mil doscientos francos de sueldo... Me parece que no se quejará Vd.

En vez de contentarse, no pudo menos nuestro jóven de hacer un gesto respondiendo :

— ¡Mil doscientos francos! poco es! mi trabajo vale mas, y estoy seguro de que ganaba doble el empleado cuya vacante ocupo.

— Nunca se satisface Vd... el sueldo que le ofrezco, y al dia siguiente de entrar en mi oficina, es magnifico! Además mi intencion es aumentar á Vd. sus honorarios si sigue Vd. sirviéndome...

— En ese caso acepto, porque no dudo que mi trabajo será siempre del agrado de Vd.

— Así lo espero.

— Entonces me voy á mi escritorio.

Horacio se dispone á salir del despacho del banquero, y este le llama :

— ¡Ah! espere Vd. un instante... tengo que hacer á Vd. varias preguntas.

— Mande Vd. lo que quiera.

— Hay entre mis clientes un Mr. Duvalloir,

que desea vender una propiedad y me ha encargado de esta venta. Es una casa de campo, de grandes dimensiones segun parece, y que se halla situada en Montagny-sur-Oise... cerca de Ermenonville... ¿Conoce Vd. el país?

— ¡Que si le conozco! vaya!... ¿pues si he nacido en él, si he pasado mi infancia, mis mas hermosos dias en aquellos pintorescos parajes?... Cuando yo habitaba en la comarca, vivia mi padre y era tan bueno para nosotros!...

— ¿No poseia una quinta en el mismo punto?

— Con efecto... ¿quién se lo ha dicho á Vd.?

— Creo que mi sobrino... sí, justamente, Mad. Rennecart se lo ha indicado...

— ¿Y la casa de Mr. Duvalloir se halla en el mismo Montagny?

— Me parece que sí; todavía no he ido á verla, pero no tardaré, porque si me gusta pienso quedarme con ella... Mi señora quiere á toda costa que le compre una quinta para habitarla en la primavera, y por eso... La casa de que hablo á Vd. es conocida en el país con el nombre de la *Casa de los sicomoros*.

— La Casa de los sicomoros! ¡oh! la conozco perfectamente... las tapias de su bosque estaban tocando con nuestra propiedad, y hasta habia una puertecita que abria paso á nuestro prado. Es una casa magnífica! Cuando yo era muchacho entré mas de una vez en el bosque á

coger nidos... entonces habia un guarda tan bonachon!... los jardines son preciosos... y hay un estanque... la casa es grande... elegante... cómprela Vd... y esté seguro de que no se arrepentirá Vd. nunca de haber seguido mi consejo.

— Va Vd. demasiado de prisa, y todas las cosas las encuentra Vd. hechas... en los negocios es necesario mucha calma... hay que reflexionar... y luego saber si la propiedad vale efectivamente lo que piden por ella... ¿Y la quinta de su padre de Vd. estaba al lado?...

— Sí, Señor, nosotros teníamos un precioso prado... un prado de mas de veinte fanegas de tierra que colindaba con el bosque vecino... Este prado se hallaba adornado con algunos avellanos... con encinas muy viejas, y el espacio que dejaban los árboles cubierto de trébol y de alfalfa. En medio de esta vasta verdura crecian con abundancia las amapolas, y por esto se llamaba nuestra quinta : el *Prado de Amapolas*... ¡Ah! cuánto pienso en este prado tan querido!

— Nada mas natural... los recuerdos de la infancia no se borran jamás... Pero tambien me han dicho... esto será sin duda un cuento, me han dicho que su padre de Vd. enterró un tesoro en ese prado. ¿Cree Vd. en eso, Horacio?

Horacio frunció las cejas murmurando :

— ¿Y quién ha sido tan indiscreto?...

— ¿Quién ha de ser? mi sobrino, que ha sabido todas estas cosas por su tia de Vd... ¿Es por ventura indiscrecion referir una fábula... un cuento que no tiene mas fin que el entretener un rato á quien le escucha?

— Caballero, si Vd. supiera que existia un tesoro en cualquier parte, ¿lo contaria Vd. á todo el mundo?

— Conforme y segun... si daba crédito á mi noticia, me privaria de hablar... pero veamos, ¿Vd. cree formalmente en la existencia de ese tesoro?

— Nunca he dudado, porque mi padre, incapaz de mentir, se lo dijo á su hermana.

— Pero en ese caso debió antes de morir indicar á Vds. el sitio donde ocultó el tesoro, y segun mis noticias, no dijo nada á nadie.

— Cuando se muere de repente un hombre jóven todavía, no hay motivo para esperar semejante confidencia, porque nadie piensa en que puede sobrevenir la muerte cuando se cree uno con fuerzas para vivir.

— Es cierto, pero de todos modos es muy sensible para Vds. no haber sabido el secreto... porque si es cierto que el tesoro existe, Vds. lo han perdido.

— ¿Por qué razon?

— ¡Cómo!... ¿por qué razon? ¿no sabe Vd.

que aunque supiera Vd. el sitio en donde se halla oculto no podria Vd. ir á desenterrarlo, puesto que ya el terreno no le pertenece ?

— ¡ Oh ! yo aseguro á Vd. que si lo supiera no me detendria esa consideracion é iria á buscarlo.

— Se pondria Vd. en lucha con el actual poseedor del terreno.

— ¿ No es una herencia de mi padre ?

— Ya no es de Vd... la ley defiende al dueño de la quinta, y serian inútiles cuantos esfuerzos hiciese Vd. para luchar con él.

— No lo creo.

— ¿ Quiere Vd. saber mas que la ley ?... pero basta ya... hemos hablado mas de lo conveniente sobre una cosa que apenas merece ocupar la atencion. Vaya Vd. á su escritorio.

Horacio saluda y abandona el despacho del banquero. Al pasar cerca de Oswaldo le dice al oído :

— Tu tío es un grosero, tú un hablador y mi tía una cotorra.

El jóven dependiente se quedó como petrificado, pero no le era posible en aquel momento pedir una explicacion.

Para llegar al despacho de Mr. Bouffi era preciso atravesar el cuarto en donde trabajaba Horacio, razon por la cual veia pasar á mucha gente; pero el banquero tenia para salir una

puerta de escape que daba á una escalera secreta.

Apenas pasaba un día sin que el gran Floquart fuese á ver al banquero, y cuando entraba siempre lo hacia tarareando, mirando con desden á los empleados, no saludado á nadie, y limitándose á decir á Oswaldo con un tono imperioso como si hablase con un lacayo :

— ¿Está Bouffi en su despacho ?

Horacio habia visto pasar á Floquart el día anterior, pero ocupado en arreglar las notas de sus libros no reparó en él : sin embargo, al volver á verle el día siguiente entrar taconeando, se dirigió á su amigo y le preguntó :

— ¿Quién es ese ?

— Ese... es Mr. Floquart.

— ¿Y porqué Mr. Floquart taconeá de ese modo? que cualquiera diria que toma nuestro cuarto por un ruedo donde limpia sus botas.

— Es un amigo íntimo de mi tío.

— Pues no creo que sea una fortuna para Mr. Bouffi. Ese señor parece un grosero de primer órden... entra aquí como en una cuadra, no saluda á nadie, nos mira como un sultan á sus esclavos, y se contonea al andar como un tambor mayor... ¿Viene muy á menudo?

— Casi todos los días, y algunos dos ó tres veces.

— Entonces tendremos el placer de verle con

frecuencia... ¡qué ventura! ¿Y en qué se ocupa ese señor Floquart... es agente de cambio, corredor, negociante?...

— No... es bolsista.

— ¿Y tiene abierta cuenta en esta casa?... me parece que no he hallado su nombre en los libros...

— No tiene cuenta abierta.

— ¿Y viene todos los días á ver á tu tío?... algo malo deben hacer entre los dos.

— Silencio... si te oyeran...

— Es verdad... no me aumentarían el sueldo.

— ¿Cuánto ganas?

— Mil doscientos francos... y todavía parece que tu tío me ha hecho un favor, cuando el dependiente á quien he reemplazado tenía dos mil ochocientos francos, según me has dicho.

— Es cierto.

— En fin... tendré paciencia, y veremos lo que pasa...

— ¿Porqué me has llamado hablador?

— Porque has ido á contar á tu tío que mi padre escondió un tesoro en nuestro prado de Montagny.

— Tu tía me lo ha dicho, y no como un secreto... no creí al repetirlo cometer una indiscreción.

— Te perdono, pero yo le diré á mi tía cuántas son cinco.